LUCY SUMMERS

La batalla del VERANO



LA BATALLA DEL VERANO

ROMANCES DE VERANO
LIBRO 2

LUCY SUMMERS

Copyright © 2026 por Lucy Summers
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
EPÍLOGO
EXTRA «CUPIDO, LA QUE HAS LIADO»

¡Hola! Antes de que empieces, gracias por estar aquí.

Sé que tienes mil cosas que hacer. Por eso este libro va directo al grano: cero relleno, solo romance, pasión y risas.
¿Quieres más historias así? Sígueme en Amazon escaneando el **código QR**



O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

GRACE

Si alguien me hubiera dicho hace una semana que iba a gastarme el equivalente a tres meses de alquiler en una cabaña sobre el agua en las Maldivas, le habría dicho que estaba loco.

Pero aquí estoy.

De pie en el porche de madera que da al océano Índico, con una maleta en cada mano y la mandíbula por los suelos.

Porque este lugar no parece real.

La cabaña es preciosa. Toda de madera clara con ventanales del suelo al techo que dan al agua turquesa, una cama que parece sacada de un anuncio de colchones carísimos, y una escalera privada que baja al mar. En el porche hay hamacas colgadas y tumbonas con cojines blancos, y una ducha exterior rodeada de plantas tropicales.

Es el paraíso.

Y me lo he ganado.

Llevo cinco años trabajando como una posesa en Moonframe. Cinco años programando hasta las tantas, corrigiendo código ajeno, arreglando desastres de última hora. Cinco años siendo la graciosa del equipo, la friki, la que siempre está disponible porque no tiene vida fuera del trabajo.

Y ahora estoy a un paso de dirigir el desarrollo del próximo juego del estudio.

Solo tengo que ganar a Leo Carter.

No pienso en él. Es mi regla para estas vacaciones. Dos semanas sin pensar en ese hombre insoportable con su sonrisa perfecta y su código impecable y esa forma que tiene de mirarme como si me estuviera analizando.

No.

No voy a pensar en él.

Para eso he venido aquí.

Entro en la cabaña. Dejo las maletas junto a la cama. Saco mi portátil para cargarlo y me tiro encima del colchón sin quitarme ni los zapatos.

Y me quedo dormida casi sin darme cuenta.

Necesito un descanso.

Me despierta un ruido.

Un golpe sordo que viene de algún sitio de la cabaña.

Abro los ojos. La luz que entra por los ventanales es anaranjada, más suave que cuando llegué. He dormido horas. Ni idea de cuántas.

Otro golpe.

Me incorporo como un resorte.

¿Qué demonios?

Escucho pasos. Alguien se está moviendo por la cabaña como si fuera su casa.

El corazón me da un vuelco.

Hay un intruso en mi cabaña.

En las Maldivas.

¿Quién roba en las Maldivas?

Me levanto despacio. Sin hacer ruido. Busco con la mirada algo que pueda usar como arma y lo único que encuentro es mi portátil sobre la mesita.

Perfecto.

Desenchufo el portátil y lo cojo con las dos manos. Es un Lenovo de diecisiete pulgadas que pesa como un ladrillo. Si tengo que estamparle esto a alguien en la cabeza, lo haré.

Avanzo hacia la puerta. El corazón me late tan fuerte que casi no oigo los pasos que vienen hacia mí.

La puerta se abre.

Y entonces lo veo.

No veo una cara.

Veo un pecho.

Un pecho masculino, desnudo, cubierto de una fina capa de sudor que lo hace brillar bajo la luz anaranjada del atardecer. Tiene los pectorales marcados, los abdominales como esculpidos en piedra y un torso en forma de uve que baja hasta…

Madre mía.

Es el pecho más espectacular que he visto en mi vida.

Ni siquiera sabía que los pectorales podían ser así fuera de los videojuegos. Ni que los abdominales pudieran ser tan… grandes.

Para.

Céntrate.

Este tío está entrando en tu cabaña.

Pero una parte de mí, una parte muy traidora, está pensando que quizá no es tan malo que te atraque un buenorro.

Y entonces, sin querer, sin poder evitarlo, digo en voz alta:

—¿Eres un stripper?

Porque es la única explicación lógica. Emery. Mi hermana debe de haberme contratado un stripper porque sabe que estoy estresada y que necesito desconectar y que llevo más tiempo sin sexo del que puedo recordar.

Escucho una risa.

Una risa baja, profunda, que hace que se me erice todo el vello del cuerpo.

Porque es una risa que conozco.

No.

No, no, no.

Se me tensa todo el cuerpo de golpe. El estómago se me cierra como un puño. Porque esa risa…

Esa risa la escucho todos los días.

En mis pesadillas.

En la oficina cuando algo le hace gracia y el resto del equipo se ríe con él.

En mi cabeza cuando estoy trabajando a las tres de la madrugada y me acuerdo de algún comentario suyo.

Es la risa de Leo Carter.

Elevo la mirada despacio.

Muy despacio.

Subo por ese pecho de infarto, por el cuello, por la mandíbula marcada, por los labios que están sonriendo, por la nariz recta, hasta llegar a los ojos.

Ojos marrones. Cálidos. Divertidos.

Los ojos de Leo Carter.

Y entonces empiezo a gritar.

—¡¿QUÉ COÑO HACES EN MI CASA?!

Leo parpadea. La sonrisa no se le borra de la cara.

—Hola, Grace.

—¡¿QUÉ HACES AQUÍ?! ¡¿Y POR QUÉ ESTÁS DESNUDO?!

—No estoy desnudo. —Leo baja la vista hacia sí mismo como si necesitara comprobarlo—. Llevo pantalón corto.

—¡Llevas el torso desnudo!

—Vengo de correr. Hace calor.

—¡ESO NO EXPLICA QUÉ HACES EN MI CASA!

Leo me mira durante un segundo. Luego dice, con esa calma que me pone de los nervios:

—Tú eres la que estás en mi casa.

Me quedo helada.

—¿Qué?

—Esta es mi casa. La he alquilado.

—No. —Niego con la cabeza—. No, no, no. Esta es MI casa. YO la he alquilado.

—Imposible. Yo la he reservado hace tres días.

—Yo también.

Nos miramos un instante mientras intento asimilar lo que está pasando.

—¿Me estás vacilando? —pregunto al fin.

—No te estoy vacilando.

—Sí me estás vacilando. Esto es una broma. Has descubierto dónde iba a pasar las vacaciones y has venido hasta aquí para fastidiarme.

—Grace. —Leo se pasa una mano por la cara y es entonces cuando me doy cuenta de que está empapado de sudor—. No tengo

ni idea de qué estás haciendo aquí. Pero yo he alquilado esta cabaña desde ayer hasta dentro de dos semanas.

—Desde ayer…

—Sí.

Esta broma se le está yendo de las manos. Me entran ganas de estamparle el portátil en esa cara perfecta.

—Enséñame la reserva —digo.

—¿Qué?

—La reserva. Enséñamela. Ahora.

Leo me observa un momento. Luego asiente y se marcha.

Vuelve treinta segundos después con su móvil en la mano. Me lo tiende sin decir nada.

Miro la pantalla.

Reserva confirmada. Cabaña sobre el agua nº7. Del 13 de julio al 28 de julio.

Se me hiela la sangre.

Abro mi portátil con manos temblorosas. Busco mi confirmación. La abro.

Reserva confirmada. Cabaña sobre el agua nº7. Del 14 de julio al 28 de julio.

No, no, no.

—No puede ser —susurro.

—¿Qué pasa?

Le enseño mi portátil. Leo mira la pantalla. Luego me mira a mí.

Y dice, con esa voz tranquila que me está volviendo loca:

—Han reservado la misma cabaña dos veces.

—Eso es imposible.

—Evidentemente no.

—Tiene que haber un error.

—Quizás. Pero está hecho.

Nos quedamos ahí de pie, mirándonos, con los dos dispositivos entre nosotros mostrando la misma reserva.

La misma cabaña, las mismas fechas. Dos semanas atrapada con Leo Carter sobre el agua, en mitad del océano y sin escapatoria posible.

Nos miramos.

Y de repente soy demasiado consciente de que sigue sin camiseta, de que está a menos de un metro de mí y de que puedo ver cada línea de sus abdominales. El sudor le hace brillar la piel de un modo casi obsceno. Huele a sal y a algo más masculino que me acelera el pulso.

Para.

Para ahora mismo.

—Vale —digo, y mi voz sale demasiado aguda—. Voy a llamar al resort. Y voy a solucionar esto. Y tú te vas a poner una camiseta porque esto es… esto es inapropiado.

Leo baja la vista hacia su pecho. Luego me mira.

—¿Te incomoda?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque… porque… —Me callo. Respiro hondo—. Porque sí, Leo. Ponte una maldita camiseta.

No dice nada. Solo me sostiene la mirada durante un segundo que dura demasiado.

Y entonces sonríe.

No es su sonrisa normal. No es la sonrisa de anuncio de dentífrico que le he visto mil veces en la oficina.

Es algo más íntimo y privado. Y, sobre todo, peligroso.

—Como quieras —dice.

Y se va.

Y yo me quedo ahí de pie, con el portátil todavía en las manos y el corazón latiéndome tan fuerte que me duele.

Porque acabo de darme cuenta de algo.

Leo Carter no me incomoda porque sea mi rival.

Me incomoda porque está buenísimo.

Y porque voy a tener que pasar dos semanas con él.

Atrapada en mitad del mar.

Sin un rincón donde esconderme.

¿Cómo voy a sobrevivir a esto sin perder la cabeza… o algo peor?

CAPÍTULO 1

LEO

Varios días antes…

Llego a la oficina a las ocho y diez de la mañana.

Como siempre.

No porque tenga mucho trabajo pendiente ni porque sea de esos que viven aquí. Vengo a esta hora exacta porque Grace siempre llega a las ocho y media, y quiero estar en mi sitio cuando ella entre.

Me gusta verla llegar.

Me gusta cómo cruza la oficina, cómo saluda a su equipo, cómo deja caer su mochila en la silla como si acabara de conquistar el mundo.

Me gusta que, a veces, cuando se gira, me mira.

Y durante ese instante en que nuestras miradas se cruzan, existo para ella de una forma que no consigo el resto del día.

Así que sí. Llego temprano.

Todos los días.

Y si eso me convierte en algo, que sea en alguien que sabe lo que quiere.

Lo que pasa es que no tengo ni idea de cómo conseguirlo.

Dejo la mochila en mi mesa y me preparo un café en la cocina. La oficina de Moonframe Studios está casi vacía a esta hora. Solo están los del turno de noche terminando, y un par de diseñadores que no duermen nunca.

Me gusta la oficina por la mañana. Está en silencio. Las luces son tenues. Todavía no se oyen las conversaciones, las risas, el ruido de fondo constante que aparece cuando el equipo al completo está trabajando.

Moonframe no es como las oficinas tradicionales. Aquí no hay cubículos grises ni fluorescentes que te matan el alma. Es un espacio abierto con mesas de madera clara, sillones de colores, una mesa de ping-pong en medio que nadie usa para trabajar, una zona de videojuegos con consolas y pantallas gigantes, y una pared entera de ventanales que dan a Manhattan.

Es el tipo de oficina que sale en las revistas cuando hablan de startups exitosas.

Un sitio donde trabajar no parece trabajar.

Aunque para mí, el noventa por ciento del atractivo de este lugar tiene nombre y apellido: Grace Davis.

Vuelvo a mi mesa con el café humeante y enciendo el ordenador. Tengo correos sin leer, notificaciones de Slack, tareas pendientes. Debería ponerme a trabajar.

Pero no lo hago.

Me quedo mirando la puerta.

Esperando.

Como un idiota.

A las ocho y veinte empieza a llegar el resto del equipo. Primero los madrugadores: Jake, Priya, Marcus. Luego los normales: todo el equipo de diseño, los de sonido, los de QA. A las ocho y media la oficina ya está llena de vida.

Y entonces entra ella.

Grace Davis.

Y toda mi atención se concentra en ella y me olvido del resto.

Me sucede cada día. Cada. Maldito. Día.

Entra por la puerta con esa energía que solo ella tiene. Como si trajera el sol pegado a la piel. Lleva el pelo pelirrojo recogido en un moño desastroso sujeto con un bolígrafo (su peinado por defecto) y una camiseta negra ajustada con el logo de *Mass Effect* que se le pega al cuerpo y me pone de los nervios.

Pero lo que me mata, lo que me tensa el cuerpo entero, son los pantalones.

Esos malditos pantalones cortos vaqueros.

Los conozco bien. Demasiado bien. Son sus favoritos. Los lleva al menos dos veces por semana cuando hace calor, y cada vez que lo

hace tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no quedarme mirando como un adolescente.

Le quedan como si los hubieran sacado de mis fantasías más húmedas.

Le llegan a medio muslo. No son obscenos. No enseñan nada inapropiado. Pero dejan a la vista sus piernas, largas y pálidas, con esa piel de pelirroja que parece brillar bajo las luces de la oficina, y cuando camina, cuando se mueve, el tejido se le ajusta al trasero de una forma que…

Aparto la vista.

Respiro hondo.

Intento centrarme.

No funciona.

Porque Grace está cruzando la oficina hacia su zona de trabajo, y yo no puedo dejar de mirarla. La forma en que se mueve. La forma en que saluda a su equipo con esa sonrisa enorme que nunca me dedica a mí. La forma en que deja su mochila en la silla y se estira, levantando los brazos por encima de la cabeza, y la camiseta se le sube un par de centímetros y deja a la vista una franja de piel de la cintura.

Se me seca la boca.

Se me tensa hasta el último músculo.

Y siento esa oleada familiar de calor que me recorre cada vez que la veo.

La primera vez que me pasó, hace ya casi dos años, me pilló desprevenido.

Nunca me había sentido atraído por nadie. Nunca. Había asumido que simplemente no funcionaba así. Que mi cerebro estaba cableado de forma diferente en ese aspecto también.

Y entonces conocí a Grace.

Y mi cuerpo decidió que ya era hora de ponerse al día con el resto de la humanidad.

Fue raro al principio. Desconcertante. No entendía por qué de repente me costaba concentrarme cuando ella estaba cerca. Por qué se me aceleraba el pulso cuando la oía reír. Por qué notaba esa tensión incómoda en la entrepierna cada vez que la miraba.

Me llevó un tiempo darme cuenta de lo que era.

Y cuando lo hice, cuando por fin identifiqué esa sensación como atracción sexual, pensé: *Ah. Vale. Así que esto es lo que siente todo el mundo.*

Ahora ya es normal.

Tan normal como respirar.

En cuanto Grace entra por esa puerta, mi cuerpo reacciona. Siempre. Se me acelera el corazón. Se me calienta la piel. Y sí, se me pone dura.

Cada bendita mañana.

Es inconveniente.

Es incómodo.

Y probablemente es la razón por la que soy tan increíblemente idiota cuando intento hablar con ella.

Es difícil mantener una conversación coherente cuando toda tu sangre ha decidido abandonar tu cerebro y trasladarse dos metros más abajo.

Grace enciende su ordenador y se gira.

Y me mira.

Directamente.

Como si hubiera sabido todo el tiempo que la estaba mirando.

Se me para el corazón.

Entrecierra los ojos. Esos ojos verdes que se me aparecen incluso cuando duermo. Y hay algo en su mirada. Algo que siempre está ahí cuando me mira.

Un reto.

Como si cada vez que nuestras miradas se cruzan estuviera diciéndome: *Atrévete.*

No sé a qué.

Pero quiero averiguarlo.

Quiero cruzar esta oficina. Quiero acorralarla contra su mesa. Quiero borrar esa expresión de desafío de su cara y reemplazarla con algo muy distinto.

Quiero besarla hasta que se le olvide cómo se llama.

Quiero…

—¡Reunión en diez minutos!

La voz de Robert, nuestro director, rompe el momento como un jarro de agua fría.

Grace aparta la mirada.

Yo suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Robert está de pie junto a la puerta de la sala de reuniones, con su barba hipster perfectamente recortada y su eterno polo de la empresa. Nos mira a todos con una sonrisa enorme.

—Venid todos a la sala de conferencias. Tengo noticias.

Un murmullo recorre la oficina.

Noticias.

Todo el mundo sabe qué significa eso.

Lleva semanas corriendo el rumor. El nuevo proyecto. El más grande que Moonframe ha hecho hasta ahora. Un juego que lleva dos años en fase de concepto y que por fin va a entrar en desarrollo.

Y alguien tiene que dirigirlo.

Miro a Grace.

Ella me está mirando a mí.

Y sé, con absoluta certeza, que está pensando exactamente lo mismo que yo.

Es el momento.

La sala de conferencias está abarrotada.

Todo el equipo de desarrollo está aquí. Los diseñadores. Los programadores. Los artistas. Los de sonido. Los de QA. Incluso los becarios.

Yo estoy de pie junto a la pared del fondo. Grace está al otro lado de la sala con su equipo.

Intento no mirarla.

Fracaso miserablemente.

Tiene las manos metidas en los bolsillos de esos malditos pantalones cortos y está hablando con Priya, una de sus programadoras. Sonríe. Se ríe de algo que Priya ha dicho.

Tiene la risa más bonita que he oído en mi vida.

Y nunca se ríe así conmigo.

Conmigo solo compite. Discute. Se enfada.

Es lo único que consigo sacarle.

—Bueno, bueno, bueno. —Robert se coloca delante de la pizarra blanca con un rotulador en la mano—. Sé que lleváis semanas especulando, así que voy a ir directo al grano.

Silencio absoluto.

—Como sabéis, vamos a empezar el desarrollo de *Eclipse*. —Escribe el nombre en la pizarra con letras grandes—. Es el proyecto más ambicioso que hemos hecho nunca. Triple A. Presupuesto enorme. Expectativas altísimas.

Todos asienten. Lo sabemos. *Eclipse* es el juego que va a poner a Moonframe en el mapa de verdad.

—Necesitamos a alguien que lo dirija. Alguien brillante. Alguien que pueda coordinar a todos los equipos, tomar decisiones rápidas, resolver problemas complejos. —Robert nos mira a todos—. Y he decidido que la mejor forma de elegir a esa persona es… una competición.

Un murmullo sorprendido recorre la sala.

¿Una competición?

—Funciona así. —Robert golpea la pizarra con el rotulador—. Quien quiera optar al puesto puede apuntarse aquí hasta las ocho de esta tarde. A las ocho en punto, enviaré por correo un proyecto. Un reto. Algo complejo que requiere pensar fuera de la caja.

Se pasea por delante de la pizarra como si fuera un presentador de televisión.

—Tenéis un mes para resolverlo. El que presente la mejor solución, gana. Gana el puesto. Gana dirigir *Eclipse*. Gana un aumento de sueldo considerable y su nombre en los créditos como director de desarrollo.

Se hace el silencio.

Es… inusual.

Moonframe nunca ha hecho algo así.

Normalmente Robert simplemente elige a alguien y ya está.

Pero esto…

Esto es diferente.

—Vamos, ¿quién quiere apuntarse? —nos reta Robert con picardía.

Miro a Grace.

Ella está mirando la pizarra con una intensidad que podría derretir el cristal.

Y entonces se mueve.

Se levanta de donde estaba apoyada. Cruza la sala con esas piernas largas y ese andar decidido que aparta a todo el mundo. Coge el rotulador de la mano de Robert.

Y escribe en la pizarra con letras grandes y claras:

GRACE DAVIS

Su equipo estalla en aplausos.

Priya silba. Jake grita: «¡Esa es mi jefa!». Marcus golpea la mesa como si estuviera en un concierto.

Grace se gira hacia todos con una sonrisa enorme. Les hace una pequeña reverencia.

Y yo…

Yo no puedo apartar los ojos de ella.

Está radiante.

Está preciosa.

Está del todo fuera de mi alcance.

Y entonces mi cerebro me susurra una idea.

Apúntate.

Compite con ella.

Es la única forma de que te mire. De que te hable. De que esté pendiente de ti.

No es por el puesto.

Bueno, vale, sí me importa el puesto. Me encantaría dirigir *Eclipse*. Sería el proyecto de mis sueños.

Pero no es eso lo que me hace moverme.

Es ella.

Siempre es ella.

Me levanto.

Cruzo la sala.

Todos me miran. Soy difícil de ignorar cuando mides uno noventa y tres y ocupas más espacio del que te corresponde.

Grace se gira cuando me acerco.

Me mira.

Entrecierra los ojos.

Cojo el rotulador de su mano. Mis dedos rozan los suyos un segundo. Un segundo que se me hace eterno.

Y escribo mi nombre justo debajo del suyo:

LEO CARTER

Mi equipo estalla en aplausos también. Marcus grita algo que no entiendo. Jake me da una palmada en la espalda que casi me tira al suelo.

Pero yo solo tengo ojos para Grace.

Está a medio metro de mí. Tan cerca que puedo oler su champú. Algo dulce. Algo que me hace querer inclinarme y enterrar la cara en su pelo.

Me mira con esos ojos verdes que me persiguen.

Y sonríe.

No es una sonrisa amistosa.

Es una sonrisa de *desafío*.

—Esto va a ser divertido —dice.

Su voz me recorre como una descarga eléctrica.

—Sí —consigo responder—. Va a serlo.

Robert carraspea.

—¿Alguien más?

Silencio.

Todos nos miran a Grace y a mí.

Nadie se mueve.

—Bueno. —Robert se encoge de hombros—. Tenéis hasta las ocho para cambiar de opinión. A las ocho de la tarde, cierro la inscripción y envío el reto.

La reunión se disuelve. La gente vuelve a sus mesas. Hay murmullos, conversaciones en voz baja, miradas en nuestra dirección.

Pero yo no me muevo.

Y Grace tampoco.

Nos quedamos ahí, delante de la pizarra, mirando nuestros nombres escritos uno debajo del otro.

GRACE DAVIS
LEO CARTER
Me gusta cómo se ven juntos.
Me gusta demasiado.

No consigo concentrarme el resto del día.

Intento trabajar. Intento revisar código, contestar correos, atender a mi equipo.

Pero no puedo dejar de pensar en Grace.

En la competición.

En el hecho de que vamos a pasar un mes entero compitiendo.

Un mes entero en el que ella tendrá que pensar en mí. Hablar conmigo. Estar pendiente de lo que hago.

Es más de lo que he tenido en dos años.

Llevo dos años enamorado de Grace Davis.

Dos años observándola de lejos como un acosador.

Dos años intentando encontrar la forma de acercarme a ella sin cagarla.

Y fracasando.

Cada vez que intento hablar con ella de algo que no sea trabajo, se me traba la lengua. Digo algo que suena arrogante cuando no pretendía serlo. O literal cuando debería haber sido sutil. O la corrijo cuando no debería haberlo hecho.

Y ella se enfada.

Siempre acaba enfadada conmigo.

Es lo único que logro arrancarle.

Competitividad. Rabia. Esa chispa en los ojos que me dice que quiere demostrarme que estoy equivocado.

Y yo…

Yo lo acepto.

Porque es lo único que tengo.

Es la única forma en la que me mira. La única forma en la que me habla. La única forma en la que existo para ella.

Así que compito. La reto. La provoco sin querer.

Porque al menos así me ve.

Al menos así soy algo más que un compañero de trabajo invisible.

Pero la verdad, la verdad que no puedo decirle nunca, es que Grace Davis es la mujer más increíble que he conocido en mi vida.

Es brillante. Más inteligente que yo, y eso es decir mucho porque no soy modesto con mi inteligencia.

Es graciosa. Tiene ese humor rápido y afilado que hace que todo el mundo a su alrededor se ría. Hace que el trabajo sea divertido incluso cuando las cosas van mal.

Es preciosa. Jodidamente preciosa. Con ese pelo rojo imposible y esas pecas que le salpican la nariz y esa boca que no puedo dejar de mirar cuando habla.

Y me vuelve loco.

Cada día.

Cada hora.

Cada maldito segundo que paso cerca de ella.

Necesito más.

Necesito que me mire de otra forma. Que me hable sin esa armadura de competitividad. Que me sonría como le sonríe a su equipo.

Necesito besarla.

Tocarla.

Saber qué se siente al tenerla cerca sin ese muro entre nosotros.

Pero no sé cómo.

No sé cómo acercarme a alguien así. No sé cómo coquetear. No sé cómo hacer que una mujer se interese en mí de esa forma.

Nunca lo he sabido.

Y con Grace, con Grace es todo peor.

Porque me importa demasiado.

Porque cagarla con ella no sería simplemente incómodo.

Sería devastador.

Así que me quedo donde estoy.

A distancia.

Mirándola.

Deseándola.

Y compitiendo con ella porque es lo único que sé hacer.

A las ocho menos diez estoy delante de la pizarra.

La oficina está casi vacía. La mayoría del equipo se ha ido ya. Solo quedan los noctámbulos y los que, como yo, están esperando.

Miro la pizarra.

GRACE DAVIS

LEO CARTER

Nadie más se ha apuntado.

Solo están nuestros dos nombres.

Uno debajo del otro.

Como si estuviéramos juntos.

Como si fuéramos un equipo.

La idea me hace algo raro en el pecho.

—Vaya, vaya.

Me giro.

Grace está detrás de mí. No sé cuánto tiempo lleva ahí. No la he oído acercarse.

Lleva su mochila colgada al hombro. Ya se ha soltado el pelo. Le cae por la espalda en ondas despeinadas.

Está preciosa.

Siempre está preciosa.

Se coloca a mi lado mirando la pizarra.

Estamos tan cerca que nuestros brazos casi se tocan.

Puedo oler su champú otra vez. Algo dulce y afrutado que me hace querer inclinarme hacia ella.

No lo hago, claro.

—Nadie más se ha apuntado —comento.

Es una obviedad. Pero no sé qué otra cosa decir.

—Ya. —Grace ladea la cabeza—. Supongo que el resto del equipo es más listo que nosotros.

—O menos ambicioso.

—O menos idiota.

Me río. No puedo evitarlo.

Grace me mira de reojo. Hay sorpresa en su expresión. Como si no esperara que me riera.

—Parece que la competición va a ser entre nosotros, Grace —digo.

Y en cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento.

Nosotros.

He dicho *nosotros*.

Como si fuéramos algo.

Como si hubiera un *nosotros*.

Se me eriza toda la piel.

Grace no dice nada durante un segundo. Me mira. Esos ojos verdes se clavan en los míos.

Y entonces sonríe.

Con esa maldita sonrisa que me hace cosas.

—Que gane el mejor —dice.

Su voz suena a reto y a promesa a la vez, y se me asienta en la boca del estómago.

Trago saliva.

—Que gane el mejor —repito.

Grace inclina la cabeza. La sonrisa se le hace más grande.

—O sea, yo.

Y se da la vuelta.

Y se va.

Así.

Sin más.

Cruza la oficina con ese andar seguro que tiene. Con esos pantalones cortos que deberían estar prohibidos. Con ese pelo rojo balanceándose con cada paso.

Me quedo mirándola hasta que desaparece por la puerta.

Me quedo ahí, delante de la pizarra, con el corazón latiéndome demasiado rápido y la boca seca.

Me muerdo el labio.

Grace Davis es jodidamente irresistible.

Y voy a pasar un mes entero compitiendo con ella.

No sé si voy a sobrevivir.

Pero joder.

Qué forma de morir.

CAPÍTULO 2

GRACE

Voy a matar a Leo Carter.

No es una metáfora. No es una exageración. Es un plan real que me estoy planteando en serio mientras mastico mi sándwich de atún como si fuera su cara.

—Estás masticando muy agresivamente —comenta Priya desde el otro lado de la mesa de la cocina de nuestra empresa—. ¿Quieres hablar de ello?

—Leo Carter es un presuntuoso —suelto con la boca llena—. Un presuntuoso engreído con su sonrisa de anuncio de pasta de dientes y su código perfecto y sus…

—¿Sus abdominales?

—¡No iba a decir eso!

Pero Dios. Sí iba a decir eso.

Priya se ríe y le da un sorbo a su café.

—Grace. Cariño. Todo el mundo en esta oficina puede ver las chispas que saltan entre vosotros dos. Es agotador. Es como ver dos imanes pelearse por no juntarse.

—No hay chispas.

—Hay un incendio.

—Ni de coña.

—Estás roja.

—Es por el atún picante.

—Has pedido el normal.

La miro con los ojos entrecerrados. Priya me sostiene la mirada con esa sonrisa de «sé que tengo razón» que me pone de los nervios.

—Vale —dice levantando las manos—. No hay chispas. Leo Carter te resulta del todo indiferente.

—Exacto.

—Por eso cada vez que entra en una sala tú sales.

—Eso no es verdad.

—Por eso cada vez que él habla tú le llevas la contraria.

—Porque siempre dice gilipolleces.

—Por eso anoche soñaste con él.

Me atraganto con el sándwich.

Priya se queda mirándome con las cejas levantadas mientras yo intento no morirme asfixiada en mitad de la cocina de Moonframe Studios.

—No… no he soñado… ¿quién te ha dicho eso?

—Tú. Hace cinco minutos. Cuando llegué y te pregunté qué tal habías dormido y me dijiste: «Fatal, porque mi subconsciente es un traidor que me pone a Leo Carter de rodillas en mis sueños».

Mierda.

Lo he dicho en voz alta.

—Era una pesadilla —me apresuro a aclarar.

—Ajá. ¿Y qué hacía Leo de rodillas en tu pesadilla?

No voy a contestar a eso.

No voy a recordar cómo en el sueño Leo estaba entre mis piernas, con esas manos enormes sujetándome los muslos, mirándome con esos ojos marrones que me persiguen, y diciéndome con esa voz grave que me pone la piel de gallina: *Déjame probarte, Grace. Por favor.*

No voy a recordar que me desperté empapada y furiosa y tuve que meterme en la ducha a las cuatro de la mañana.

No voy a darle esa satisfacción a Priya.

Ni a mi subconsciente traidor.

Ni a Leo Carter, que ni siquiera está presente y ya me está jodiendo el día.

—No quiero hablar de esto —digo al fin.

—Porque sabes que tengo razón.

—Porque tengo que concentrarme en ganar esa competición. Y Leo Carter es mi rival. Punto. Fin de la historia.

Priya abre la boca para contestar, pero un grito desde la sala de descanso la interrumpe.

Nos miramos.

Se oyen más gritos, risas, murmullos.

—¿Qué demonios está pasando? —Priya se levanta.

Yo la sigo.

Porque soy una cotilla. Y porque necesito dejar de pensar en sueños eróticos con hombres que odio.

Cruzamos el pasillo hacia la sala de descanso. Hay un grupo de gente apiñada alrededor del televisor gigante que tenemos conectado a una consola. La sala está abarrotada. Todo el equipo de desarrollo parece estar aquí.

—¿Qué pasa? —le pregunto a Jake, que está en la parte de atrás del grupo.

—Es Leo —dice señalando con la cabeza hacia delante—. Está a punto de batir tu récord.

Se me para el corazón.

—¿Qué?

Me abro paso entre la gente como un bulldozer. Empujo. Me disculpo a medias. Sigo empujando.

Y entonces veo a Leo.

Está sentado en la butaca frente al televisor, con un mando en esas manos enormes. Jugando.

Jugando a *mi* juego.

El juego en el que tengo el récord absoluto desde que entré en esta empresa hace cinco años.

Mi récord.

Mi orgullo.

Lo único en lo que soy, sin discusión, la mejor de toda la oficina.

Y él está a punto de quitármelo.

Miro la pantalla. Los números suben. La puntuación sigue creciendo.

Leo está concentrado. Ni siquiera parece estar sudando. Sus dedos se mueven sobre los botones con una precisión quirúrgica. Como si fuera fácil. Como si fuera un paseo por el parque.

Me entran ganas de asesinarlo.

Y entonces la pantalla explota en fuegos artificiales digitales.

NUEVO RÉCORD

LEO CARTER

La sala estalla en vítores.

Yo me quedo congelada.

No.

No, no, no.

Ese récord es mío.

Leo se recuesta en la butaca con una sonrisa satisfecha. Alguien le da una palmada en la espalda. Marcus le choca los cinco.

Y entonces me ve, me mira a los ojos y esa sonrisa se hace más grande.

Hijo de puta.

El calor me sube por el cuello como lava. Se me cierran los puños. Se me agarrotan los músculos.

—Eso no te lo vas a quedar —suelto.

Toda la sala se calla.

Leo ladea la cabeza. Sigue sonriendo.

—¿Perdón?

—Que eso no te lo vas a quedar. —Cruzo la sala hacia él—. Quita. Déjame sitio.

Leo parpadea. Por un momento parece sorprendido de verdad.

Bien.

Me planto delante de la butaca con la mano extendida esperando el mando.

Leo lo mira. Me mira a mí. Mira el mando otra vez.

—Grace…

—Dame. El. Mando.

Me lo entrega.

Pero no se mueve de la butaca.

Y la butaca es individual. No hay sitio para dos personas.

—¿Vas a quitarte? —pregunto.

—No.

—Leo.

—Grace.

Nos miramos un instante que se alarga demasiado.

Y entonces, porque soy idiota y competitiva y estoy demasiado cabreada para pensar con claridad, me siento a su lado.

O más bien, me meto en la butaca con él.

Es un desastre. Somos demasiado grandes. Bueno, él es demasiado grande. Yo soy normal. Pero juntos no cabemos.

Tengo que girarme de lado. Apoyarme contra el reposabrazos. Nuestras piernas quedan apretadas. Mi muslo contra el suyo. Mi cadera rozando la suya.

Y Leo es como una estufa.

El calor me golpea de inmediato. Calor que viene de su cuerpo. Calor que me recorre entera y se me instala en sitios donde no debería.

Huele bien.

Demasiado bien.

A algo limpio y masculino que me cortocircuita el cerebro un instante.

Para.

Para ahora mismo.

Concéntrate en el juego, Grace.

—¿Estás cómoda? —pregunta Leo.

Su voz suena rara. Más baja. Más ronca.

No lo miro.

—Perfectamente.

Mentira.

Soy muy consciente de cada centímetro de mi cuerpo que está tocando el suyo. De lo grande que es. De lo sólido que es contra mí. De cómo tengo que levantar el brazo para manejar el mando sin darle un codazo en las costillas.

Y él tampoco se mueve.

Está inmóvil. Ni siquiera respira.

Bueno, sí respira. Lo sé porque puedo sentir su pecho subir y bajar contra mi hombro.

Madre mía.

—Empiezo —anuncio.

Nadie dice nada. Todo el equipo nos está mirando.

Priya tiene una sonrisa enorme en la cara que prometo borrarle después.

Pulso el botón de inicio.

Pierdo la primera partida.

Pierdo por doscientos malditos puntos.

Doscientos puntos que me separan de recuperar mi récord.

Y la única razón por la que pierdo es porque no puedo concentrarme. Porque Leo sigue ahí. Quieto como una estatua. Caliente como el infierno. Y cada vez que me muevo me rozo contra él.

—Otra vez —digo.

—Grace…

—Otra. Vez.

Leo no discute. Solo me observa durante un segundo con esos ojos marrones que no sé leer.

Y entonces asiente.

Segunda partida.

Esta vez bloqueo todo lo demás.

Bloqueo el calor de su cuerpo.

Bloqueo su olor.

Bloqueo la consciencia de que su mano está apoyada en el reposabrazos a dos centímetros de mi muslo.

Me concentro en la pantalla. En los controles. En la música. En ganar.

Porque tengo que ganar.

Porque si no gano esto, ¿qué me queda?

La puntuación trepa sin parar. Mis dedos vuelan sobre los botones como si tuvieran vida propia.

Y entonces la pantalla vuelve a explotar en fuegos artificiales.

NUEVO RÉCORD

GRACE DAVIS

La sala estalla.

Mi equipo grita como si acabara de ganar el Mundial. Priya silba. Jake aplaude. Marcus grita algo sobre que soy una diosa.

Me levanto de un salto y casi tropiezo con mis propios pies al salir de la butaca, al alejarme de Leo como si me quemara.

Porque me está quemando.

Toda yo ardo.

Y no es solo por la victoria.

Me giro hacia él.

Leo sigue sentado. Mirándome. Con una expresión que no sé descifrar.

Le señalo con el dedo.

—Y también voy a ganar el puesto de directora de desarrollo.

Espero que se enfade. Que discuta. Que me lance uno de esos comentarios técnicos que me ponen de los nervios.

Pero no lo hace.

Sonríe.

Y no es su sonrisa de anuncio normal. No es esa sonrisa perfecta que le he visto mil veces y que odio.

Es algo distinto: más cálido, más genuino. Más… grande, como todo en él.

—Acepto cada desafío que me pongas —dice.

Su voz me recorre como una corriente eléctrica.

Y entonces se levanta y se planta delante de mí.

Y joder.

Es enorme.

Mide casi dos metros. Tiene que mirarme desde arriba. Y yo tengo que echar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada.

Me siento pequeña.

Y odio sentirme pequeña.

Pero hay algo en la forma en que me mira. En la forma en que sus ojos se clavan en los míos y no se apartan. En la forma en que todo su cuerpo parece pendiente de mí.

Como si fuera lo único que existe en esta sala.

Se me seca la boca.

Se me acelera el pulso.

Y ese calor traicionero que había conseguido ignorar vuelve con fuerza. Bajo. Profundo. En un sitio que definitivamente no debería reaccionar a Leo Carter.

Basta.

Basta ya.

Me doy la vuelta.

Y me largo.

Salgo de la sala sin mirar atrás. Sin decir nada más. Sin darle la satisfacción de ver que me ha afectado.

Cruzo el pasillo, voy a mi mesa y me siento.

Y me quedo ahí, con el corazón latiéndome demasiado rápido y las manos temblándome, intentando recuperar el control.

Dios.

Odio a Leo Carter.

Odio su sonrisa. Odio su calor. Odio lo grande que es. Odio cómo me mira.

Pero sobre todo odio lo que despierta en mí.

Porque no es odio.

Y eso es lo que más me molesta.

CAPÍTULO 3

GRACE

Dos días.

Han pasado dos días desde nuestra pelea en el videojuego y la oficina sigue vibrando como si alguien hubiera conectado un cable de alta tensión al edificio entero.

No es mi culpa.

Bueno, vale. Quizás un poco sí.

Pero sobre todo es culpa de Leo Carter y de su cara de «no pasa nada» cuando es evidente que SÍ pasa algo.

Estoy en la sala de reuniones con ambos equipos, el mío y el suyo, revisando el último proyecto antes de que entre en fase de pruebas. Debería ser una reunión normal. Quince minutos, vemos el estado, nos vamos todos.

Pero nada es normal desde que empezó esta competición.

Jake está sentado a mi derecha con una hoja de cálculo abierta en su portátil que definitivamente no tiene nada que ver con trabajo. Priya está a mi izquierda intentando disimular una sonrisa. Marcus ni siquiera disimula: nos mira a Leo y a mí como si estuviéramos a punto de protagonizar un combate de lucha libre.

Y puede que tenga razón.

Porque Leo acaba de decir la cosa más estúpida que he oído en mi vida.

—Espera. —Levanto la mano—. ¿Me estás diciendo que tu solución es rehacer toda la estructura de conexión?

Leo me mira desde el otro lado de la mesa. Tranquilo. Calmado. Como siempre.

Como si no acabara de sugerir algo del todo absurdo.

—Es la forma más eficiente de resolver el problema —dice.

Su voz es neutra. Ni defensiva ni agresiva. Solo… informativa.

Y eso me pone de los nervios.

—Es la forma más complicada, querrás decir. —Me inclino hacia delante—. Mi solución es más simple. Más rápida. Y no requiere tirar tres semanas de trabajo a la basura.

—Tu solución es un parche.

Se me cierra el estómago.

—¿Perdona?

—Es un parche —repite Leo—. Funciona a corto plazo pero no soluciona el problema de raíz.

—Y la tuya es matar una mosca a cañonazos.

—La mía es eficiente.

—La mía también.

—La tuya es temporal.

—La tuya es innecesaria.

Nos miramos por encima de la mesa. El aire de la sala se espesa como si alguien hubiera subido la calefacción veinte grados de repente.

Nadie dice nada.

Jake se aclara la garganta.

—¿Sabéis qué? Creo que ambas soluciones tienen mérito…

—No —le corto—. Una es claramente mejor.

—La mía —dice Leo.

Y ahí está.

Esa odiosa seguridad que rezuma por cada poro de su piel.

Como si no hubiera ni un gramo de duda en su cabeza. Como si las matemáticas estuvieran de su lado y yo solo tuviera que aceptarlo y seguir adelante.

Pues no.

—¿Por qué? —pregunto—. Explícame por qué tu forma es mejor.

Leo ladea la cabeza. Me mira con una intensidad que me eriza la piel.

—Porque soluciona el problema de forma permanente.

—La mía también.

—La tuya lo oculta.

—La tuya lo complica.

—La tuya ignora el origen del fallo.

—¡La tuya tira tres semanas de trabajo!

Mi voz ha subido. No me había dado cuenta hasta que las palabras salen y rebotan contra las paredes de la sala.

Leo no se inmuta. Solo me sostiene la mirada.

Y no dice nada.

Nada.

Solo me mira con esos ojos marrones que no sé leer. Como si estuviera intentando descifrar algo. Como si yo fuera un problema que necesita resolver.

Y eso me pone más furiosa todavía.

—¿Vas a decir algo o solo me vas a mirar? —suelto.

Leo parpadea.

—Estoy esperando a que termines.

—He terminado.

—No lo parece.

—Pues lo he hecho.

—Vale.

—¿Vale? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Leo abre la boca. La cierra. Me mira un segundo más.

Y entonces reacciona.

Se levanta de su silla al otro lado de la mesa con ese movimiento lento que tiene. Ese que detiene a todo el mundo para mirarlo porque es imposible no hacerlo cuando mides casi dos metros y ocupas tanto espacio.

Y yo…

Yo también me levanto.

No sé por qué.

Bueno, sí lo sé. Porque quedarme sentada mientras él está de pie me hace sentir pequeña. Y no pienso darle esa ventaja.

Así que me pongo en pie y cruzo hacia su lado de la mesa.

No sé qué pretendo. Plantarme frente a él. Que me vea bien cuando le digo que está equivocado. Que entienda que no voy a dejar que me pase por encima.

Pero no calculo bien la distancia.

O él tampoco.

Porque de repente estamos a centímetros el uno del otro.

Tan cerca que tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara.

Tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos marrones.

Tan cerca que noto el calor que desprende su cuerpo como una ola.

Se me olvida respirar.

Se me olvida lo que iba a decir.

Se me olvida que hay otras once personas en esta sala mirándonos como si fuéramos el mejor espectáculo del año.

Solo existe Leo.

Leo y esos ojos clavados en los míos.

Leo y esa mandíbula tensa.

Leo y ese pecho subiendo y bajando más rápido de lo normal.

Huele a jabón. A algo limpio y masculino que me dispara el pulso.

No me muevo.

Él tampoco.

Estamos suspendidos en este momento imposible en el que no sé si voy a pegarle o besarlo o empujarlo contra la pared o…

—Se acabó.

La voz de Robert nos devuelve a la realidad de un tirón.

Me giro de inmediato. Leo da un paso atrás.

Robert está de pie en la puerta de la sala con los brazos cruzados y una expresión que no augura nada bueno.

—Creo que necesitáis un descanso —dice.

No lo dice como una sugerencia.

Lo dice como una orden.

—Grace. Leo. —Nos señala a los dos—. Os quedáis. El resto, fuera.

Hay un murmullo general. Jake cierra su portátil con cara de decepción. Priya me lanza una mirada de «suerte» mientras sale. Marcus le susurra algo a alguien que hace que se rían.

Y entonces estamos solos.

Los tres.

Robert, Leo y yo.

Sigo de pie junto a Leo. Demasiado cerca todavía. Doy un paso hacia un lado. Luego otro. Me apoyo contra la mesa e intento que no se note que el corazón me retumba en los oídos.

Robert cierra la puerta.

Se gira hacia nosotros.

Y suelta un suspiro largo y cansado.

—Mirad —dice—. Esto no puede seguir así.

—Solo estábamos discutiendo sobre una solución técnica —respondo.

Robert me lanza una mirada que dice claramente «no me tomes por idiota».

—Grace. Leo. —Nos mira a los dos—. Lleváis varios días convirtiendo esta oficina en un campo de batalla. Y no solo vosotros. Todo el equipo está en tensión constante.

—Eso no es…

—Hay apuestas —me interrumpe Robert—. Apuestas sobre quién va a ganar esta competición. Jake tiene una hoja de cálculo con probabilidades. Marcus está aceptando pagos por PayPal.

Me quedo callada.

Vale.

Quizás se nos ha ido un poco de las manos.

—Estáis compitiendo por todo —continúa Robert—. En el trabajo. En los videojuegos. El otro día casi os matáis por el último cruasán de la cocina.

Me viene a la cabeza la imagen de ayer a la mañana. Yo llegando a la cocina. Viendo el último cruasán en la bandeja. Alargando la mano. Y entonces la mano de Leo apareciendo desde el otro lado y cogiendo el cruasán medio segundo antes que yo.

La forma en que nos miramos.

La forma en que él sonrió.

La forma en que yo le dije «esto significa la guerra» y él respondió «ya estamos en guerra, Grace».

Vale.

Quizás Robert tiene razón.

—Solo es una competición —digo.

—No. —Robert niega con la cabeza—. Esto es una obsesión. Y está afectando a todo el equipo. Así que vais a hacer una cosa.

Me tenso.

No me gusta cómo suena eso.

—Os vais de vacaciones —dice Robert—. Los dos. Durante dos semanas. Ahora.

Se me para el corazón.

—¿Qué?

—Vacaciones. Obligatorias. —Robert nos señala—. Hoy.

—No necesito vacaciones —suelto de inmediato—. Estoy bien. Estoy concentrada. Estoy…

—Estás quemada —dice Robert.

Mierda.

Pensaba que nadie se había dado cuenta.

—Y tú. —Robert mira a Leo—. No estás mejor. Llegas antes que nadie y te vas después que nadie. Ayer tu hermana me llamó para preguntarme si te habías mudado aquí.

Leo no dice nada. Solo mira a Robert con una expresión neutra que no revela nada.

—Así que esto es lo que va a pasar. —Robert se cruza de brazos —. Os vais de vacaciones. Dos semanas. Ni correos, ni llamadas, ni trabajo remoto. Desconectáis del todo.

—Pero el proyecto…

—El proyecto puede esperar dos semanas —me interrumpe—. Cuando volváis, me entregáis vuestras soluciones y anuncio al ganador. Pero necesito que os vayáis ya porque si seguís así voy a tener que llamar a recursos humanos para gestionar una demanda por homicidio.

Me quedo mirándolo.

No puede estar hablando en serio.

Pero su cara dice que sí.

Que va en serio.

—Robert….

—No es una sugerencia, Grace. —Su voz es firme—. Es una orden. Cuando acabe el día, recogéis vuestras cosas y os vais. No quiero veros hasta dentro de dos semanas.

Aprieto los dientes.

Miro a Leo.

Él me está mirando a mí con esa expresión indescifrable que me pone de los nervios.

—¿Tú no vas a decir nada? —le pregunto.

Leo parpadea.

—¿Qué quieres que diga?

—No sé. Algo. Lo que sea. ¿También crees que necesitamos vacaciones?

Leo me mira un instante demasiado largo.

—Creo que Robert tiene razón —dice al fin.

Algo en su voz me hace daño.

No sé qué.

Pero me duele.

—Perfecto —suelto.

Me doy la vuelta y salgo de la sala sin mirar atrás.

CAPÍTULO 4

LEO

La he cagado.

Otra vez.

Me quedo de pie en la sala de reuniones después de que Grace se haya ido. Robert se ha marchado hace un minuto. Me ha palmeado el hombro y me ha soltado un «descansa, Leo» como si descansar fuera posible cuando acabo de ver esa expresión en la cara de Grace.

Esa expresión que dice «lo sabía, sabía que eras un capullo». Me froto la cara.

No quería que pasara esto. No quería que Robert nos echara de la oficina. No quería dos semanas de vacaciones obligatorias. Y, sobre todo, sobre todo, no quería ver cómo Grace salía de esta sala como si yo acabara de confirmar todo lo que piensa de mí: que soy arrogante, que estoy en su contra, que disfruto provocándola.

Nada de eso es verdad. Bueno, lo de disfrutar quizás un poco sí, pero no de la forma que ella cree. Disfruto cuando me mira, cuando habla conmigo, cuando esos ojos verdes se clavan en los míos y me reta. Es lo único que tengo.

Pero esto… Esto ha ido demasiado lejos.

Salgo de la sala. Vuelvo a mi mesa. La oficina sigue en tensión. La gente habla en voz baja. Nos miran. A mí. Al sitio vacío donde debería estar Grace.

Marcus se acerca.

—Dura batalla, tío. —Me palmea el brazo.

No respondo. No sé qué decir. No ha sido una batalla. Ha sido un desastre.

Miro hacia la mesa de Grace. No está ahí. Su mochila sigue colgada del respaldo de la silla pero ella no está.

Necesito encontrarla. Necesito… no sé qué necesito. Disculparme. Explicarle. Decirle que no quería que esto pasara.

Aunque es probable que lo empeore. Siempre lo empeoro con ella. Pero tengo que intentarlo.

Me levanto. Cruzo la oficina. La gente me mira. Jake abre la boca como para decir algo y la cierra cuando ve mi cara.

Bien. No quiero hablar con nadie que no sea Grace.

Recorro el espacio. Reviso su zona. No está con su equipo. Sigo buscando. Voy hacia la cocina.

Escucho su voz antes de verla. Esa voz que reconocería en cualquier sitio, rápida y enfadada, con un punto de cansancio. Me acerco. Voy a entrar. Voy a decirle... algo. Lo que sea. Voy a intentar arreglar esto aunque no sepa cómo.

Pero entonces escucho mi nombre. Y me detengo.

—No puedo aguantar un solo día más cerca de Leo. Ya está. Lo he hecho. He reservado una cabaña en las Maldivas.

Se me para el corazón. Me quedo ahí, de pie junto a la puerta de la cocina, escondido como un cobarde. Debería entrar. Debería anunciar que estoy aquí. Pero no lo hago.

—¿En serio? —La voz de Priya suena sorprendida—. ¿Cuándo?

—Justo ahora. Hace cinco minutos. Dos semanas. Del catorce al veintiocho. Una cabaña sobre el agua en el Azure Waters Resort.

Azure Waters Resort.

Las Maldivas.

Del catorce al veintiocho.

Mi cerebro procesa la información sin que yo se lo pida. Como si fuera código. Datos almacenándose.

—¿Y es muy caro? —pregunta Priya.

—Carísimo. —Grace suelta una risa corta—. Me he gastado el equivalente a tres meses de alquiler. Pero me da igual. Lo necesito.

—¿Lo necesitas o necesitas alejarte de Leo Carter?

Se hace el silencio. Un silencio que dura demasiado. Se me tensa la mandíbula. Se me cierra el puño contra el marco de la puerta.

—Necesito las dos cosas —dice Grace al fin—. Necesito desconectar. Necesito aire. Necesito tumbarme al sol con un libro y no pensar en él durante dos semanas.

No pensar en él durante dos semanas.

No pensar en mí.

—Pues perfecto —dice Priya—. Vete. Descansa. Olvídate de todo esto. Y cuando vuelvas, machácalo.

Grace se ríe.

—Ese es el plan. Dos semanas de sol, playa y paz. Dos semanas sin ver a Leo Carter. Dos semanas para recordar quién soy cuando no estoy compitiendo con él.

Odio hacerle sentir así.

Recordar quién soy cuando no estoy compitiendo con él.

Como si yo fuera un obstáculo. Como si estar cerca de mí le hiciera olvidarse de sí misma. Como si yo fuera el problema.

Y quizás lo soy. Quizás Robert tiene razón. Quizás Grace necesita distancia. Quizás dos semanas sin verme sean justo lo que necesita para…

¿Para qué?

Para olvidarse de mí del todo. Para volver como si nada hubiera pasado. Para seguir viéndome solo como su rival.

—¡Grace! —La voz de Jake interrumpe desde algún sitio de la oficina—. ¡Ven! ¡Marcus está intentando demostrar que puede hacer un backflip y va a matarse!

—Demonios. —Grace suelta una carcajada—. Vamos. Esto tengo que verlo.

Escucho el sonido de sillas moviéndose. Pasos.

Me aparto de la puerta. Me meto en el hueco junto al armario de suministros para que no me vean.

Grace y Priya pasan por delante de mí.

Respiro aliviado cuando desaparecen por el pasillo.

Y yo me quedo ahí, con el corazón latiéndome demasiado rápido, con un pensamiento imposible creciendo en mi cabeza.

Vuelvo a mi mesa. Me siento. Abro mi portátil, pero no escribo nada. Solo me quedo mirando la pantalla en blanco. Procesando.

Grace se va a las Maldivas. A una cabaña sobre el agua. Durante dos semanas. Para alejarse de mí.

Y yo… Yo voy a quedarme aquí. Solo. Sin verla. Sin hablar con ella. Sin esa tensión constante que me está matando pero que al menos significa que existo para ella. Dos semanas en las que ella va a estar en el paraíso recordando quién es sin mí. Y yo voy a estar aquí recordando que no soy nada para ella.

Cierro el portátil. Me froto la cara con las dos manos. Esto está mal. Todo esto está mal.

Llevo dos años enamorado de Grace Davis y lo único que he conseguido es que me odie. Que me vea como un obstáculo. Que necesite irse al otro lado del mundo para alejarse de mí.

Y no sé qué hacer con eso. No sé cómo arreglarlo. No sé cómo conseguir que me vea de otra forma. Pero sí sé una cosa.

No quiero pasar dos semanas sin ella. No quiero que se vaya pensando que soy el capullo arrogante que la saca de quicio. No quiero… No sé qué quiero.

Sí lo sé. Quiero estar cerca de ella. Quiero que me mire sin esa armadura de competitividad. Quiero hablar con ella sin cagarla. Quiero… Quiero a Grace Davis.

Y ella se va a las Maldivas para olvidarse de mí.

Me levanto. Cojo mi mochila. Necesito salir de aquí. Necesito pensar. Necesito procesar esto. Necesito hablar con alguien que no me diga que estoy loco.

Aunque puede que lo esté.

Salgo de la oficina sin mirar atrás.

CAPÍTULO 5

LEO

Mi hermana Penny levanta la vista cuando entro en casa.

—Llegas pronto —dice—. ¿Te han echado de la oficina? —bromea. No tiene ni idea de lo cerca que está de la verdad.

—Más o menos.

Dejo la mochila junto a la puerta y me quito las zapatillas de una patada. Cruzo el salón y me dejo caer en el sofá junto a ella con más fuerza de la necesaria. El cojín rebota.

Mi hermana deja de masticar. Me mira de reojo.

—Vale, me estás preocupando. ¿Qué te ha pasado?

—Robert nos ha mandado de vacaciones. Obligatorias. Dos semanas. A mí y a otro del equipo.

—¿Vacaciones obligatorias? ¿Eso existe?

—Por lo visto sí.

—¿Y por qué?

Me masajeo las sienes.

—Porque llevamos varios días convirtiendo la oficina en un campo de batalla.

Mi hermana arquea una ceja.

—¿Varios días? Leo, llevas meses raro. ¿Quién es el otro?

Me quedo callado un segundo demasiado largo.

—Grace —digo al fin.

—Ah. —Mi hermana asiente despacio—. Grace Davis. Tu compañera. La que programó ese sistema que no parabas de alabar hace seis meses.

—Sí.

—La que te tiene así desde hace… ¿cuánto? ¿Dos años?

—No me tiene de ninguna manera.

—Leo.

—Vale. Sí. Grace.

—Ay, Leo.

Se gira hacia mí en el sofá. Me mira con esa expresión que conozco demasiado bien. Esa que dice «voy a obligarte a hablar de tus sentimientos».

No quiero hablar de mis sentimientos.

Pero llevo dos años guardándomelos y no me ha funcionado demasiado bien.

—Cuéntame —dice.

Y le cuento.

Le explico lo de la reunión. Lo de la discusión sobre el problema técnico. Lo cerca que estuve de Grace. Tan cerca que podía oler su champú. Tan cerca que por un segundo pensé que iba a besarla o que ella iba a pegarme y no sabía cuál de las dos cosas prefería.

Le cuento que Robert nos vio. Que los echó a todos. Que luego nos quedamos solos y nos dijo que necesitábamos distancia.

—Y Grace estaba furiosa —digo—. Me miró como si fuera mi culpa. Como si yo hubiera provocado todo esto.

—¿Y no lo has hecho?

La miro.

Mi hermana me sostiene la mirada.

—Leo. Cariño. Llevas dos años provocándola. Discutiendo con ella. Corrigiéndole el código. Compitiendo por todo. ¿De verdad te sorprende que piense que disfrutas sacándola de quicio?

—No disfruto…

Me callo.

Porque sí que disfruto.

No de enfadarla. Sino de que me mire. De que hable conmigo. De existir para ella aunque sea como su rival.

—Joder —murmuro—. Soy patético.

—No eres patético. Estás enamorado. Que viene a ser lo mismo.

Hundo la cara en las manos.

—No sé cómo hablar con ella sin cagarla. Cada vez que lo intento, digo algo que suena arrogante cuando no quiero serlo. O me quedo

callado demasiado tiempo. O la corrijo cuando no debería. Y entonces ella se enfada más y yo no sé qué hacer.

Penny me observa durante un segundo.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Con las vacaciones?

—No lo sé.

—¿Vas a hablar con ella?

—Debería, supongo.

—¿Pero?

—Pero no sé cómo.

Mi hermana suspira. Se recuesta en el sofá.

—Es muy fácil, Leo. La llamas. O le escribes. Y le dices: Grace, me gustas. Quiero conocerte fuera del trabajo. ¿Podemos cenar cuando vuelvas?

Lo dice como si fuera tan simple. Como si pudiera hacer eso. Como si las palabras no se me atascaran en la garganta cada vez que la miro.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes.

—No. No puedo. Porque si lo hago y ella dice que no, se acabó. Ya no tendré ni siquiera esto. Ni siquiera tenerla cerca como rival. Y prefiero eso a nada.

Mi hermana me mira con una mezcla de pena y exasperación.

—Leo…

—Ya lo sé. Lo sé. Es una mierda. Pero es lo que hay.

—Pues entonces no sé qué decirte.

Se levanta y va hacia la cocina.

Y yo me quedo ahí. Solo. Con un pensamiento dándome vueltas en la cabeza.

Grace se va a las Maldivas.

No se lo he dicho a mi hermana. No le he contado lo que he escuchado. Porque sé lo que me diría.

Que la deje ir. Que respete su espacio. Que si Grace necesita alejarse de mí, lo último que debería hacer es seguirla.

Y tiene razón. Lo sé. Pero no puedo dejar de pensar en ello. En Grace en las Maldivas. Sola. Durante dos semanas. En mí aquí. Solo. Durante dos semanas. En volver y que todo siga igual.

Mi hermana regresa de la cocina diez minutos después.

—Me voy a la cama —dice—. Mañana entro a trabajar temprano.

—Vale.

—Piénsalo, Leo. Lo de hablar con ella. Sé que te da miedo. Pero es mejor que seguir así.

Asiento.

Ella me besa en la frente y se va a la cama.

Y yo me quedo ahí sentado en el sofá, con una idea terrible creciendo en mi cabeza.

No debería hacerlo. Lo sé. Mi hermana tiene razón: debería llamar a Grace, invitarla a cenar, hacer las cosas bien.

Pero llevo dos años intentando hacer las cosas bien. Y no funciona. Quizás hacer las cosas mal sea la única opción que me queda.

Cojo el portátil.

Lo abro.

Escribo en Google: *Azure Waters Resort Maldivas*.

La web se carga y aparecen fotos del paraíso: cabañas sobre agua turquesa, arena blanca y palmeras.

Y Grace va a estar ahí. Sola. Durante dos semanas. A no ser que…

Entro en la página de reservas. Miro el código fuente. Encuentro el sistema de gestión.

No es difícil. La seguridad es decente pero no impenetrable. Me lleva menos de veinte minutos encontrar las vulnerabilidades. Menos de treinta acceder al sistema.

Y ahí están todas las reservas. Busco las fechas. Del 14 al 28 de julio. Y la encuentro.

Reserva confirmada.
Grace Davis.
Cabaña sobre el agua nº7.
14-28 de julio.

Me quedo mirando la pantalla. Esto es invasión de la privacidad. Esto está mal. Debería cerrar el portátil ahora mismo. Debería llamar a Grace mañana. Debería hacer lo que mi hermana me ha dicho.

Pero no lo hago.

Porque si cierro este portátil, Grace se va sola a las Maldivas y yo me quedo aquí. Y cuando vuelva, todo seguirá igual. Yo seguiré sin saber cómo hablarle. Ella seguirá viéndome como su rival. Y así pasarán otros dos años. Y otros dos. Hasta que uno de los dos se vaya o se canse o se rinda.

Y no quiero eso. No quiero rendirme con Grace Davis. Así que cometo una auténtica estupidez.

Navego hasta el panel de reservas. Creo una nueva.

Nombre: Leo Carter.

Cabaña: Nº7.

Fechas: Del 13 al 28 de julio.

Un día antes que Grace. Un día más de estancia. Para que cuando ella llegue el 14, yo ya esté ahí. Para que parezca que he llegado primero. Para que parezca un error del sistema. Una doble reserva accidental. Culpa del resort, no mía.

Manipulo el código para que permita el solapamiento. Obligo al sistema a aceptar ambas reservas como válidas. Como si fuera un fallo de programación. Como si nadie se hubiera dado cuenta.

Y entonces relleno mis datos.

Tecleo mi nombre, mi email, mi tarjeta de crédito.

Veo el precio. Una barbaridad. Menos mal que tengo mucho dinero.

Le doy a confirmar.

El sistema procesa.

Tres segundos. Cinco. Diez.

Y entonces:

Reserva confirmada.

Leo Carter.

Cabaña sobre el agua nº7.

Azure Waters Resort, Maldivas.

13-28 de julio.

Llega el email de confirmación. Lo abro. Lo leo. Es real.

Lo he hecho. De verdad lo he hecho. Voy a ir a las Maldivas. A la misma cabaña que Grace. Sin que ella lo sepa.

Apago el portátil. Me quedo mirando la pantalla negra. El corazón me late demasiado rápido. Las manos me tiemblan. Se me seca la boca.

Esto es una locura. Esto es acoso. Esto es la peor idea que he tenido en mi vida.

Grace va a matarme cuando me vea. Va a pensar que la he seguido. Que soy un psicópata. Que estoy obsesionado con ella.

Y no estará equivocada. Estoy obsesionado con Grace Davis. Llevo dos años obsesionado. Dos años mirándola de lejos, dos años sin saber cómo decirle que me gusta, dos años cagándola cada vez que intento acercarme.

Y ahora voy a pasar dos semanas con ella. En el paraíso. Sin escapatoria para ninguno de los dos.

Puede que sea la peor idea de mi vida. O puede que sea la única oportunidad que tengo. Porque fuera de la oficina, sin la presión del trabajo, sin la competición en medio, sin todos mirando… quizás sea diferente. O quizás pase dos semanas conmigo y confirme que soy justo lo que pensaba. Quizás esto sea el final definitivo.

Pero prefiero saberlo. Prefiero intentarlo y fracasar antes que no haberlo intentado nunca. Porque ya no puedo seguir así.

Nos vemos en el paraíso, Grace.

Que empiece la cuenta atrás.

CAPÍTULO 6

GRACE

Presente

Si alguien me hubiera dicho hace una semana que iba a gastarme el equivalente a tres meses de alquiler en una cabaña sobre el agua en las Maldivas, le habría dicho que estaba loco.

Pero aquí estoy.

De pie en el porche de madera que da al océano Índico, con una maleta en cada mano y la mandíbula por los suelos.

Porque este lugar no parece real.

La cabaña es preciosa. Toda de madera clara con ventanales del suelo al techo que dan al agua turquesa, una cama que parece sacada de un anuncio de colchones carísimos, y una escalera privada que baja al mar. En el porche hay hamacas colgadas y tumbonas con cojines blancos, y una ducha exterior rodeada de plantas tropicales.

Es el paraíso.

Y me lo he ganado.

Llevo cinco años trabajando como una posesa en Moonframe. Cinco años programando hasta las tantas, corrigiendo código ajeno, arreglando desastres de última hora. Cinco años siendo la graciosa del equipo, la friki, la que siempre está disponible porque no tiene vida fuera del trabajo.

Y ahora estoy a un paso de dirigir el desarrollo del próximo juego del estudio.

Solo tengo que ganar a Leo Carter.

No pienso en él. Es mi regla para estas vacaciones. Dos semanas sin pensar en ese hombre insoportable con su sonrisa perfecta y su código impecable y esa forma que tiene de mirarme como si me estuviera analizando.

No.

No voy a pensar en él.

Para eso he venido aquí.

Entro en la cabaña. Dejo las maletas junto a la cama. Saco mi portátil para cargarlo y me tiro encima del colchón sin quitarme ni los zapatos.

Y me quedo dormida casi sin darme cuenta.

Necesito un descanso.

Me despierta un ruido.

Un golpe sordo que viene de algún sitio de la cabaña.

Abro los ojos. La luz que entra por los ventanales es anaranjada, más suave que cuando llegué. He dormido horas. Ni idea de cuántas.

Otro golpe.

Me incorporo como un resorte.

¿Qué demonios?

Escucho pasos. Alguien se está moviendo por la cabaña como si fuera su casa.

El corazón me da un vuelco.

Hay un intruso en mi cabaña.

En las Maldivas.

¿Quién roba en las Maldivas?

Me levanto despacio. Sin hacer ruido. Busco con la mirada algo que pueda usar como arma y lo único que encuentro es mi portátil sobre la mesita.

Perfecto.

Desenchufo el portátil y lo cojo con las dos manos. Es un Lenovo de diecisiete pulgadas que pesa como un ladrillo. Si tengo que estamparle esto a alguien en la cabeza, lo haré.

Avanzo hacia la puerta. El corazón me late tan fuerte que casi no oigo los pasos que vienen hacia mí.

La puerta se abre.

Y entonces lo veo.

No veo una cara.

Veo un pecho.

Un pecho masculino, desnudo, cubierto de una fina capa de sudor que lo hace brillar bajo la luz anaranjada del atardecer. Tiene los pectorales marcados, los abdominales como esculpidos en piedra y un torso en forma de uve que baja hasta…

Madre mía.

Es el pecho más espectacular que he visto en mi vida.

Ni siquiera sabía que los pectorales podían ser así fuera de los videojuegos. Ni que los abdominales pudieran ser tan… grandes.

Para.

Céntrate.

Este tío está entrando en tu cabaña.

Pero una parte de mí, una parte muy traidora, está pensando que quizá no es tan malo que te atraque un buenorro.

Y entonces, sin querer, sin poder evitarlo, digo en voz alta:

—¿Eres un stripper?

Porque es la única explicación lógica. Emery. Mi hermana debe de haberme contratado un stripper porque sabe que estoy estresada y que necesito desconectar y que llevo más tiempo sin sexo del que puedo recordar.

Escucho una risa.

Una risa baja, profunda, que hace que se me erice todo el vello del cuerpo.

Porque es una risa que conozco.

No.

No, no, no.

Se me tensa todo el cuerpo de golpe. El estómago se me cierra como un puño. Porque esa risa…

Esa risa la escucho todos los días.

En mis pesadillas.

En la oficina cuando algo le hace gracia y el resto del equipo se ríe con él.

En mi cabeza cuando estoy trabajando a las tres de la madrugada y me acuerdo de algún comentario suyo.

Es la risa de Leo Carter.

Elevo la mirada despacio.

Muy despacio.

Subo por ese pecho de infarto, por el cuello, por la mandíbula marcada, por los labios que están sonriendo, por la nariz recta, hasta llegar a los ojos.

Ojos marrones. Cálidos. Divertidos.

Los ojos de Leo Carter.

Y entonces empiezo a gritar.

—¡¿QUÉ COÑO HACES EN MI CASA?!

Leo parpadea. La sonrisa no se le borra de la cara.

—Hola, Grace.

—¡¿QUÉ HACES AQUÍ?! ¡¿Y POR QUÉ ESTÁS DESNUDO?!

—No estoy desnudo. —Leo baja la vista hacia sí mismo como si necesitara comprobarlo—. Llevo pantalón corto.

—¡Llevas el torso desnudo!

—Vengo de correr. Hace calor.

—¡ESO NO EXPLICA QUÉ HACES EN MI CASA!

Leo me mira durante un segundo. Luego dice, con esa calma que me pone de los nervios:

—Tú eres la que estás en mi casa.

Me quedo helada.

—¿Qué?

—Esta es mi casa. La he alquilado.

—No. —Niego con la cabeza—. No, no, no. Esta es MI casa. YO la he alquilado.

—Imposible. Yo la he reservado hace tres días.

—Yo también.

Nos miramos un instante mientras intento asimilar lo que está pasando.

—¿Me estás vacilando? —pregunto al fin.

—No te estoy vacilando.

—Sí me estás vacilando. Esto es una broma. Has descubierto dónde iba a pasar las vacaciones y has venido hasta aquí para fastidiarme.

—Grace. —Leo se pasa una mano por la cara y es entonces cuando me doy cuenta de que está empapado de sudor—. No tengo

ni idea de qué estás haciendo aquí. Pero yo he alquilado esta cabaña desde ayer hasta dentro de dos semanas.

—Desde ayer…

—Sí.

Esta broma se le está yendo de las manos. Me entran ganas de estamparle el portátil en esa cara perfecta.

—Enséñame la reserva —digo.

—¿Qué?

—La reserva. Enséñamela. Ahora.

Leo me observa un momento. Luego asiente y se marcha.

Vuelve treinta segundos después con su móvil en la mano. Me lo tiende sin decir nada.

Miro la pantalla.

Reserva confirmada. Cabaña sobre el agua nº7. Del 13 de julio al 28 de julio.

Se me hiela la sangre.

Abro mi portátil con manos temblorosas. Busco mi confirmación. La abro.

Reserva confirmada. Cabaña sobre el agua nº7. Del 14 de julio al 28 de julio.

No, no, no.

—No puede ser —susurro.

—¿Qué pasa?

Le enseño mi portátil. Leo mira la pantalla. Luego me mira a mí.

Y dice, con esa voz tranquila que me está volviendo loca:

—Han reservado la misma cabaña dos veces.

—Eso es imposible.

—Evidentemente no.

—Tiene que haber un error.

—Quizás. Pero está hecho.

Nos quedamos ahí de pie, mirándonos, con los dos dispositivos entre nosotros mostrando la misma reserva.

La misma cabaña, las mismas fechas. Dos semanas atrapada con Leo Carter sobre el agua, en mitad del océano y sin escapatoria posible.

Nos miramos.

Y de repente soy demasiado consciente de que sigue sin camiseta, de que está a menos de un metro de mí y de que puedo ver cada línea de sus abdominales. El sudor le hace brillar la piel de un modo casi obsceno. Huele a sal y a algo más masculino que me acelera el pulso.

Para.

Para ahora mismo.

—Vale —digo, y mi voz sale demasiado aguda—. Voy a llamar al resort. Y voy a solucionar esto. Y tú te vas a poner una camiseta porque esto es… esto es inapropiado.

Leo baja la vista hacia su pecho. Luego me mira.

—¿Te incomoda?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque… porque… —Me callo. Respiro hondo—. Porque sí, Leo. Ponte una maldita camiseta.

No dice nada. Solo me sostiene la mirada durante un segundo que dura demasiado.

Y entonces sonríe.

No es su sonrisa normal. No es la sonrisa de anuncio de dentífrico que le he visto mil veces en la oficina.

Es algo más íntimo y privado. Y, sobre todo, peligroso.

—Como quieras —dice.

Y se va.

Y yo me quedo ahí de pie, con el portátil todavía en las manos y el corazón latiéndome tan fuerte que me duele.

Porque acabo de darme cuenta de algo.

Leo Carter no me incomoda porque sea mi rival.

Me incomoda porque está buenísimo.

Y porque voy a tener que pasar dos semanas con él.

Atrapada en mitad del mar.

Sin un rincón donde esconderme.

¿Cómo voy a sobrevivir a esto sin perder la cabeza… o algo peor?

CAPÍTULO 7

GRACE

Regreso casi corriendo a la habitación.

—Vale —digo en voz alta, más para mí que para él cuando Leo aparece con la camiseta puesta. Gracias al cielo—. Voy a llamar al resort. Ahora mismo. Y van a arreglar esto.

Cojo el móvil de la mesita. Busco el número en el email de confirmación. Marco con dedos temblorosos.

Suena. Una vez. Dos. Tres.

—Azure Waters Resort, buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla?

La voz es masculina, con un leve acento extranjero, profesional.

Activo el altavoz. Quiero que Leo escuche esto. Que sepa que me voy a deshacer de él en menos de cinco minutos.

—Tengo un problema —suelto—. Estoy en la cabaña número siete y hay otra persona aquí. Otra reserva. Para la misma cabaña.

Se hace el silencio al otro lado de la línea.

—¿Perdone?

—Que hay DOS reservas para la MISMA cabaña. La número siete. En las mismas fechas. Estamos los dos aquí ahora mismo.

Escucho tecleo.

—Déjeme comprobarlo… Sí, veo dos reservas confirmadas para la villa siete sobre el agua. Esto es… muy extraño. No debería haber pasado.

—Pues ha pasado. Y necesito que lo solucionen.

—Por supuesto. Veamos qué podemos hacer. —Más tecleo—. Lamentablemente, estamos completos las próximas tres semanas. Es temporada alta y no tengo ninguna villa disponible para reubicarles.

Se me cierra el estómago.

—¿Nada? ¿Ni una habitación en el hotel?

—Lo siento muchísimo. Todo está reservado.

—Vale. Pues devuélvannos el dinero. A uno de los dos. Para que pueda irse.

—Entiendo su frustración, pero nuestra política de cancelación es muy clara. Menos de cuarenta y ocho horas antes del check-in no hay reembolso posible.

—Esto NO es una cancelación. Es un ERROR. Un error de USTEDES.

—Estoy revisando el sistema y… parece que ambas reservas se procesaron bien. Ambas están confirmadas y pagadas. Es muy extraño, sí, pero... lo lamento. No puedo hacer nada con el reembolso. Es política de la empresa.

—¿Me está diciendo que me he gastado tres meses de alquiler para compartir cabaña con un desconocido?

—Como gesto de buena voluntad, podemos ofrecerles una botella de champán de cortesía y…

—No quiero champán. Quiero que solucionen esto.

—Ojalá pudiera ayudarla más, pero…

Cuelgo, tiro el móvil contra la cama y me giro hacia Leo.

Sigue ahí. De pie junto a la puerta. Mirándome con esa calma que me pone de los nervios.

—Tienes que irte tú —digo.

Leo parpadea.

—No.

—No es una petición.

—Lo sé. Y sigo diciendo que no.

—Leo. En serio. Yo he venido aquí para estar SOLA. Para olvidarme del trabajo. Para olvidarme de TI.

—Lo entiendo.

—¿Ah, sí? ¿Lo entiendes? Porque no lo parece.

—Lo entiendo. Pero yo también he pagado por esta cabaña. Y yo también necesito estas vacaciones.

—Pues vete a otro sitio.

—No hay otro sitio. Ya has oído al recepcionista. Está todo lleno.

—Pues busca un hotel en otra isla.

—¿Y pierdo todo el dinero que he pagado?

Me cruzo de brazos.

—No es mi problema.

—Tampoco es el mío que tú quieras estar sola.

El calor me sube por el cuello.

—Eres un capullo.

—Soy práctico.

—Eres un cabezón.

—Puede ser. Pero no me voy.

Y ahí está. Esa tranquilidad. Esa odiosa tranquilidad con la que dice las cosas como si fueran hechos inamovibles, como si el universo tuviera que adaptarse a él, como si yo tuviera que adaptarme.

—No puedes quedarte —digo, y noto cómo se me tensa la mandíbula.

—Claro que puedo. Tengo una reserva confirmada.

—YO tengo una reserva confirmada.

—Los dos tenemos una reserva confirmada. Ese es el problema.

—El problema es que TÚ estás aquí.

—Y tú.

—¡HE LLEGADO PRIMERO!

—Técnicamente yo llegué ayer.

Respiro hondo. Muy hondo. Porque estoy a punto de gritarle, o de pegarle, o de cometer una locura que acabe conmigo arrestada en las Maldivas.

—Vale —digo, y mi voz sale demasiado controlada—. Seamos adultos. Uno de los dos tiene que irse. Y ese eres tú.

—¿Por qué yo?

—Porque YO lo necesito más.

—¿Y cómo sabes que yo no lo necesito igual?

—Porque tú nunca necesitas nada. Eres como una máquina que solo funciona y funciona y nunca se cansa.

Algo cruza por la cara de Leo. Algo que desaparece tan rápido que casi creo que lo he imaginado.

—Me canso —dice, y su voz sale más baja—. Solo que no lo ves.

—Pues da igual. Asunto resuelto. Me quedo yo.

Leo me mira durante un segundo.

Luego dice:

—No.

—¿Cómo que no?

—Que no me voy. Hay espacio suficiente para los dos. Dos habitaciones. Podemos turnarnos para usar las zonas comunes. Cocina, terraza, salón. Establecer horarios. No tenemos ni que vernos si no quieres.

—No quiero establecer horarios. Quiero que te VAYAS.

—Pues no va a pasar.

—¡Eres imposible!

—Soy razonable.

—¡Eres un cabezón!

—Y tú una terca.

—¡Al menos yo tengo razón!

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es tu razón?

—¡Es MI cabaña!

—Es NUESTRA cabaña.

Y eso.

Eso me enciende como una cerilla.

A pesar de que una parte enorme de mí sabe que estoy siendo irracional.

Cruzo la habitación hacia él. Rápido. Furiosa.

Me planto delante suyo y tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara pero me da igual porque estoy tan cabreada que podría escupir fuego.

—No es NUESTRA nada. No hay un NOSOTROS. No hay un NUESTRO. Solo hay un TÚ que eres un cabezón y una YO que quiere que te largues.

Leo no retrocede. No se mueve. Solo me mira desde esa altura ridícula que tiene.

—¿Sabes cuál es tu problema, Grace?

—No tengo ningún problema. El problema eres TÚ.

—Tu problema es que no soportas no salirte con la tuya.

Se me corta la respiración.

—¿Perdona?

—Que estás acostumbrada a ganar. A tener razón. A que las cosas sean como tú dices. Y ahora que no puedes echarme te pone de los nervios.

—Puedo echarte. Estoy intentando echarte ahora mismo.

—Pero no puedes obligarme a irme. Y eso te vuelve loca.

Me tiemblan las manos. Toda yo tiemblo. De rabia, de pura y absoluta rabia.

—Eres un capullo arrogante.

—Soy honesto.

—Eres insoportable.

—Soy realista.

—¡Eres un cabezón que no sabe cuándo rendirse!

—¿Y tú sí?

Nos miramos. Nos fulminamos con la mirada. Y estamos demasiado cerca. Otra vez. Siempre acabamos demasiado cerca.

Puedo ver cómo se le tensa la mandíbula. Cómo le late el pulso en el cuello. Cómo su pecho sube y baja más rápido de lo normal.

Está enfadado. Leo Carter está enfadado. Y a mí se me enciende la sangre todavía más, porque nunca lo había visto así, nunca lo había visto perder la calma.

Y me gusta. Me gusta demasiado.

—No me voy a rendir —digo, y mi voz sale ronca—. Voy a conseguir que te arrepientas de haberte quedado. Voy a ser tu peor pesadilla durante dos semanas. Vas a desear haberte largado cuando tuviste la oportunidad.

Leo entrecierra los ojos.

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí. Bien. Hazlo. Intenta echarme. Intenta hacer que me vaya. —Se inclina hacia mí. Solo un centímetro—. Pero que sepas que no va a funcionar.

—Claro que va a funcionar.

—No va a funcionar porque yo también sé ser insoportable, Grace. Y si quieres guerra, tendrás guerra.

El aire entre nosotros cruje. Cruje de pura tensión. Y no sé si es rabia o si es otra cosa, pero toda yo está en llamas.

—Perfecto —digo—. Tendremos guerra entonces.

—Perfecto.

Nos miramos. Ninguno se mueve. Ninguno se aparta.

Y entonces pasa algo raro. Los ojos de Leo bajan. A mi boca. Solo un segundo. Pero lo veo.

Y mi cuerpo reacciona como si me hubiera tocado.

Se me dispara el pulso. Se me seca la boca. Y un calor me baja al vientre, a un punto que no debería despertarse con Leo delante mientras discutimos.

No.

No, no, no.

Para.

Pero no puedo parar.

Porque yo también estoy mirando su boca. Porque de repente soy muy consciente de lo cerca que está. De que si me moviera medio centímetro nuestros cuerpos se tocarían. De que huele a jabón y a algo masculino que me vuelve loca. De que quiero…

No. No quiero. No quiero nada que tenga que ver con Leo Carter.

Pero mi cuerpo es un traidor. Y está diciendo otra cosa.

Leo traga. Veo cómo se mueve su garganta.

—Grace… —Su voz sale más ronca.

Y entonces un golpe en la puerta nos hace saltar a los dos.

—¿Hola? ¿Señorita Davis? ¿Señor Carter? —Se escucha una voz desde fuera—. Servicio de habitaciones. Traemos el champán de cortesía.

Me aparto de Leo como si me hubieran quemado. Doy dos pasos atrás. Tres. Respiro.

¿Qué diablos acaba de pasar?

Otro golpe.

—¿Hola?

—¡Ya va! —grito.

Salgo de la habitación y cruzo el salón. Abro la puerta sin mirar atrás.

Un chico joven con uniforme del resort me sonríe. Sostiene una bandeja con una botella de champán y dos copas.

—Champán de cortesía. Con las disculpas de la dirección por el… inconveniente.

—Gracias —murmuro.

Cojo la bandeja. Cierro la puerta. Me giro. Leo sigue ahí, en el mismo sitio, mirándome.

—Grace.

—No —le corto—. No digas nada.

—Tenemos que hablar.

—He dicho que no.

Dejo la bandeja sobre la mesa con un golpe seco.

Me giro hacia él.

—Voy a dejarte algo muy claro, Leo. No sé qué acaba de pasar. Y no me importa. Porque no va a volver a suceder. ¿Entendido?

Leo no dice nada durante un segundo.

Luego:

—Entendido.

—Bien. —Respiro hondo—. Y ya que te niegas a irte como una persona normal, que sepas que voy a hacer todo lo posible por echarte. Voy a ser tan insoportable que vas a suplicar por volver a Nueva York.

—Ya lo has dicho.

—Pues lo repito. Esto es una guerra. Y yo siempre gano.

Leo me sostiene la mirada.

Y algo en su expresión cambia. No es su sonrisa de anuncio, no es esa tranquilidad insoportable. Es algo más oscuro. Más peligroso.

—Entonces que empiece la batalla del verano.

Se da la vuelta, camina hacia otra habitación y, antes de cerrar la puerta, dice sin mirarme:

—Buenas tardes, Grace.

Y desaparece.

Y yo me quedo ahí, de pie en medio del salón, con el corazón desbocado y la piel ardiendo. Con un pensamiento que no debería estar teniendo:

He estado a punto de besarlo.

Otra vez.

Y esta vez él también.

Lo he visto en sus ojos.

Lo he sentido en el aire.

Y si no hubieran llamado a la puerta…

No. No voy a pensar en eso. No voy a pensar en qué habría pasado. Porque no importa. No va a volver a pasar.

Me acerco a la mesa. Cojo la botella de champán. La abro sin usar las copas.

Me la bebo directamente. Un trago largo. Luego otro.

Porque si voy a sobrevivir dos semanas con Leo Carter sin matarlo o sin besarlo —lo que sea peor— voy a necesitar alcohol.

Y un plan. Un plan para hacerle la vida imposible: para que se arrepienta de haberse quedado, para que se largue de una vez y, sobre todo, sobre todo, para mantenerme lejos de él.

Aunque mi cuerpo siga ardiendo, aunque siga sintiendo su mirada sobre mi boca, aunque siga queriendo saber qué habría pasado si hubiéramos cerrado esa distancia.

Traidor.

Mi cuerpo es un traidor.

Bebo otro trago.

Y empiezo a pensar. En cómo conseguir que Leo Carter desee no haber venido nunca aquí. En cómo ganar esta guerra.

Porque voy a ganar. Siempre gano. Y Leo Carter va a descubrir que meterse conmigo ha sido el mayor error de su vida.

Sonrío.

Que empiece la batalla del verano.

CAPÍTULO 8

GRACE

Son las dos y cuarenta y siete de la madrugada y no puedo dormir. Otra vez. Llevo dos días sin poder dormir. Dos días compartiendo cabaña con Leo Carter. Dos días en el infierno.

Me quedo mirando el techo. El ventilador da vueltas despacio. El sonido del mar entra por la ventana abierta. Debería ser relajante. Debería ayudarme a dormir.

Pero no funciona.

Porque Leo está a diez metros de mí, al otro lado de esta cabaña, en su habitación.

Dormido, a estas horas. Y, conociéndolo, sin camiseta.

Para.

No pienses en eso.

Pero es imposible no pensarlo.

Porque Leo está POR TODAS PARTES.

Es demasiado grande para esta cabaña. Demasiado grande para cualquier espacio. Cada vez que salgo de mi habitación, ahí está. En la cocina haciendo café con el torso desnudo y esos malditos pantalones cortos de chándal colgando de sus caderas. En la terraza leyendo con el sol dándole en el pecho como si fuera una sesión de fotos. En el salón trabajando en su portátil con las piernas kilométricas estiradas, ocupando todo el sofá.

Y siempre, siempre, invadiendo mi espacio personal sin querer.

Porque es enorme. Porque cuando pasa junto a mí en el pasillo tengo que pegarme a la pared. Porque cuando los dos intentamos usar la cocina a la vez no cabemos. Porque ayer me rocé con su pecho al coger una taza del armario y se me disparó todo el cuerpo como si me hubiera dado un calambre.

Y lo peor.

Lo peor es que es EDUCADO.

Me ofrece café por las mañanas con una sonrisa. Me pregunta si he dormido bien. Me dice «buenos días» con esa voz grave que me eriza la piel.

No se enfada cuando soy borde con él. No me reprocha nada. Solo… está ahí. Existiendo. Siendo Leo.

Y yo estoy cabreada a todas horas. Y excitada a todas horas.

Las dos cosas a la vez. Es insostenible. No puedo vivir así durante dos semanas.

No puedo.

Me siento en la cama. Cojo el portátil de la mesita.

Si Leo está tan decidido a quedarse, yo puedo hackear una alarma de incendios para quitármelo de encima.

Abro el portátil. Entro en el sistema del resort. La seguridad es mediocre. En diez minutos estoy dentro.

Encuentro las alarmas. Hay una en cada cabaña. Conectadas al sistema central. Son tan fáciles de activar a distancia que casi me ofende.

Sonrío.

El plan es perfecto.

Activar la alarma a las tres de la madrugada. Que parezca un fallo del sistema. Leo se despertará. Se cabreará. Me odiará. Querrá irse.

Problema resuelto.

Programo la alarma para las tres en punto. Solo en nuestra cabaña.

Me tumbo otra vez. Faltan diez minutos. Espero. Sonriendo.

A las tres en punto la alarma explota. El sonido es ENSORDECEDOR: un pitido agudo, constante, insoportable que me taladra los tímpanos.

Me incorporo de golpe. Me tapo los oídos.

Y disfruto del momento. De molestar a Leo. Escucho pasos. Rápidos. Pesados.

Leo.

Mi puerta se abre de golpe. No llama. No dice nada. La puerta REBOTA contra la pared.

Y ahí está Leo Carter. Y se me olvida respirar.

Porque está en mi habitación. En calzoncillos. SOLO en calzoncillos.

Bóxers negros que le marcan TODO.

El pelo revuelto de recién despertado, los ojos alerta, el cuerpo en tensión, el pecho subiendo y bajando. Los abdominales marcados le brillan bajo la luz de la luna que entra por la ventana, los brazos tensos, las piernas kilométricas. Y una expresión de pánico absoluto en la cara.

¿Por qué está en mi habitación en vez de salvarse a él mismo?

Me mira. Recorre la habitación con la vista. Me busca a MÍ.

—¿Estás bien?

Su voz sale ronca. Urgente.

—Yo… sí… ¿qué haces?

Pero Leo no responde.

Cruza la habitación en tres zancadas. Me coge. Me COGE de verdad. Pone sus manos enormes bajo mis muslos. Me levanta como si no pesara nada. Me echa al hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡¿QUÉ HACES?! —repito.

—Sacarte de aquí.

Su voz es firme. Decidida. Sin dudas.

—¡Bájame!

Pero Leo no me baja.

Sale de la habitación conmigo al hombro. Cruza el salón. Sale a la terraza. Baja las escaleras de madera hacia la playa.

—¡Leo, bájame ahora mismo!

—Cuando estemos a salvo.

—¡No hay ningún incendio!

Pero no me escucha.

O no me cree.

Solo cuando llegamos a la arena, lejos de la cabaña, Leo me baja.

Pero no me suelta.

Me pone de pie. Coloca sus manos en mis hombros. Firmes. Grandes. Calientes a través de la tela fina de mi camiseta de pijama.

Me mira de arriba abajo. Revisándome. Buscando daños.

—¿Estás bien? —Su voz sale tensa—. ¿Te has quemado? ¿Has inhalado humo?

Sus manos me recorren. Brazos. Hombros. Bajan por mi espalda. Suben otra vez. Comprobando.

Y yo… Yo me quedo paralizada. Porque Leo me está TOCANDO. Sus manos enormes sobre mi piel. Calientes. Firmes. Preocupadas.

Y está medio desnudo delante de mí. Esos bóxers negros son lo único que lo cubre. Y puedo verlo todo: cada línea de músculo, cada centímetro de piel, el vello que le baja del ombligo y desaparece bajo la cinturilla, la V de sus caderas, el bulto entre sus piernas que…

Para.

No mires ahí.

Céntrate.

Pero no puedo centrarme. Porque está TOCÁNDOME. Y mirándome como si fuera lo más importante del mundo, como si de verdad hubiera pensado que estaba en peligro, como si le importara. De verdad.

Se me derrite el corazón. Y, más abajo, me enciendo entera. Las dos cosas a la vez: corazón derretido, cuerpo en llamas.

—Grace. —Leo me zarandea con cuidado—. Háblame. ¿Estás bien?

Lo miro. A este hombre enorme que acaba de cargarme como si no pesara nada. Que me ha sacado de una cabaña sin incendio porque pensaba que estaba en peligro. Que me está tocando con una delicadeza que no pega con su tamaño. Que me mira como si… Como si le importara.

Y no pienso. No puedo pensar. Solo puedo sentir. Me lanzo. Me lanzo hacia él de verdad. Cierro la distancia, me pongo de puntillas, agarro su cara con las dos manos.

Y lo beso.

Beso a Leo Carter.

Leo se queda helado. Inmóvil del todo.

Un segundo. Dos. Tres.

Tiempo suficiente para que mi cerebro grite:

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

¿Qué estás haciendo?

Empiezo a apartarme.

Pero entonces Leo reacciona.

No me deja moverme.

Y me devora.

Sus manos suben a mi cara. Me sujetan. Firmes. Posesivas. Sus dedos se hunden en mi pelo.

Su boca se abre contra la mía. Toma el control. Me besa como si llevara años esperando este momento.

Y Dios.

Leo Carter sabe besar.

Su lengua roza mis labios. Los separa. Entra. Y el sabor de él me explota en la boca. Caliente. Masculino. Adictivo.

Gimo.

No puedo evitarlo.

El sonido sale de mi garganta sin mi permiso.

Y Leo gruñe, grave y ronco. Un sonido que noto bajar directo hasta entre mis piernas.

Me atrae más cerca. Sus manos bajan por mi espalda. Me aprieta contra él.

Y nuestros cuerpos chocan. Pecho contra pecho. Cadera contra cadera.

Y puedo sentir… Madre mía. Puedo sentirlo todo. Lo duro que está, lo grande que es, presionando contra mi vientre, caliente incluso a través de la tela.

Se me dispara todo el cuerpo de golpe: el pulso, la respiración, el calor que me baja como lava.

Mis manos suben por su cuerpo. Esos abdominales que me obsesionan. Esa piel caliente bajo mis palmas. Ese cuerpo que he estado admirando durante dos días y que ahora por fin puedo tocar.

Leo me besa más profundo, su lengua contra la mía, explorando, reclamando.

Sus dientes rozan mi labio inferior. Tiran despacio.

Y me derrito del todo.

Mis dedos se hunden en su pelo. Tiro. Lo acerco más.

Leo gime contra mi boca.

El sonido me vuelve loca.

Una de sus manos baja por mi espalda. Se detiene en mi cadera. Aprieta. Me levanta ligeramente.

Y de repente estoy de puntillas, colgando de él, entera a su merced.

Y me encanta. Me encanta cómo me sostiene. Me encanta cómo me besa. Me encanta cómo sus manos me recorren como si no pudiera elegir dónde tocarme primero. Me encanta el sonido que hace cuando tiro de su pelo. Me encanta cómo sabe. Me encanta TODO.

Su otra mano sube por mi costado. Roza el lateral de mi pecho. Solo un segundo. Pero es suficiente para que se me escapen otro gemido.

Leo lo traga. Me besa más fuerte. Más profundo. Como si quisiera devorarme entera.

Y yo le dejo.

Dios.

Le dejo hacer lo que quiera.

Porque esta sensación es mejor que cualquier cosa que haya sentido en mi vida. Mejor que cualquier beso. Mejor que cualquier fantasía. Mejor que…

—¡¿DÓNDE ESTÁ EL INCENDIO?!

La voz me devuelve a la realidad como un jarro de agua fría.

Me aparto de Leo de golpe. O intento apartarme.

Pero sus manos me sujetan. Me mantienen contra él un segundo más. Como si no quisiera soltarme.

Luego me deja ir. Y doy dos pasos atrás. Tres. Jadeando.

Tres personas del resort corren por la playa hacia nosotros. Con extintores. Con linternas.

—¿Están bien? —grita uno—. ¿Alguien está herido? ¿Dónde está el fuego?

Leo me mira. Yo lo miro a él.

Tiene los labios hinchados, el pelo más revuelto todavía, los ojos oscuros, el pecho subiendo y bajando.

Y el bulto en sus calzoncillos es imposible de ignorar.

Dios.

Aparto la mirada. Rápido.

—No… no hay fuego —digo.

Mi voz sale ronca. Entrecortada.

El empleado nos mira confundido.

—¿Cómo? La alarma ha saltado.

—Debe de ser un fallo del sistema —suelto.

Intento que mi voz salga normal.

Fracaso a base de bien.

Los tres empleados nos miran. A Leo medio desnudo. A mí en pijama corto. A los dos jadeando.

Uno de ellos sonríe.

—Ah. Ya veo.

No ve nada. Bueno. Quizás sí ve. Mierda.

—Vamos a revisar la cabaña de todas formas —dice otro—. Por seguridad.

Suben las escaleras hacia la cabaña.

Y Leo y yo nos quedamos solos. En la playa. Medio desnudos. Después de habernos besado. Después de que yo lo haya besado.

Silencio. Absoluto. Ninguno dice nada.

No puedo mirarlo. Acabo de besarlo. Yo. Sin motivo. Bueno, con motivo. Pero un motivo estúpido.

Porque me ha rescatado de un incendio inexistente que yo misma he provocado. Porque me ha tocado con esa delicadeza. Porque me ha mirado como si le importara.

Y yo he perdido la cabeza. Del todo.

—Grace.

Su voz. Esa voz ronca.

—No —digo rápido—. No digas nada.

—Tenemos que hablar de esto.

—No hay nada de qué hablar.

—Acabas de besarme.

Me giro hacia él. Error. Porque sigue medio desnudo. Y sigue duro. Y sigue mirándome con esos ojos que…

—Ha sido un error —suelto.

Leo se queda quieto.

—¿Un error?

Hay algo en su voz. Algo que suena a ¿dolor? Pero no puede ser.

—Sí. Un error. Estaba confundida. Por el rescate. Por la adrenalina. Por… da igual. No va a volver a pasar.

Leo me mira. Largo rato. Esos ojos marrones clavados en los míos. Buscando algo.

—¿Estás segura?

—Del todo.

Mentira. Mentira enorme. Porque quiero que vuelva a pasar. Quiero besarlo otra vez. Ahora mismo.

Pero no puedo. No puedo dejar que esto sea real. Porque si es real entonces… Entonces todo cambiaría. Y no estoy lista para eso.

Leo asiente despacio.

—Vale.

Solo eso.

—Vale.

Se da la vuelta. Vuelve hacia la cabaña.

Y yo me quedo ahí. Sola. En la playa. Con el sabor de Leo todavía en los labios, con el cuerpo todavía ardiendo, con las manos todavía temblando, y con la certeza absoluta de que acabo de cometer el mayor error de mi vida.

Porque ahora sé cómo es besar a Leo. Y quiero hacerlo otra vez. Y otra. Y otra. Y eso es un problema enorme.

Me siento en la arena. Entierro la cara entre las manos.

—Mierda —susurro.

Porque llevo dos días intentando echar a Leo. Y lo único que he conseguido es besarlo. Y descubrir que besa como un dios. Y que su cuerpo contra el mío se siente como si encajáramos. Y que cuando me toca se me olvida todo: mi nombre, mi plan, las razones por las que debería odiarlo. Todo.

Solo existe él. Y yo. Y esto que hay entre nosotros que no sé cómo llamar pero que me está volviendo loca.

Me quedo ahí sentada no sé durante cuánto tiempo. Hasta que escucho pasos detrás de mí.

—Señorita Davis.

Me giro.

Es uno de los empleados del resort.

—Hemos revisado la cabaña. No hay ningún incendio. Parece que ha sido un fallo del sistema. Ya lo hemos desactivado. Puede volver cuando quiera.

—Gracias —murmuro.

El empleado se va.

Y yo sigo sentada. Mirando el mar. Intentando procesar lo que acaba de pasar, intentando entender por qué he hecho algo tan estúpido, intentando convencerme de que de verdad ha sido un error.

Pero no funciona. Porque no se ha sentido como un error. Se ha sentido como lo más correcto que he hecho en mi vida. Y eso me aterroriza.

Me levanto. Sacudo la arena de mi pijama. Vuelvo a la cabaña.

La luz de la habitación de Leo está apagada.

Bien.

Entro en la mía. Cierro la puerta. Me meto en la cama. Y me quedo mirando el techo. Otra vez.

Porque sé que no voy a dormir. No después de esto. No con el sabor de Leo todavía en mi boca, no con mi cuerpo todavía pidiendo más, no con la certeza de que todo acaba de cambiar.

Y no tengo ni idea de qué voy a hacer ahora.

CAPÍTULO 9

GRACE

Me despierto con el sabor de Leo todavía en los labios. De verdad.

Me llevo los dedos a la boca. Como si pudiera borrarlo. Como si no hubiera pasado.

Pero ha pasado. Lo he besado. Yo.

He besado a Leo Carter en mitad de la noche en una playa de las Maldivas después de que me rescatara de un incendio falso que yo misma provoqué.

—Qué locura —susurro.

Me tapo la cara con las manos.

¿En qué estaba pensando?

No estaba pensando. Ese es el problema. Mi cerebro se desconectó en el momento en que Leo me tocó con esas manos enormes y me miró como si fuera lo más importante del mundo.

Y ahora tengo que vivir con eso.

Tengo que vivir sabiendo cómo sabe. Cómo besa. Cómo gime cuando tiro de su pelo. Cómo su cuerpo se siente contra el mío.

Me giro en la cama. Entierro la cara en la almohada.

Plan para hoy: evitar a Leo a toda costa.

No puede ser tan difícil.

La cabaña es grande.

Él tiene su vida. Yo tengo la mía.

Podemos coexistir sin tocarnos.

Me levanto. Me ducho. Me visto con lo primero que encuentro: pantalones cortos vaqueros y una camiseta de Mass Effect.

Salgo de mi habitación con cuidado.

Escuchando.

¿Está Leo despierto?

El olor a café me da la respuesta.

Mierda.

Entro en la cocina intentando parecer casual. Como si no hubiera pasado nada. Como si anoche no lo hubiera besado hasta quedarme sin aire.

Leo está junto a la cafetera. Con camiseta, gracias a todos los dioses. Pantalones cortos de chándal, descalzo, el pelo revuelto.

Se gira cuando me oye entrar.

—Buenos días, Grace.

Su voz suena normal. Normal del todo. Como si nada. Como si anoche no me hubiera devorado la boca en mitad de una playa.

—Buenos días —consigo responder.

Cojo una taza del armario. Me sirvo café. Evito mirarlo.

El silencio se alarga. Incómodo. Pesado.

—¿Has dormido bien? —pregunta Leo.

Es una pregunta normal. Cotidiana. Como si NADA hubiera pasado.

—Perfectamente.

Mentira. He dormido fatal. He dado vueltas en la cama durante horas pensando en él. En su boca. En sus manos. En cómo me hizo sentir.

—Bien —dice Leo.

Otro silencio.

No puedo estar aquí.

—Voy a… —Señalo vagamente hacia mi habitación.

—Vale.

Me voy. Rápido. Con el café en la mano. Cierro la puerta de mi habitación. Respiro.

Huida número uno.

Necesito salir de esta cabaña. Necesito aire. Necesito NO estar cerca de Leo.

El resort ofrece clases de yoga matinales en la playa. Lo he visto en el folleto que dejaron en la habitación el primer día.

Perfecto.

Yoga. Respiración. Paz interior. Justo lo que necesito.

Me pongo ropa de deporte. Cojo una toalla. Bajo a la playa.

Hay un grupo pequeño ya formado. La mayoría son mujeres. El instructor es un joven con coleta y sonrisa amable.

—Buenos días. ¿Es tu primera clase?

—Sí.

—Bienvenida. Coge una esterilla de allí y colócate donde quieras.

Me pongo en la segunda fila. Lejos del instructor. En una esquina. Donde nadie me moleste. Donde pueda concentrarme.

La brisa del mar es agradable. El sonido de las olas, relajante. Cierro los ojos. Respiro hondo.

Por fin. Por fin puedo relajarme.

—Hola.

Abro los ojos de golpe.

No.

No, no, no.

Leo está de pie junto a mí. Esterilla bajo el brazo. Pantalones cortos de deporte negros. Camiseta blanca ajustada que marca cada línea de músculo de su torso.

—¿Qué haces aquí? —suelto.

Leo parpadea.

—Yoga.

—Tú no haces yoga.

—Sí hago yoga.

—Desde cuándo.

—Desde hace años.

—Mentira.

—¿Por qué iba a mentir sobre hacer yoga?

No tengo respuesta para eso.

Leo desdobla su esterilla. Justo al lado de la mía.

—Hay sitio en el otro lado —digo.

—Aquí también hay sitio.

—Leo…

—¿Tienes algún problema?

Sí. El problema es que estás aquí. El problema es que huelo tu jabón. El problema es que anoche te besé y ahora no puedo dejar de pensar en ello.

—Ninguno —respondo entre dientes.

Leo se coloca en su esterilla. Se sienta. Cruza las piernas. Cierra los ojos.

Como si nada.

Como si yo no estuviera a punto de explotar a su lado.

El instructor empieza la clase.

—Comenzaremos con la respiración. Inhalen profundamente por la nariz…

Intento concentrarme. De verdad que lo intento. Pero Leo está A MI LADO. Respirando. Existiendo. Y puedo verlo por el rabillo del ojo.

—Postura del gato y la vaca. A cuatro patas, por favor.

Me pongo a cuatro patas. Leo también.

Arqueo la espalda. Luego la redondeo. Como dice el instructor.

Miro de reojo a Leo.

Está concentradísimo, siguiendo las instrucciones con esa precisión que tiene para todo.

—Postura del perro boca abajo.

Levanto las caderas. Bajo la cabeza. Miro entre mis piernas.

Y ahí está Leo, haciendo la misma postura. Esos brazos tensos sosteniéndolo, esos hombros anchos, ese culo respingón en esos pantalones que le quedan demasiado bien.

Para.

Céntrate.

Respira.

Cierro los ojos.

—Muy bien. Ahora caminaremos con las manos hacia los pies…

La clase continúa.

Y cada postura es una tortura.

Porque Leo está ahí. A medio metro. Moviéndose con esa gracia inesperada para alguien tan grande. Concentrado. Tranquilo.

Y las otras mujeres de la clase lo han notado.

Una rubia de la primera fila sigue mirándolo.

Otra se muerde el labio cuando Leo se estira.

Una tercera suspira. Literalmente suspira.

Me entran ganas de tirarles de los pelos a todas.

No es que me importe. Es solo que es de MALA EDUCACIÓN mirar a un hombre como si fuera un trozo de carne. Como ganado. Yo no hago eso.

Bueno. Quizás un poco. Pero es diferente.

—Postura del guerrero dos. Pierna derecha adelante, brazos extendidos.

Me coloco en posición. Leo hace lo mismo.

En perfecto equilibrio. Músculos tensos. Concentración absoluta.

La rubia se acerca a él.

—Perdona —le susurra—. ¿Puedes ayudarme con la postura? No sé si la estoy haciendo bien.

Leo la mira.

—Claro.

Le explica cómo ajustar la posición. Educado. Amable.

Ella sonríe. Le toca el brazo.

—Gracias. Eres muy amable.

Casi me caigo de mi postura del guerrero.

Me hierve una furia irracional. No tengo derecho a estar furiosa. Leo no es mío. No es nada mío. Pero esas mujeres deberían dejar de mirarlo como si fuera el puto Chris Hemsworth.

—Última postura. Savasana. Túmbense boca arriba. Cierren los ojos. Relájense.

Me tumbo en la esterilla. Cierro los ojos. Intento relajarme. Imposible.

Leo está a medio metro. Puedo oír su respiración. Profunda. Regular. Tranquila.

Y yo no puedo relajarme. No con él tan cerca. No después de anoche. No cuando todo mi cuerpo quiere girarse hacia él y…

—Y con eso terminamos. Namaste.

—Namaste —responde la clase.

Me levanto. Rápido. Enrollo la esterilla.

—Grace.

Leo está de pie junto a mí.

—Tengo prisa —suelto.

—¿Para qué?

—Para hacer cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas de… cosas.

Y me voy. Otra vez.

Huida número dos.

Por la tarde decido hacer una excursión en bicicleta.

El resort alquila bicis. Hay rutas por toda la isla.

Perfecto. Aire libre. Ejercicio. Distancia de Leo.

Cojo una bici. Empiezo a pedalear.

La isla es preciosa. Playas vírgenes. Vegetación exuberante. Caminos tranquilos.

Por fin. Por fin estoy sola. Por fin puedo pensar. O no pensar. Lo que sea mejor.

Pedaleo durante una hora. Siguiendo el camino costero. Disfrutando del paisaje. Del viento. Del sol.

Y entonces la rueda trasera hace un ruido raro. Luego otro. Y se desinfla. Del todo.

—No, no, no.

Me bajo. Miro la rueda.

Tengo un pinchazo. Genial. Perfecto. Justo lo que necesitaba.

Intento recordar si sé cómo se arregla un pinchazo. No lo sé. No tengo ni idea.

Miro alrededor. Estoy en medio de ninguna parte. El resort está muy lejos. No hay nadie cerca.

El sol pega fuerte. Empiezo a sudar.

—Mierda.

Y entonces escucho el sonido de otra bici.

Acercándose.

Me giro. Y por supuesto. Por supuesto que es Leo. Porque el universo me odia.

Leo se detiene junto a mí. Baja de su bici.

—¿Estás bien?

—Estoy perfectamente —digo.

—Tienes un pinchazo.

—Soy consciente.

—¿Tienes kit de reparación?

—No.

—Yo sí.

Por supuesto que sí. Leo está aquí con su kit perfecto y su vida perfecta.

—No necesito ayuda —digo.

Leo me mira.

—Lo sé. Pero te la ofrezco de todas formas.

Y antes de que pueda protestar, se arrodilla junto a la bici.

Saca un pequeño kit de su mochila. Empieza a trabajar.

Sus manos se mueven con precisión. Quita la rueda. Localiza el pinchazo. Saca el parche.

Trabaja en silencio.

Yo lo observo.

No puedo evitarlo.

Esas manos grandes y precisas. Cómo se muerde el labio cuando se concentra, cómo el sudor le brilla en la frente, cómo los músculos de sus brazos se tensan cuando hace fuerza.

—¿Por qué has huido antes? —pregunta Leo sin mirarme.

Me tenso.

—¿Qué?

—Del yoga. Has salido corriendo en cuanto ha terminado la clase.

—No he salido corriendo. Tenía prisa.

—¿Prisa para qué?

No respondo.

Leo levanta la vista hacia mí.

Esos ojos marrones. Directos. Honestos.

—Grace. ¿Por qué huyes?

—No estoy huyendo.

—Sí lo estás. Llevas todo el día haciéndolo.

—No.

—De la clase de yoga. De la cocina esta mañana. Y ahora de mí.

—No estoy huyendo de ti.

—¿No?

Nos miramos.

Y el aire se espesa entre nosotros otra vez. Como siempre. Como cada vez que estamos cerca últimamente.

Leo vuelve a la rueda. Termina de arreglarla. Vuelve a colocarla en su sitio. Se levanta. Se limpia las manos en los pantalones.

—Ya está.

—Gracias —murmuro.

—De nada.

Silencio.

—Grace…

—Tengo que volver.

Y subo a la bici. Y pedaleo. Rápido. Sin mirar atrás.

Huida número tres.

Vuelvo a la cabaña casi a la noche. Sudada, cansada, agotada por dentro.

Y entonces veo lo que Leo ha montado en la terraza.

Una mesa. Con comida. Velas. Un proyector. Una pantalla improvisada colgada entre dos palmeras.

Me quedo helada.

—¿Qué es esto?

Leo se gira. Estaba ajustando algo en el proyector.

—He preparado la cena.

—¿Por qué?

—Porque los dos tenemos que comer. Y he pensado que podríamos hacerlo juntos.

—¿Estás loco?

Leo me mira como si la pregunta no tuviera sentido.

—¿Por qué sería una locura cenar juntos?

—Porque… porque…

No tengo argumentos. Bueno, sí los tengo. Muchos. Pero no puedo decirlos en voz alta.

Porque si los digo tendré que admitir que tengo miedo. Miedo de estar cerca de él. Miedo de lo que siento cuando estamos juntos. Miedo de besarlo otra vez.

Leo da un paso hacia mí.

—¿O tienes miedo?

Y ahí está. Ese brillo en sus ojos. Ese reto. Sabe justo qué botones pulsar.

—Yo no tengo miedo de nada —suelto.

—Entonces quédate. —Da otro paso—. Cena conmigo. Ve una película conmigo. Demuéstrame que puedes estar a gusto conmigo sin salir corriendo.

La furia me sube de golpe. Porque sabe lo que está haciendo. Me conoce. Conoce mi orgullo. Y lo usa contra mí.

—Bien —digo entre dientes—. Pero que te quede claro que no significa nada.

Leo sonríe. Una sonrisa pequeña. Victoriosa.

—Por supuesto.

Nos sentamos a cenar.

La comida está increíble.

Pasta con salsa de tomate casera. Ensalada. Pan recién hecho. Vino blanco.

—¿Has cocinado esto? —pregunto.

—Sí.

—¿Desde cuándo sabes cocinar?

—Desde siempre. En mi casa si no cocinabas, no comías.

—Ah.

Comemos en silencio durante un rato.

Incómodo al principio. Pero poco a poco todo se relaja.

Hablamos de trabajo. De un proyecto que Leo está desarrollando. De un bug que yo estoy intentando resolver.

Y de repente estamos discutiendo sobre arquitectura de software como si fuera lo más natural del mundo.

Leo hace un comentario sobre mi enfoque. No para corregirme. Para mejorarlo. Y tiene razón.

—Demonios —digo—. Tienes razón.

Leo sonríe.

—¿Acabas de admitir que tengo razón?

—No te acostumbres.

Se ríe. Y el sonido me pone la piel de gallina.

Porque no es su risa educada de la oficina. Es real. Cálida.

Y me gusta.

Me gusta demasiado.

Terminamos de cenar.

Leo se levanta. Enciende el proyector.

—¿Qué quieres ver?

—No sé. Lo que sea.

—Tengo Star Wars.

Me incorporo en la silla.

—¿Cuál?

—Todas.

—¿Todas?

—Las nueve. Más las series. Las tengo en un disco duro.

Me quedo mirándolo.

—¿Llevas Star Wars en un disco duro a las Maldivas?

—Nunca se sabe cuándo puedes necesitarlo.

Y no sé por qué, pero eso me hace sonreír.

—Quiero ver El Imperio Contraataca —digo.

—Buena elección.

Leo programa la película. Apaga las velas. Y solo queda la luz de las estrellas y la pantalla.

Nos sentamos en tumbonas. Separados por medio metro.

La película empieza.

Y entonces pasa algo inesperado.

Leo habla.

No de forma molesta. No interrumpiendo. Sino haciendo observaciones. Comentarios. Análisis.

—Fíjate en esta escena —dice cuando Luke cuelga en la cueva de hielo—. Es la primera vez que usa la Fuerza de forma activa. Sin ayuda. Sin Obi-Wan. Es el principio de su verdadero viaje.

—Aunque técnicamente ya la usó en la Estrella de la Muerte —contesto—. Para desviar los disparos.

—Eso fue por instinto. Esto es con intención.

—Buen punto.

Y seguimos así.

Durante toda la película.

Debatiendo. Analizando. Riendo.

Leo tiene opiniones. Profundas. Inteligentes. Sorprendentes.

—La escena de «yo soy tu padre» no funciona sin todo esto —dice señalando la pantalla donde Luke entrena con Yoda—. Sin ver su arrogancia. Su impaciencia. Su necesidad de ser el héroe. Por eso la revelación le destruye. Porque destruye su narrativa de quién es.

—Exacto. Habla sobre la identidad. No sobre el parentesco.

—Sí.

Me giro a mirarlo.

Y Leo me está mirando a mí.

Con intensidad.

Con una mirada que…

Aparto la vista. Rápido.

Vuelvo a la película.

Pero ahora soy demasiado consciente de lo cerca que está. De cómo su voz me eriza la nuca cuando habla. De cómo entiende esta película que amo. De cómo entiende TODO.

Llegamos a la escena final. Han y Leia. Lando y Chewie en el Halcón Milenario. Luke con su mano nueva mirando la galaxia.

—Es el mejor final de toda la saga —digo—. Porque no es un final feliz. Es esperanza. Pero rota.

—Como tiene que ser —dice Leo—. La esperanza que no cuesta nada no vale nada.

Me giro a mirarlo otra vez.

Y se me encoge el pecho. Porque está ahí, bajo las estrellas, hablando de Star Wars con una pasión que no sabía que tenía, con

una profundidad que no esperaba, con una comprensión que me llega muy adentro.

Y pienso:

Dios.

Por qué Leo tiene que parecerse tanto al hombre con el que siempre he soñado.

Y el pánico me golpea. Como un puñetazo. Directo al estómago.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy sintiendo?

NO. No, no, no.

Me levanto de golpe. Tan rápido que tiro el cuenco de palomitas. Se derraman por toda la terraza.

—¿Grace? —Leo se incorpora—. ¿Qué te pasa?

—Estoy cansada.

—¿Qué?

—Cansada. Me voy a dormir. Gracias por la cena.

—Grace, espera.

Pero ya estoy corriendo. Corriendo de verdad hacia mi habitación.

Entro. Cierro la puerta. Echo el pestillo.

Me apoyo contra la madera. Respirando. Rápido. Demasiado rápido. El corazón me late tan fuerte que me duele.

Desde el otro lado escucho:

—¿Grace? ¿Estás bien?

—Estoy bien. Buenas noches.

Silencio.

Luego:

—Buenas noches.

Y escucho sus pasos alejándose.

Me deslizo por la puerta hasta quedar sentada en el suelo.

Me llevo las manos a la cara.

—¿Qué demonios me está pasando? —susurro.

Porque esto ya no es solo atracción. Esto ya no es solo química. Esto es peor. Mucho peor.

Esto es empezar a sentir. Esto es empezar a querer. Esto es empezar a imaginar cosas que no pueden pasar: estar con él, conocerlo de verdad, que esto sea real.

Y eso no puede pasar.

No puedo enamorarme de Leo Carter. No puedo.

Yo no me enamoro. Yo compito, yo gano, yo sigo adelante. Y de ninguna manera me enamoro de mi rival. De mi enemigo. Del hombre con el que llevo dos años peleando.

Aunque resulte que no es mi enemigo. Aunque resulte que es inteligente y divertido y profundo. Aunque resulte que entiende Star Wars como yo. Aunque resulte que cocina y hace yoga y arregla bicis. Aunque resulte que me mira como si fuera importante. Aunque resulte que cuando me besa se me olvida respirar.

No.

No puedo.

Me levanto. Me meto en la cama. Me tapo con las sábanas hasta la cabeza.

—No voy a enamorarme de él —digo en el silencio de la habitación.

Como si decirlo en voz alta lo hiciera verdad. Como si pudiera convencerme a mí misma.

Como si no fuera ya demasiado tarde.

CAPÍTULO 10

GRACE

Me despierto pensando en Leo. Otra vez. Llevo una semana así. Una semana entera en la que cada mañana abro los ojos y lo primero que me viene a la cabeza es él. Su boca. Sus manos. Cómo nos besamos en esa playa. Cómo me miró mientras hablábamos de Star Wars. Cómo se ríe cuando dice algo que le parece gracioso y espera medio segundo para ver si yo también lo encuentro divertido.

—Para —digo en voz alta.

Como si decirlo fuera a apagar mi cerebro a voluntad.

Me incorporo en la cama. Miro el techo. Respiro hondo. Vale. Lo mejor que puedo hacer para quitarme la tontería es una lista mental de cosas que NO me gustan de Leo:

Uno: NO me gusta verlo descalzo en la cocina por las mañanas. Esos pies enormes contra las baldosas. Cómo camina sin hacer ruido a pesar de su tamaño. Cómo se apoya en la encimera mientras espera a que el café esté listo.

Dos: NO me gusta cómo se le marcan los músculos de la espalda cuando estira los brazos por encima de la cabeza. Esa uve que baja desde sus hombros hasta su cintura. Cómo la camiseta se le tensa sobre el pecho cuando respira hondo.

Tres: NO me gusta su risa. Esa risa grave que me recorre como una corriente eléctrica. Esa risa que hace que se le arruguen las comisuras de los ojos y que todo su rostro se transforme.

Cuatro: NO me gusta que cocine para los dos sin pedir nada a cambio. Que se levante temprano y prepare el desayuno.

Cinco: NO me da curiosidad qué libro está leyendo. Ese libro de pasta dura que tiene siempre en la mesita del salón y que coge cada

tarde. Cómo se muerde el labio inferior cuando lee algo que le interesa. Cómo a veces sonríe para sí mismo.

Seis: NO estoy a gusto con él.

Me quedo mirando el techo.

—Mentiras —susurro—. Todo son mentiras.

Porque sí me gusta. Todo. Cada maldita cosa. Y eso es un problema. Un problema enorme. Porque no puedo acostumbrarme a esto. A tenerlo cerca. A verlo cada mañana. A cenar con él cada noche. A que me mire como si… No. Para.

Me levanto de la cama. Me visto rápido con unos vaqueros cortos y una camiseta. Tengo que retomar el plan. El plan de echarlo. Antes de que sea demasiado tarde. Antes de que esto se convierta en algo que no pueda controlar.

Salgo de mi habitación. Miro hacia el salón. Leo no está. La puerta de su habitación está cerrada. Debe de haber salido a correr. Lo hace cada mañana. Perfecto. Ahora es el momento.

Voy a la cocina. Abro la despensa. Busco hasta que encuentro lo que necesito. Miel. Uno de esos botes grandes que el resort deja en todas las cabañas. Sonrío. Esto va a ser épico.

Voy al baño. Su gel de ducha está ahí, azul y medio vacío. Perfecto. Abro el bote de miel. Lo vierto dentro del envase del gel. Lleno hasta arriba. Agito. La consistencia es casi la misma. No va a notarlo hasta que sea demasiado tarde. Cierro el bote. Lo dejo exactamente donde estaba. Salgo del baño. Y vuelvo a mi habitación. Me siento en la cama con el portátil. Y espero.

Veinte minutos después escucho la puerta de la cabaña abrirse. Leo ha vuelto. Oigo sus pasos pesados cruzando el salón. La puerta de su habitación se abre. Se cierra. Silencio. Y entonces el sonido del agua. La ducha. Sonrío mirando la pantalla de mi portátil. Esto va a ser bueno.

Cinco minutos. Diez. El agua sigue corriendo. Y entonces se hace el silencio. Una pausa. Y luego una carcajada. Profunda, genuina, que retumba por toda la cabaña y hace que se me erice toda la piel.

Me quedo helada. Porque Leo se está riendo. No cabreándose. No maldiciendo. Se está riendo.

Me levanto de la cama. Salgo al pasillo. Y entonces lo veo. Y se me olvida respirar.

Leo está de pie en mitad del pasillo. En calzoncillos. Unos bóxers negros que se le pegan al cuerpo. Y está cubierto de miel. De la cabeza a los pies. Tiene el pelo pegado a la frente. Unas gotas doradas le bajan por las sienes, por el cuello, por el pecho, se deslizan entre los surcos de sus abdominales, por los brazos, por las piernas, y brillan bajo la luz que entra por los ventanales. Como si lo hubieran bañado en oro líquido.

Y sonríe con esa sonrisa enorme que nunca le he visto antes, los ojos brillantes y la boca abierta, los hombros sacudidos por la risa.

Se me seca la boca. Se me para el corazón. Porque está… Madre mía. Está para comérselo. Literalmente.

—Muy buena —dice. Su voz sale divertida, cálida, sin un ápice de enfado.

—Yo... —Trago saliva—. No sé de qué hablas.

Leo da un paso hacia mí. La miel le gotea del pelo. Le cae por el pecho. Marca cada línea de músculo como si alguien hubiera decidido resaltar lo mejor de él.

—¿No? —Otro paso—. ¿Entonces no sabes nada de la miel que hay en mi gel de ducha?

Retrocedo.

—Debe de haber sido un error del resort.

Leo se ríe otra vez. Esa risa. Se me cuela por dentro y prende justo donde no debería.

—Claro. —Da otro paso—. Un error.

Sigo retrocediendo. Salgo a la terraza. Hacia las tumbonas. Leo me sigue, lento y deliberado, como un depredador que sabe que su presa no tiene escapatoria.

—¿Sabes qué, Grace?

—¿Qué? —Mi voz sale demasiado aguda.

Leo se detiene a medio metro de mí. Me mira. Esos ojos marrones se clavan en los míos. Brillantes. Divertidos. Peligrosos.

—Me gusta que seas juguetona.

Se me corta la respiración.

—Así que voy a jugar yo también.

Y se lanza hacia mí.

Chillo, medio riendo, medio aterrorizada. Me doy la vuelta, intento correr. Pero Leo es mucho más rápido. Demasiado rápido. Me alcanza en dos zancadas. Sus brazos me rodean por la cintura. Me levanta del suelo como si no pesara nada.

—¡Suéltame! —grito.

Pero me estoy riendo. No puedo parar de reír. Leo me gira en sus brazos. Me aprieta contra su pecho. Y la miel. Dios. La miel está por todas partes, pegajosa, me mancha la camiseta, los brazos.

—¡Qué asco! —chillo entre risas.

Pero no puedo parar. La risa me sale sin control. Como si llevara años guardada. Leo también se ríe, profundo y feliz, como un niño.

Me sostiene contra él. Tan cerca que siento su corazón contra el mío y cuento cada respiración. Y de repente no me estoy riendo. Lo miro. A esos ojos. A esa boca. A este hombre enorme que me sostiene como si fuera algo precioso. Y se me olvida respirar.

—Vale, vale —consigo decir—. Ya está. Bájame.

Mi voz sale ronca.

—¿Segura?

—Tenemos que limpiarnos esto. ¿Cómo demonios vamos a quitamos esta miel de encima?

Leo me mira. Durante un segundo demasiado largo. Y entonces sonríe. Esa sonrisa. La peligrosa.

—Muy fácil.

Y corre conmigo agarrada hacia el borde de la terraza. Hacia las escaleras que bajan al mar.

—¡No! —grito—. ¡No te atrevas! ¡Leo, te juro que…!

Pero ya estamos bajando. Las escaleras de madera crujen bajo su peso. Me agarro a él por instinto. Mis brazos se cierran alrededor de su cuello. Y cuando me doy cuenta, cuando proceso lo que he hecho, mis piernas están enroscadas alrededor de su cintura. Del todo. Sin que yo haya decidido hacerlo.

—Leo —susurro.

Pero ya es tarde. Llegamos al agua. Y caemos. Juntos.

El agua está caliente. Más caliente de lo que esperaba. Nos cubre hasta el pecho. Transparente. Cristalina. Pero no pienso en el agua. Porque estoy envuelta alrededor de Leo. Piernas alrededor de su cintura. Brazos alrededor de su cuello. Cuerpos pegados. Sin nada entre nosotros excepto tela mojada.

Y puedo sentirlo todo. Su pecho sube y baja contra el mío. Sus manos en mis caderas, grandes y firmes, me queman a través del tejido empapado. Y su erección. Dios. Su erección crece, presiona contra mí. Justo ahí. Donde más lo necesito.

Se me escapa un gemido, bajo y roto, sin permiso. Leo se queda inmóvil. Sus manos aprietan mis caderas. Sus ojos se clavan en los míos. Oscuros. Dilatados.

—Grace…

No es una pregunta. No es una protesta. Es mi nombre dicho como una oración. Y yo pierdo la cabeza. Me muevo, me froto contra él. Una vez, despacio, deliberado. Y la fricción. Dios. La fricción es perfecta.

Leo gime. El sonido me sacude por dentro. Sus dedos se hunden en mis caderas y me marcan.

—Grace —Dice otra vez—. ¿Qué estás haciendo?

Vuelvo a moverme. Más fuerte esta vez. Más necesitada. Y Leo me acerca. Me aprieta contra él, como si no pudiera evitarlo.

—Toma de mí lo que quieras. —Su voz sale ronca. Rota. Susurrada contra mi oído—. Lo que necesites.

Y yo lo hago. Me muevo contra él, uso su cuerpo: la presión de su erección, la fricción, el calor. Leo me sostiene, me guía. Sus manos en mis caderas marcan el ritmo. Sus labios contra mi cuello respiran mi nombre. Una y otra vez. Grace. Grace. Grace. Como si fuera lo único que sabe decir.

Me aferro a él. Las uñas se me clavan en sus hombros. La cara enterrada en su cuello. Y me muevo. Más rápido. Más desesperada. Persiguiendo algo que está justo ahí. Justo…

—Joder, Grace.

La voz de Leo tiembla. Sus manos me aprietan. Me guían. Y yo exploto. El orgasmo me golpea como una ola. Me arrastra. Me ahoga. Grito contra su cuello. Su nombre. O quizás solo un sonido.

No lo sé. Solo sé que todo mi cuerpo se tensa. Se arquea. Se rompe. Y Leo me sostiene. Me sostiene mientras tiemblo. Mientras me deshago. Mientras vuelvo a la tierra.

Y entonces lo siento. Siento cuando Leo se tensa. Cuando gime, grave y roto. Cuando su cuerpo entero tiembla también.

—Joder… —susurra—. Joder, Grace.

Y sé que él también se ha corrido.

Durante un segundo. Dos. Tres. Ninguno se mueve. Solo respiramos, con los corazones desbocados y los cuerpos temblorosos, el agua turbia a nuestro alrededor.

Y entonces la realidad vuelve. Como un jarro de agua fría. ¿Qué acabo de hacer? Me he corrido. Encima de Leo. En mitad del océano. Usando su cuerpo. No. No, no, no.

Me aparto de golpe. Desenrosco las piernas. Me alejo nadando.

—Grace.

Me sigue la voz de Leo. Ronca. Confundida.

—No.

Salgo del agua, torpe, empapada, temblando.

—Grace, espera.

—No digas nada.

Subo las escaleras. Cruzo la terraza. Entro en la cabaña. Directa a mi habitación. Cierro la puerta. Echo el pestillo. Y me apoyo contra la madera. Respirando. Jadeando. Con el corazón latiéndome tan fuerte que me duele.

¿Qué he hecho? ¿Qué demonios he hecho?

LEO

Cuando Grace se va, me quedo ahí. De pie en el agua. Solo. Con el corazón latiéndome tan fuerte que lo oigo en los oídos. Intentando procesar lo que acaba de pasar. Grace acaba de… Acabamos de…

Hundo la cara en la mano. Todavía puedo sentirla. El peso de su cuerpo contra el mío. Sus piernas alrededor de mi cintura. Sus manos en mi pelo. Su boca contra mi cuello. Cómo gemía mi nombre. Cómo se movía. Cómo se ha corrido. Encima de mí. Usando mi cuerpo. Tomando lo que necesitaba.

Y yo. Yo también me he corrido. En mis calzoncillos, como un adolescente, sin que me tocara siquiera. Solo con la fricción, con sus gemidos, con tenerla tan cerca.

Miro hacia abajo. El agua turbia alrededor de mis caderas oculta el desastre. Pero yo lo siento. Lo sé. Por eso no la he seguido. No solo porque esté en shock. No solo porque no pueda creer lo que acaba de pasar. Sino porque no puedo dejar que ella vea esto. La evidencia de lo que me hace. De lo poco que controlo mi cuerpo cuando está cerca. De lo mucho que la deseo.

Me echo el pelo hacia atrás con una mano. Todavía pegajoso de miel a pesar del agua. Y no puedo evitar sonreír. Porque Grace. Grace me ha cambiado el gel por miel. Grace es brillante y juguetona y perfecta. Y acaba de correrse encima de mí.

Me río, bajo, incrédulo. Porque esto no estaba en ningún plan. Yo nunca pensé… Nunca imaginé… Que podría tener esto. Tenerla. Aunque sea solo por un momento.

Salgo del agua. Despacio. Me quito los calzoncillos. Los dejo en las rocas. Me meto en el agua otra vez. Más adentro esta vez. Y me lavo a conciencia: la miel, el resto, todo. El agua salada pica un poco pero no me importa.

Pienso mientras me limpio. Grace ha huido. Otra vez. Cada vez que pasa algo entre nosotros, huye. ¿Por qué? Porque tiene miedo. Lo sé. Lo veo en sus ojos cada vez que me mira. No me tiene miedo a mí. Le tiene miedo a esto. A lo que siente. A lo que podría significar.

Y entiendo el miedo. Lo entiendo porque yo también lo he tenido. Durante dos años. Miedo de acercarme. Miedo de que me vea de verdad y decida que no le gusto. Miedo de perderla antes de tenerla. Pero esto es diferente. Grace me desea. Lo acaba de demostrar. No puede huir de eso. Aunque lo intente.

El problema es que no tengo ni idea de qué hacer ahora. Nunca he estado con nadie. Me detengo. Respiro hondo. Pero sé una cosa. Sé que puedo hacerla sentir bien. Mejor que bien. Puedo aprender. Puedo escuchar. Puedo leer su cuerpo como leo el código. Como una serie de respuestas a estímulos específicos.

Y con Grace todo es diferente. Con Grace mi cerebro no se bloquea. Con Grace entiendo. Leo sus reacciones. Sus gemidos. Sus suspiros. Como si habláramos el mismo idioma. Y sé con absoluta certeza que si ella me lo permite, si me da una oportunidad, voy a hacerla sentirse tan bien que no va a querer volver a huir.

Salgo del agua, limpio del todo esta vez. Cojo una toalla de las que están dobladas junto a las tumbonas. Me seco. Vuelvo a la cabaña. Entro en mi habitación. Me pongo unos pantalones limpios. Una camiseta. Y me quedo ahí. De pie junto a la ventana. Mirando hacia el mar. Hacia donde todo acaba de cambiar.

Porque lo ha hecho. Ha cambiado. Y no hay vuelta atrás. Grace puede huir todo lo que quiera. Puede fingir que no ha pasado. Puede intentar convencerse de que ha sido un error. Pero yo sé la verdad. Y ella también. Esto que hay entre nosotros es real. Y no va a desaparecer.

Sonrío. Esperanzado. Aterrorizado. Porque por primera vez en dos años, por primera vez desde que la he conocido, tengo esperanza. De que quizás, solo quizás, esto pueda ser real, pueda merecer la pena y valer todo el miedo.

Me siento en la cama. Miro hacia la pared que separa mi habitación de la suya. Y susurro tan bajo que ni siquiera estoy seguro de haberlo dicho en voz alta.

—No voy a rendirme contigo, Grace.

Porque no voy a hacerlo. Aunque tenga que esperar. Aunque tenga que ser paciente. Aunque ella siga huyendo. No voy a rendirme. Porque ella vale la pena. Toda la pena del mundo.

CAPÍTULO 11

GRACE

Llevo todo el día evitando a Leo. He salido temprano de la cabaña, antes de que se despertara. He dado un paseo larguísimo por la playa, he almorzado sola en un restaurante del resort, he leído en una tumbona apartada durante horas. Cualquier cosa con tal de no estar en la cabaña. De no verlo. De no pensar en lo que pasó ayer en el agua. En cómo me corrí encima de él como una desesperada. En cómo él también se corrió. En cómo hui como una cobarde.

Pero ahora es de noche y tengo que volver. No puedo quedarme en la playa para siempre. Aunque la idea es tentadora.

Entro en la cabaña con cuidado, como si fuera una ladrona en mi propia casa temporal. Escucho. Leo está en el salón. Veo la luz encendida. Escucho un sonido que reconozco de inmediato: música de videojuego. Esa banda sonora épica y oscura que reconocería en cualquier parte.

Me asomo desde el pasillo. Leo está sentado en el sofá, con las piernas estiradas y los pies descalzos sobre la mesita baja. Lleva una camiseta gris y pantalones cortos de chándal. Tiene el pelo revuelto como si se hubiera pasado las manos por él mil veces. Tiene un mando en las manos y está jugando a *Hades* en la tele enorme. Uno de mis juegos favoritos del universo.

Me ve. Se incorpora ligeramente. Pausa el juego.

—Hola.

Su voz sale tranquila. Normal. Como si ayer no me hubiera tenido temblando encima de él mientras ambos nos corríamos como adolescentes.

—Hola —consigo responder.

Se instala un silencio. Incómodo. Pesado. Como si el aire entre nosotros estuviera cargado de electricidad.

Leo me mira con esos ojos marrones. Directos. Honestos. Sin un atisbo de incomodidad. Como si no supiera que debería haberla.

—¿Quieres jugar?

Parpadeo.

—¿Qué?

—Al videojuego. —Señala la pantalla—. He pensado que quizás te apetecería.

Debería decir que no. Debería irme a mi habitación. Debería mantener la distancia. Debería hacer cualquier cosa menos sentarme en ese sofá con él y fingir que somos personas normales que hacen cosas normales juntas.

Pero la verdad es que sí que me apetece.

Estoy loca.

—Vale.

La palabra sale de mi boca antes de que mi cerebro pueda detenerla.

Me siento en el sofá. No demasiado cerca. Dejo medio metro de distancia entre nosotros. Leo me pasa un mando sin decir nada.

—¿Conoces *Hades*? —pregunta.

—Claro. Me lo he pasado tres veces.

Leo sonríe. Esa sonrisa pequeña que hace que se le arruguen las comisuras de los ojos y que se me derrita el pecho, por tonto que sea.

—Entonces esto va a ser interesante.

Empezamos a jugar. Al principio estoy tensa, demasiado consciente de Leo a mi lado. De cómo se inclina hacia delante cuando se concentra. De cómo murmura para sí mismo cuando toma una decisión. De cómo sus piernas ocupan tanto espacio que casi rozan las mías. De lo grande que es en este sofá que de repente parece demasiado pequeño.

Pero poco a poco me relajo. Porque estamos jugando. Y jugar con Leo es muy divertido. Más que divertido. Es perfecto.

Leo hace comentarios sobre las construcciones, sobre las bendiciones, sobre qué armas son mejores para qué situaciones. Y

yo respondo. Debato con él. Le corrijo cuando se equivoca. Él acepta la corrección sin ego, sin ponerse a la defensiva como hacía en la oficina. Incluso se ríe.

—Tienes razón. No había pensado en eso —dice cuando le explico por qué la lanza de Aquiles es objetivamente superior al arco en las fases finales.

Nos reímos juntos cuando uno de nosotros muere de forma estúpida, cuando Leo intenta una estrategia ridícula que sale espectacularmente mal, cuando consigo una combinación perfecta de bendiciones y arraso con todo en pantalla. Es fácil. Natural. Como si lleváramos años haciendo esto. Como si fuéramos amigos. O algo más.

Y me doy cuenta de algo que me golpea como un puñetazo en el estómago: estoy a gusto. Muy a gusto. Con Leo. Jugando a videojuegos. Riendo. Como si esto fuera lo más normal del mundo.

Le gustan las mismas cosas que a mí. Los mismos juegos. El mismo humor. Tenemos la misma forma de pensar tácticamente. Es como encontrar a alguien que habla tu idioma, que te entiende sin que tengas que explicar cada referencia, cada chiste interno del juego. Y eso me aterra. Porque no quiero que Leo sea perfecto. No quiero que encaje tan bien conmigo. No quiero que esto se sienta tan bien.

Pero lo es. Y encaja. Y se siente perfecto.

Y no puedo dejar de mirarlo de reojo mientras juega. Esas manos enormes sobre el mando, cómo se muerde el labio cuando se concentra, cómo se ríe cuando pasa algo gracioso. Cómo me mira cada vez que digo algo inteligente, como si estuviera impresionado. Como si yo fuera lo mejor que ha visto en su vida.

Y el deseo vuelve. Ese deseo que llevo días intentando ignorar, ese deseo que explotó ayer en el agua, ese deseo que ahora mismo me crece en el vientre como fuego líquido.

Terminamos la partida. Leo deja el mando en la mesita. Yo hago lo mismo. Nos quedamos en silencio. Pero no es incómodo. Está cargado. Eléctrico. Como si ambos estuviéramos pensando exactamente lo mismo y ninguno se atreviera a decirlo.

Lo miro. A Leo. A este hombre enorme sentado a medio metro de mí. Con el pelo revuelto. Los ojos brillantes. Una sonrisa en los labios que hace que se me dispare el pulso.

Y tomo una decisión. Impulsiva. Temeraria. Marca de la casa.

—Leo.

—¿Sí?

Me giro hacia él en el sofá. Respiro hondo.

—Tengo una propuesta.

Leo me mira. Esos ojos se clavan en los míos con una intensidad que me atraviesa.

—Te escucho.

—Vale. —Me humedezco los labios—. Estamos aquí. En las Maldivas. De vacaciones. Y está claro que… que tenemos necesidades.

Leo no dice nada. Solo me mira. Esperando.

—Y lo que pasó ayer —Me callo. Trago saliva—. Bueno. Ha pasado. Y ha estado bien.

—¿Bien?

La voz de Leo sale más grave. Más ronca. Como si la palabra le hubiera afectado.

—Muy bien. —El calor me sube por el cuello—. Entonces he pensado que quizás… quizás podríamos aprovechar el tiempo. Ya sabes. Darnos placer el uno al otro. Sin complicaciones. Solo mientras estemos aquí.

Silencio. Leo me mira durante un segundo que dura una eternidad. Puedo ver cómo se le tensa la mandíbula. Cómo traga. Cómo sus manos se cierran en puños sobre sus muslos.

Y entonces asiente. Despacio. Sin decir nada. Solo asiente con la cabeza.

Pero no se mueve. Se queda petrificado. Como una estatua. Mirándome con esos ojos oscuros que de repente están casi negros.

Y eso me enciende todavía más. Ver cómo lo afecto. Ver cómo se queda quieto. Como si yo tuviera ese poder sobre él. Como si acabara de romperle el cerebro con solo sugerirlo.

Sonrío.

Y solo puedo pensar en seguir tentándolo.

—¿Te parece bien?

Leo traga. Se le oye.

—Sí.

Solo eso. Una palabra. Ronca. Rota. Como si le hubiera costado un esfuerzo sobrehumano pronunciarla.

Me levanto del sofá. Despacio. Deliberado. Leo me sigue con los ojos. No se mueve. No respira. Solo me mira.

Y empiezo a desnudarme.

Me quito la camiseta despacio, sosteniéndole la mirada, dejando que me vea. La tela sube por mi estómago, por mi pecho, por encima de mi cabeza. La dejo caer al suelo. Llevo un sujetador negro de encaje. Nada del otro mundo. Lo compré en una tienda normal hace años. Pero la forma en que Leo me mira hace que me sienta como si llevara lencería carísima de esa que sale en las revistas.

Leo no aparta los ojos. No parpadea. No se mueve. Solo me mira. Esos ojos recorren cada centímetro de piel que acabo de exponer, memorizando cada detalle como si fuera a dibujarlo más tarde de memoria.

Me desabrocho los pantalones. Los bajo por las caderas. Por los muslos. Tengo que sentarme en el reposabrazos del sofá para quitármelos del todo y casi pierdo el equilibrio pero no me importa porque Leo me está mirando como si acabara de ver algo religioso. Los dejo caer. Ahora solo llevo ropa interior. Sujetador y bragas negras a juego.

Y Leo está duro. Puedo verlo. Puedo ver cómo se le marca en los pantalones cortos de chándal grises, cómo crece bajo la tela, cómo se tensa el tejido alrededor de su erección. Y entonces lo veo. La mancha. Pequeña. Oscura. En la punta. Húmeda. Presemen.

Se me seca la boca. Se me dispara el corazón. Porque Leo está tan excitado que está goteando. Por mí. Solo por mirarme.

Doy un paso hacia él. Leo sigue sin moverse. Sigue mirándome como si estuviera hipnotizado. Como si yo fuera lo único que existe en el universo.

—Quítate la camiseta —digo.

Mi voz sale ronca. Mandona. Y a Leo parece gustarle porque obedece de inmediato. Se quita la camiseta por la cabeza en un movimiento fluido que hace que todos sus músculos se tensen y se muevan bajo la piel.

Y madre mía. No puedo respirar. Porque Leo sin camiseta es una obra de arte que debería estar en un museo. El pecho ancho, los músculos definidos, los abdominales como esculpidos. Ese vello oscuro que le baja del ombligo en una línea perfecta. Esa uve que desaparece bajo la cinturilla de sus pantalones y que hace que quiera seguirla con la lengua. Los hombros anchos, los brazos con las venas marcadas.

Es perfecto. Perfecto hasta doler. Como si alguien hubiera diseñado el cuerpo masculino ideal y hubiera usado a Leo como modelo.

Me acerco más. Hasta quedar de pie delante de él. Leo tiene que levantar la cabeza para mirarme. Está sentado. Yo de pie. Por una vez yo tengo altura sobre él y algo en eso me gusta demasiado.

—¿No quieres tocarme? —pregunto.

Y eso es todo lo que hace falta. Leo se mueve. Rápido. Como si hubiera estado esperando mi permiso. Como si se hubiera estado contenido y de repente lo hubiera soltado. Sus manos suben por mis piernas, por los muslos desnudos, dejando un rastro de fuego a su paso. Se detienen en mis caderas. Firmes. Grandes. Calientes a través del encaje de mis bragas.

—¿Puedo? —Su voz sale rota. Necesitada.

—Sí.

Leo me atrae hacia él. Me coloca entre sus piernas abiertas. Sus manos recorren mi espalda, suben por mi columna, bajan hasta el hueco de mi cintura. Como si estuviera memorizando cada curva. Cada centímetro. Como si quisiera grabar el mapa de mi cuerpo en su cerebro.

—Eres preciosa —susurra contra mi estómago.

Sus labios rozan mi piel. Besos suaves. Reverentes. Como si yo fuera algo sagrado.

—Eres la mujer más preciosa del universo.

Cierro los ojos. Las palabras me sacuden como una descarga. Las manos de Leo siguen moviéndose. Explorando. Una sube por mi espalda. Encuentra el cierre del sujetador. Lo desabrocha. El sujetador se afloja. Cae.

Leo se queda quieto. Mirándome. A mis pechos. Como si no pudiera creer que esto está pasando. Como si no pudiera creer que tiene permiso para mirar.

—Grace… —Traga saliva—. Sueño contigo.

—¿Qué?

—Sueño contigo. —Sus manos suben. Cubren mis pechos. Grandes. Calientes. Perfectas. Como si hubieran sido diseñadas exactamente para esto—. Cada noche. Sueño con esto. Con tocarte. Con oírte gemir. Con saborearte.

Gimo. No puedo evitarlo. Las palabras de Leo. Sus manos. La forma en que sus pulgares rozan mis pezones. Todo.

—Es un privilegio —continúa Leo. Su voz sale tan baja que casi es un gruñido—. Poder darte placer. Poder tocarte así. Es el mayor privilegio del mundo.

Sus labios bajan. Besan mi estómago. Mi costado. Suben hacia mi pecho. Y entonces su boca se cierra alrededor de mi pezón, caliente y húmeda. Y dejo de pensar.

Leo me tumba en el sofá. Con cuidado. Como si fuera algo precioso que pudiera romperse. Se coloca entre mis piernas. Sus manos bajan por mi cuerpo. Encuentran mis bragas. Las baja despacio, arrastrándolas por mis piernas, por mis tobillos. Levanto las caderas para ayudarlo. Y entonces estoy completamente desnuda. Y Leo está mirándome como si acabara de ver el cielo abrirse.

—Eres preciosa —repite, como una oración.

Sus manos suben por mis piernas. Grandes. Calientes. Firmes. Separándolas. Y entonces baja la cabeza.

El primer roce de su lengua hace que me arquee en el sofá. Ardiente, húmeda. Leo gime contra mí. El sonido vibra por todo mi cuerpo y hace que se me erice hasta el último pelo.

—Dios, Grace…

Y entonces se entrega por completo. Su lengua me recorre. Me explora. Me saborea. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si esto fuera lo único que quisiera hacer por el resto de su vida. Como si mi placer fuera lo más importante del universo.

Hundo los dedos en su pelo. Tiro. Leo gime otra vez contra mí y la vibración hace que se me dispare todo el cuerpo. La presión aumenta. Su lengua encuentra mi clítoris. Lo acaricia. Lo rodea. Lo lame con una precisión que me hace pensar que ha estudiado anatomía femenina como si fuera un examen final.

Y no puedo quedarme quieta. Mis caderas se mueven. Buscando más. Necesitando más. Frotándome contra su boca sin ninguna vergüenza.

—Leo.

—Dime qué necesitas.

Su voz sale amortiguada contra mí. Ronca. Desesperada.

—Más. Dios, más.

Leo obedece. Sus dedos se unen a su lengua. Uno. Entrando despacio. Tan despacio que quiero gritarle que vaya más rápido. Curvándose. Explorando. Encontrando ese punto dentro de mí que hace que vea estrellas.

—Así. Sí, así.

Leo encuentra un ritmo. Dedos y lengua trabajando juntos como si fueran una sinfonía perfectamente orquestada. Entra y sale. Lame y chupa. Y yo estoy perdida. Perdida del todo en la sensación, en el placer, en Leo entre mis piernas haciéndome sentir cosas que nunca he sentido con nadie más.

—Eres perfecta —susurra Leo contra mí—. Sabes perfecta. Como miel. Como adicción. No puedo parar.

Y esas palabras. Esas malditas palabras son lo que me empuja al borde del precipicio.

—Leo, voy a explotar.

—Sí. Córrete para mí, Grace. Déjame sentirlo. Déjame saborearlo.

Y exploto. El orgasmo me golpea como un tren a toda velocidad. Me arrastra. Me destroza. Me recompone. Grito. No puedo evitarlo. Su nombre sale de mi garganta como un rezo. Mi cuerpo entero se tensa. Se arquea. Tiembla como si estuviera en medio de un

terremoto. Y Leo me sostiene. Su boca sigue trabajando. Prolongando cada ola de placer. Haciendo que dure y dure y dure hasta que no puedo más.

—Para. Para, es demasiado.

Leo se detiene de inmediato. Besa el interior de mi muslo. Suave. Tierno. Como si yo fuera algo que necesita cuidar.

Y yo no puedo mantener los ojos abiertos. El agotamiento me golpea de repente como una ola. Mi cuerpo está blando. Satisfecho. Pesado. Tan relajado que no puedo mover ni un dedo.

Me quedo dormida. Ahí mismo. En el sofá. Desnuda. Con Leo todavía entre mis piernas.

Siento vagamente cuando Leo se mueve. Cuando se levanta. Cuando desaparece un momento. Cuando vuelve con algo suave que me cubre. Una sábana. Y entonces siento cuando me levanta. Coloca sus brazos debajo de mí. Me sostiene como si no pesara nada. Como si fuera algo precioso.

Me lleva a mi habitación. Me mete en la cama. Sube las sábanas hasta mis hombros. Aparta el pelo de mi cara con una ternura que me habría derretido el corazón si estuviera más despierta para procesarla.

Se queda ahí un momento. Mirándome. No lo veo pero lo siento. Esa mirada sobre mí.

Y entonces se va. Cierra la puerta sin ruido. Me deja dormir.

Y yo me hundo en el sueño más profundo y feliz que he tenido en años.

CAPÍTULO 12

GRACE

Me despierto con el cuerpo pidiendo más.

No es sutil. No es una sugerencia educada. Es una necesidad física que me recorre como electricidad. Estoy en mi cama, desnuda bajo las sábanas, y recuerdo vagamente cómo he llegado aquí. Leo. Leo me trajo. Me metió en la cama. Me tapó. Me cuidó después de dejarme tan relajada que me dormí como si tuviera narcolepsia.

Pero ahora estoy despierta. Y mi cuerpo recuerda muy bien lo que pasó anoche. La boca de Leo entre mis piernas. Sus manos en mi cuerpo. Cómo me hizo sentir. Y quiere más. Yo quiero más. Porque anoche recibí, pero yo no di nada. No toqué a Leo. No sentí su piel bajo mis manos. No exploré ese cuerpo que llevo semanas mirando de reojo.

Me levanto de la cama de golpe. Me pongo una camiseta y unas bragas. Salgo de mi habitación descalza, con el pelo revuelto y el pulso ya acelerado. Busco a Leo por la cabaña. No está en la cocina. No está en la terraza. Está en el salón.

Y lo que veo me encanta.

Leo está sentado en el sofá, con las piernas estiradas y los pies descalzos apoyados en la mesita baja. Lleva pantalones de chándal grises y una camiseta blanca que se le ajusta al pecho de una forma que debería ser ilegal. Tiene un libro en las manos. Ese libro de pasta dura que lleva toda la semana leyendo. Está concentrado, mordiéndose el labio inferior de esa forma que me vuelve loca, absorto del todo en lo que sea que esté leyendo.

No pienso. No pienso en absoluto. Cruzo el salón en cuatro zancadas. Leo levanta la vista cuando me oye, abre la boca para decir algo, probablemente un «buenos días» educado o algún

comentario sobre si he dormido bien. Pero no le dejo. Me subo al sofá. A horcajadas sobre él. Una pierna a cada lado de sus caderas. Mis manos en sus hombros. Mi centro presionando directamente contra su entrepierna.

Leo tira el libro. Lo suelta como si de repente le quemara las manos. El libro cae al suelo con un golpe sordo que ninguno de los dos registra porque sus manos vuelan a mis caderas, grandes y firmes y calientes incluso a través de la tela de mis bragas. Sus ojos se clavan en los míos, oscuros, dilatados, y puedo sentir cómo su cuerpo reacciona al instante debajo de mí. Cómo empieza a endurecerse. Cómo crece contra mí.

—Grace. —Su voz sale ronca, sorprendida, necesitada.

—Cállate —digo.

Y lo beso.

Lo beso como si llevara años esperando este momento. Como si anoche no hubiera sido suficiente. Como si nada fuera suficiente. Mis labios se estrellan contra los suyos con una urgencia que no sabía que sentía. Leo gime contra mi boca, ese sonido grave y áspero que me sacude por dentro, y sus manos aprietan mis caderas con fuerza, acercándome más, como si no pudiera soportar ni un milímetro de distancia entre nosotros.

Abro la boca. Mi lengua roza sus labios. Leo me deja entrar sin resistencia, sin juego, solo pura entrega. Su lengua encuentra la mía y el sabor de él me explota en la boca. Café. Algo dulce. Algo que es puro Leo. Sus manos suben por mi espalda, debajo de mi camiseta, piel contra piel, y joder, sus manos son enormes y están calientes y me están tocando como si no pudiera decidir dónde quiere tocarme primero.

Me muevo. Me froto contra él. Noto cómo su erección crece debajo de mí, presionándose contra mí a través de las capas de tela, dura y caliente y perfecta. Leo jadea contra mi boca, rompe el beso para respirar, y yo aprovecho para morderle el labio inferior. Él gime. Ese sonido hace que se me dispare todo el cuerpo.

—Joder, Grace… —Su voz sale destrozada.

—Quiero tocarte —interrumpo. Mis manos bajan por su pecho, sintiendo cada músculo tensarse bajo mis palmas—. Anoche no pude

tocarte. Y quiero hacerlo.

—Puedes. —Leo me mira con esos ojos oscuros que me derriten —. Puedes tocarme donde quieras. Hacer lo que quieras. Soy tuyo.

Y esas palabras. Esas dos últimas palabras. Soy tuyo. Hacen que algo se me retuerza en el pecho, algo peligroso que no quiero analizar ahora mismo. Así que hago lo único que puedo hacer. Actúo.

Le quito la camiseta. Rápido. Impaciente. Mis manos resultan torpes con la tela porque necesito verlo, necesito tocarlo ya. Leo levanta los brazos para ayudarme y la camiseta sale volando hacia algún rincón del salón que no me importa. Y ahí está. Ese pecho que me obsesiona. Esos abdominales marcados. Esa piel dorada que brilla bajo la luz de la mañana que entra por los ventanales. Ese vello oscuro que le baja del ombligo en una línea perfecta y desaparece bajo la cinturilla de sus pantalones.

Mis manos lo recorren. Pecho. Abdominales. Hombros anchos. Brazos musculosos. Como si estuviera memorizando un mapa. Como si quisiera grabar en mi cerebro cada centímetro de él. Leo se queda muy quieto debajo de mí, dejándome explorar, pero puedo sentir cómo tiembla ligeramente. Cómo su respiración se acelera. Cómo me mira con una intensidad que hace que se me erice toda la piel.

—Eres impresionante —susurro sin pensar.

—No lo soy —responde Leo, y hay algo vulnerable en su voz que hace que lo mire a los ojos.

—Cállate. Sí lo eres.

Y entonces bajo la mano. Por su estómago. Sintiendo cómo sus músculos se tensan bajo mis dedos. Llego a la cinturilla de sus pantalones. Mis dedos rozan el bulto enorme que se marca en la tela gris. Leo gime. Todo su cuerpo se tensa como si acabara de recibir una descarga.

—Grace. —Su voz sale estrangulada—. Tengo que decirte algo.

—¿Qué? —Mi mano sigue ahí, rozando, sintiendo cómo pulsa a través de la tela.

—No tengo condones.

Me quedo quieta. Lo miro.

—¿Qué?

—No tengo condones. No pensé que los necesitaría. No esperaba que esto… que tú…

Me aparto ligeramente. Lo suficiente para poder mirarlo bien a la cara. A esos ojos marrones que de repente parecen vulnerables de una forma que no le he visto nunca.

—¿Cuánto tiempo llevas sin tener sexo? —pregunto. Intentando calcular. Intentando entender por qué un hombre como Leo Carter, que es un dios griego, no tiene condones en las Maldivas.

Leo me sostiene la mirada. Traga saliva. Y dice, con esa voz tranquila que usa cuando está siendo completamente honesto:

—Toda la vida.

Parpadeo. Una vez. Dos veces. Proceso las palabras. Que no tienen sentido. Que no pueden significar lo que creo que significan.

—¿Qué?

—Nunca he estado con nadie —dice Leo. Sin apartar los ojos de los míos. Sin una pizca de vergüenza o incomodidad. Solo honestidad brutal—. Nunca he deseado a nadie. Hasta ti.

Mi cerebro cortocircuita. Deja de funcionar unos segundos mientras intento procesar lo que acaba de decir.

—¿Me estás vacilando? —consigo decir al fin.

—No.

—Leo. Tienes veintisiete años. Y estás… —Señalo vagamente su cuerpo, porque no tengo palabras para describir lo injustamente perfecto que es—. Mírate. Las mujeres te comen con los ojos. He visto a media oficina babear por ti. Esa rubia del yoga prácticamente te desnudaba con la mirada el otro día.

—No es verdad —dice Leo con esa calma insoportable—. Yo nunca… nunca he sentido nada por nadie. Pensaba que quizás no funcionaba así. Que simplemente no era algo que me pasara a mí.

—¿Y ahora?

—Ahora te conozco a ti. —Leo me mira con una intensidad que hace que se me corte la respiración—. Soy demisexual. No siento atracción sexual por alguien a menos que tenga una conexión emocional profunda con esa persona. Y tú eres la primera persona con la que he sentido esa conexión. La única persona que me hace sentir esto.

No puedo procesarlo. No puedo. Porque Leo Carter, el hombre más perfecto que he visto en mi vida, acaba de decirme que soy la única persona que ha deseado. Que nunca ha estado con nadie. Que soy su primera vez. Y eso es demasiada información. Demasiada responsabilidad. Demasiado sorprendente.

—Pero ayer… —balbuceo—. Tú sabías exactamente lo que hacías. Tú… Dios, Leo, casi me matas con tu boca.

Leo sonríe. De forma tímida. Resulta tan jodidamente adorable que quiero besarlo y estrangularlo al mismo tiempo.

—Investigué —dice—. Leí artículos. Digamos que Internet tiene muchos recursos educativos. Quería hacerlo bien. Quería darte placer.

—¿Investigaste? ¿Cómo darme placer oral?

—Sí.

—¿Por qué?

Leo me mira como si la pregunta fuera absurda.

—Porque quería hacerte sentir bien. Porque eres tú. Porque poder tocarte así, poder darte placer, es el mayor privilegio del mundo.

Y eso. Esas palabras. Esa honestidad brutal. Este hombre enorme debajo de mí diciéndome que darme placer es un privilegio. Se me derrite el pecho. Del todo. Pero, a la vez, se me enciende todo lo de más abajo. Porque si Leo piensa que darme placer es un privilegio, está a punto de descubrir que lo contrario también es verdad.

—Leo —digo. Mi voz sale más ronca de lo que esperaba.

—¿Sí?

—No quiero que me comas el coño otra vez. Bueno, sí quiero. Claro que quiero. Pero ahora no.

Leo parpadea. Confundido. Adorable.

—¿Entonces qué quieres?

—Quiero tu polla.

Leo se queda sin aire. Deja de respirar un par de segundos. Lo veo. Veo cómo sus ojos se oscurecen hasta volverse casi negros. Veo cómo se le tensa todo el cuerpo. Veo cómo su erección, que ya era considerable, pulsa contra mí con más fuerza.

—Grace… —Mi nombre sale de su boca como una súplica.

—Quiero sentirte dentro de mí. Quiero montarte. Quiero verte perder el control. —Me inclino hacia él hasta que mi boca roza su oído—. Quiero ser tu primera vez, Leo.

—Joder —gime.

Me levanto de su regazo. Me quito las bragas. Las dejo caer al suelo sin ceremonias. Leo me mira como si acabara de presenciar algo religioso, como si yo fuera una aparición que podría desvanecerse si parpadea. Luego engancho los dedos en la cinturilla de sus pantalones.

—Levanta las caderas.

Leo obedece inmediatamente. Como si mi voz fuera una orden que no puede desobedecer. Bajo sus pantalones y sus calzoncillos de un tirón, impaciente, necesitada. Y entonces lo veo. La polla de Leo. Dura. Enorme. Más grande de lo que esperaba, aunque no sé por qué me sorprende cuando todo en Leo es grande. Está erguida del todo, presionándose contra su estómago, y hay una gota de presemen brillando en la punta.

Se me seca la boca. Se me dispara el pulso. Porque esto es real. Esto va a pasar.

—Madre mía, Leo —susurro.

—Grace, tengo que advertirte —Leo respira rápido, entrecortado —. No sé cuánto voy a durar. Nunca he… y tú eres… joder, eres perfecta. Y no sé si podré controlarme.

Lo miro. A ese hombre enorme que me está confesando sus miedos con una honestidad que me desarma por completo. Y sonrío.

—No te preocupes por eso ahora.

Vuelvo a montarme sobre él. Desnuda. Del todo. Leo me mira como si fuera una diosa bajada del Olimpo específicamente para torturarlo. Sus manos vuelven a mis caderas, temblando ligeramente, y puedo ver la tensión en cada línea de su cuerpo. Está intentando controlarse. Intentando no moverse. Esperando a que yo marque el ritmo.

Cojo su polla con la mano. Está caliente. Dura. Pulsando contra mi palma. Leo gime, todo su cuerpo se tensa, y joder, es perfecto. La posiciono. La punta contra mi entrada. Puedo sentir el calor. La

presión. Leo tiene los ojos clavados donde nuestros cuerpos están a punto de unirse, respirando como si acabara de correr un maratón.

—Grace… —Mi nombre sale de su boca como una oración.

—Respira —digo.

Y empiezo a bajar.

Despacio. Tan despacio que es casi una tortura. La punta entra. Leo es grande. Muy grande. Me estiro alrededor de él, sintiendo cada centímetro, y joder, es demasiado y no es suficiente al mismo tiempo. Bajo más. Y más. Tomándolo centímetro a centímetro. Leo tiene los ojos cerrados ahora, la mandíbula tensa, las manos agarrando mis caderas con tanta fuerza que probablemente me dejen marcas. No me importa.

—Joder. Joder, Grace… —Las palabras salen de su boca como un mantra roto.

Bajo más. Hasta que lo tengo del todo dentro. Hasta que estoy sentada sobre él. Empalada hasta el fondo en su polla. Los dos jadeando. Los dos temblando. La sensación es abrumadora. Me siento llena. Estirada. Conectada a él de la forma más íntima posible.

—No te muevas. —La voz de Leo sale destrozada, casi irreconocible—. Por favor, Grace, no te muevas. Necesito… joder, necesito un segundo o me voy a correr ahora mismo.

Lo miro. A este hombre increíble debajo de mí. Con los ojos cerrados. La mandíbula tan tensa que se le marcan todos los músculos. Todo su cuerpo vibrando de tensión contenida. Y algo en esa imagen, en verlo tan afectado, tan al límite, me enciende todavía más.

—¿Estás bien? —pregunto, aunque la respuesta es obvia.

Leo abre los ojos. Me mira. Y lo que veo en su mirada hace que se me pare el corazón.

—Esto es… —Se calla. Traga saliva—. Eres… joder, Grace. Eres la puta mejor experiencia de mi vida. No tenía ni idea de que algo pudiera sentirse así.

Sonrío encanta. Porque tengo a Leo completamente a mi merced y el poder es embriagante.

—Bien —digo—. Porque si te corres ahora, tendremos que repetirlo. Porque yo quiero correrme con tu polla dentro de mí.

Y eso. Esas palabras. Son lo que rompe a Leo.

Gruñe. Un sonido bajo y animal que nunca le había escuchado antes. Sus manos aprietan mis caderas con fuerza. Y entonces se levanta. Con su polla todavía dentro de mí. Me levanta como si no pesara nada, como si fuera una pluma, y yo chillo, sorprendida, agarrándome a sus hombros por instinto. Mis piernas se enroscan alrededor de su cintura. Él me sostiene con una mano debajo de mi culo, la otra en mi espalda, y empieza a caminar.

—¿Qué haces? —jadeo.

—Llevándote a mi cama —dice con esa voz ronca que no reconozco—. Si voy a hacerte el amor por primera vez, va a ser en mi cama.

Y esas palabras. Hacerte el amor. No follarte. Hacerte el amor. Me aprietan el pecho de una forma que me aterra y me emociona a partes iguales.

Leo cruza el salón con pasos largos y decididos, su polla todavía enterrada en mí, moviéndose ligeramente con cada paso y enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo. Entra en su habitación. Cierra la puerta de una patada. Y me tumba en su cama. Boca arriba. Con él encima de mí. Con su polla todavía dentro. Sus brazos a cada lado de mi cabeza, sosteniéndose, mirándome con una intensidad que hace que olvide de cómo respirar.

Y entonces empieza a moverse.

Despacio al principio. Saliendo casi completamente. Luego entrando otra vez. Profundo. Tan profundo que puedo sentirlo en todas partes. Leo me mira mientras lo hace, como si estuviera memorizando cada expresión que cruza por mi cara. Cada gemido que se me escapa. Cada vez que muerdo mi labio. Cada vez que cierro los ojos.

—Eres preciosa —dice, y su voz tiembla—. No te imaginas cuánto he deseado esto. Cuánto he soñado contigo.

—Leo —gimo.

—Cada noche. —Se mueve más rápido. Más profundo—. Cada noche me iba a la cama pensando en ti. En cómo sería tenerte así. En cómo sonarían tus gemidos. En cómo se sentiría estar dentro de ti.

Se mueve más rápido. Más duro. El ángulo cambia y de repente está golpeando ese punto perfecto dentro de mí que hace que vea estrellas. Grito. No puedo evitarlo. Las manos de Leo están por todas partes. Recorren mi cuerpo como si no pudiera decidir dónde tocarme. Pechos. Cintura. Caderas. Muslos. Como si quisiera memorizar cada centímetro. Como si esta fuera la primera y la última vez.

Me aferro a él. Mis uñas se clavan en su espalda. Mis piernas se enroscan alrededor de su cintura, acercándolo más, necesitando más. Leo baja la cabeza. Besa mi cuello. Mi clavícula. Baja a mis pechos. Su boca cierra alrededor de un pezón y chupa, fuerte, y joder, eso es todo lo que hace falta.

—Leo… dios… más…

Leo obedece. Como si mi voz fuera su religión. Se mueve más rápido. Más duro. El sonido de piel contra piel llena la habitación, mezclándose con nuestros gemidos, con el crujido de la cama. Puedo oler nuestro sudor. Puedo sentir el calor que irradia de nuestros cuerpos. Puedo ver el esfuerzo en la cara de Leo, cómo intenta mantener el control, cómo intenta no correrse todavía.

—Tócate —dice de repente. Su voz sale destrozada—. Quiero verte tocarte mientras te follo.

Y yo solo deseo obedecerlo. Bajo la mano entre nuestros cuerpos. Encuentro mi clítoris. Me acaricio. El placer se multiplica instantáneamente. Leo gime al verme, sus caderas golpeando más fuerte, y estoy tan cerca.

—Eres perfecta —dice Leo. Una y otra vez como un mantra—. Tan perfecta. No puedo creer que seas real. No puedo creer que estés aquí. Conmigo. Dejándome tocarte así.

La presión crece. Se acumula en mi vientre como fuego. Cada embestida de Leo. Cada roce de mis dedos. Cada palabra que sale de su boca. Todo se suma. Todo crece. Hasta que estoy al borde del precipicio, mirando hacia abajo, sabiendo que voy a caer.

—Leo…

—Córrete. —Leo me mira a los ojos. Con esos ojos marrones que están completamente destrozados—. Córrete en mi polla, Grace. Déjame sentirlo. Por favor.

Y esa palabra final. Ese por favor dicho con tanta necesidad. Es lo que me empuja.

Exploto. El orgasmo me golpea como un tsunami. Me arrastra. Me destroza. Me recompone. Grito su nombre. Mi cuerpo entero se tensa. Se arquea. Cada músculo se contrae. Las oleadas de placer me recorren una tras otra, cada una más fuerte que la anterior. Y Leo sigue moviéndose. Prolongándolo. Haciendo que dure y dure hasta que casi no puedo soportarlo.

Y entonces Leo gime. Bajo. Profundo. Roto de una forma que nunca he escuchado.

—Grace. Me corro… no puedo… Grace…

Y se corre. Dentro de mí. Caliente. Pulsando. Puedo sentir cada espasmo. Cada pulso de su polla mientras se vacía dentro de mí. Y algo en esa sensación, en sentirlo perder el control completamente, hace que me corra otra vez. Más suave esta vez. Como una ola que me recorre despacio pero no menos intensa.

Leo colapsa sobre mí. Todo su peso cayendo. Pesado. Sudado. Jadeando contra mi cuello. Lo abrazo. Lo sostengo. Mis manos recorren su espalda, sintiendo el sudor, sintiendo cómo tiembla. Ambos intentando recuperar el aliento. Ambos procesando lo que acaba de pasar.

El silencio que sigue es diferente. No es incómodo. No es tenso. Es paz. Pura. Simple. Los dos tumbados en su cama, todavía conectados, todavía temblando, todavía intentando volver a la tierra.

Leo se aparta ligeramente. Solo lo suficiente para poder mirarme. Aparta el pelo de mi cara con una ternura que hace que se me encoja el pecho. Me mira con esos ojos que de repente parecen más suaves. Más vulnerables. Más… algo que no me atrevo a nombrar.

—Ha sido —Se calla. Como si no tuviera palabras. Como si todas las palabras del universo no fueran suficientes—. No sé ni cómo describirlo.

Sonrío. Completamente satisfecha.

—Ha estado bien.

—¿Bien? —Leo arquea una ceja.

—Vale. Muy bien. —Me río, y el sonido sale genuino, feliz—. Jodidamente increíble.

Leo sonríe también. Y me besa. Suave. Tierno. Diferente a todos los besos que hemos compartido antes. Este es lento. Dulce. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Como si esto fuera más que solo sexo. Como si fuera el principio de algo que ninguno de los dos está listo para nombrar.

Y yo siento algo peligroso creciendo en el pecho. Algo que no es solo deseo, sino más hondo y más aterrador. Algo que me dice que esto, lo que sea que esté pasando entre Leo y yo, es más grande que unas vacaciones en las Maldivas. Más grande que sexo. Más grande que nada que haya sentido antes.

Pero no lo digo. No digo nada de eso. Porque si lo digo en voz alta, se vuelve real. Y si se vuelve real, tendré que lidiar con ello. Y ahora mismo no estoy lista.

Así que solo le devuelvo el beso. Lo abrazo más fuerte. Y dejo que el momento sea lo que es. Perfecto. Sin palabras. Sin nada excepto nosotros dos en su cama después de habernos entregado por completo.

CAPÍTULO 13

GRACE

Los siguientes días son los mejores de mi vida. Y eso debería asustarme más de lo que lo hace.

Leo y yo caemos en una rutina que se siente peligrosamente como algo real. Nos despertamos enredados en las sábanas de su cama —o de la mía, dependiendo de dónde hayamos acabado la noche anterior— y pasamos las mañanas explorando la isla. Hacemos snorkel en arrecifes de coral que parecen sacados de un documental, alquilamos kayaks y remamos hasta playas desiertas donde nos tumbamos al sol y hablamos de todo y de nada. Leo me enseña a identificar peces tropicales y yo le enseño a hacer el pino en la arena, cosa que termina con los dos revolcándonos entre risas cuando él pierde el equilibrio y me arrastra con él.

Por las tardes cocinamos juntos en la cocina de la cabaña. Leo corta verduras con una precisión quirúrgica mientras yo intento no quemarme con el aceite caliente, y acabamos cenando en la terraza mientras el sol se pone sobre el océano en tonos naranjas y rosas que parecen demasiado perfectos para ser reales. Hablamos de videojuegos, de películas, de libros. Descubro que Leo lee fantasía épica y ciencia ficción dura, que tiene opiniones muy fuertes sobre la construcción de mundos y que puede pasarse una hora entera analizando la física imposible de Star Wars sin aburrirse ni un segundo. Y yo lo escucho como si sus palabras fueran lo más fascinante del mundo, porque para mí lo son.

Y por las noches… Dios. Por las noches nos follamos como si el mundo fuera a acabarse. En su cama, en la mía, en el sofá, en la ducha, contra la pared del pasillo porque no podemos esperar a llegar a ningún sitio. Leo me toca como si fuera algo sagrado y me

folla como si quisiera dejarme su marca grabada en la piel. Me dice palabras sucias y dulces mezcladas que me hacen arder. Y yo le devuelvo cada caricia, cada gemido, cada «Dios, Leo, no pares» hasta que los dos acabamos destrozados y satisfechos y listos para empezar otra vez.

Es perfecto. Demasiado perfecto. Y ese es justo el problema.

Porque esto no es real. Esto son vacaciones. Esto es una burbuja que va a explotar en cuanto volvamos a Nueva York y tengamos que enfrentarnos a la realidad de que somos rivales por el mismo puesto y que a lo mejor esto ha sido un error gigantesco desde el principio.

Pero no quiero pensar en eso. Todavía no. Así que no lo hago.

Hasta hoy.

Estamos en el salón, cada uno con su portátil abierto sobre la mesa baja. Llevamos una hora trabajando en silencio, el sonido de las teclas y el mar de fondo creando una banda sonora extrañamente relajante. Yo estoy revisando mi código para el proyecto de la competición, intentando optimizar una función que se está volviendo demasiado compleja, y Leo está… bueno, no sé qué está haciendo Leo. Tiene el ceño fruncido de esa forma que me gusta, mordiéndose el labio mientras sus dedos vuelan sobre el teclado.

Y entonces dice:

—¿Puedo ver tu código?

Me tenso de inmediato.

—¿Qué?

Leo levanta la vista de su pantalla.

—Tu código. El que estás revisando. Pareces frustrada. Quizás pueda ayudarte.

Y ahí está. Esa vocecita en mi cabeza que lleva días susurrando y que ahora grita: «¿Ves? Quiere ver tu proyecto. Quiere saber qué estás haciendo para poder superarte. Todo esto es una estrategia. Nada puede ser tan maravilloso.»

—No gracias. Estoy bien —respondo, más brusca de lo que pretendo.

Leo me mira durante un segundo demasiado largo.

—Vale.

Y vuelve a su portátil. Sin insistir. Sin presionar. Como si mi respuesta no le hubiera dolido, aunque puedo ver la tensión en sus hombros que dice lo contrario.

Trabajo durante otros diez minutos, pero la función sigue sin funcionar como quiero. Hay un bucle que se está comiendo demasiados recursos y no consigo encontrar la forma de optimizarlo sin romper la lógica completa. Me masajeo las sienes, frustrada, y escucho cómo Leo deja de teclear.

—Grace.

—¿Qué?

—Déjame ayudarte.

—He dicho que estoy bien.

—Y yo sé que no es verdad. —Su voz sale tranquila, paciente—. Llevas una hora con el mismo problema. Y sé que eres brillante, pero a veces un par de ojos frescos ayudan.

Me giro hacia él, lista para soltarle que no necesito su ayuda, que puedo hacerlo sola, que no voy a dejar que me sabotee. Pero entonces veo su cara. Esa expresión abierta, honesta, sin un ápice de malicia. Y por dentro me ablando.

—Vale —murmuro—. Pero solo un vistazo rápido.

Leo se levanta del sofá y se sienta a mi lado, tan cerca que su muslo presiona contra el mío. Giro el portátil hacia él y señalo la función problemática. Leo la lee en silencio, sus ojos recorren las líneas de código con esa velocidad que tiene para procesar información. Y entonces dice:

—Aquí está el problema. Este bucle anidado. Estás iterando dos veces cuando solo necesitas hacerlo una. Si reestructuras la lógica así… —Sus dedos se mueven sobre mi teclado, rápidos y seguros, modificando el código con una precisión que me deja sin aire—. Ves. Ahora solo iteras una vez y consigues el mismo resultado con la mitad de los recursos.

Miro la pantalla. Ejecuto la función. Y demonios. Funciona sin un fallo. Es elegante. Es eficiente. Es justo lo que necesitaba y no había conseguido ver.

—¿Cómo…? —Me callo. Trago saliva—. Gracias.

Leo me mira. Esos ojos marrones clavados en los míos.

—De nada.

Y vuelve a su sitio. Como si nada. Como si no acabara de ayudarme con algo que me habría llevado horas resolver sola. Como si no estuviéramos compitiendo por el mismo puesto.

Y eso es lo que me hace decirlo. Esa generosidad que no entiendo. Esa amabilidad que no pega con la narrativa que me he construido en la cabeza de que Leo es mi rival y que todo esto es una estrategia.

—¿Es por eso que estás haciendo esto? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Mi voz suena ligera, como si fuera una broma, pero ambos sabemos que no lo es.

Leo deja de teclear. Me mira.

—¿Hacer qué?

—Esto. —Hago un gesto vago entre nosotros—. Acostarte conmigo. Ayudarme con mi código. ¿Es para que tenga que elegir entre el ascenso y esto? ¿O para descubrir qué estoy haciendo y poder sabotearme?

El silencio que sigue es ensordecedor. Leo me mira como si acabara de abofetearlo. Y quizás lo he hecho. Quizás acabo de cruzar una línea que no debería haber cruzado. Pero no puedo retractarme ahora.

—¿De verdad piensas eso de mí? —Su voz sale baja. Controlada. Pero puedo oír el dolor debajo.

—Yo no sé qué pensar, Leo. Somos rivales. Competimos por el mismo puesto. Y de repente estamos acostándonos. —Me callo. Respiro hondo—. Es demasiado perfecto. Todo esto. Tú. Tiene que haber algo más.

Leo cierra su portátil. Se levanta del sofá. Y por un momento pienso que va a irse, que va a largarse de aquí y dejarme sola con mi paranoia y mi incapacidad de creer que algo bueno pueda ser real. Pero no lo hace. En cambio, saca su móvil del bolsillo. Teclea algo. Y entonces mi portátil emite un pitido.

—¿Qué haces?

—Acabo de enviarte mi proyecto completo. —Leo me mira con una intensidad que me atraviesa—. Todo. Cada línea de código.

Cada documento. Cada nota. Para que puedas verlo y quitarte eso de la cabeza.

Me quedo mirándolo, incapaz de procesar lo que acaba de hacer.

—Leo.

—No te estoy usando, Grace. —Su voz tiembla ligeramente—. No me estoy acostando contigo para sabotearte. No te estoy ayudando para descubrir qué estás haciendo. Te estoy ayudando porque me importas. Porque eres brillante y me gusta verte trabajar. Porque cuando estás frustrada con tu código se me parte el alma y quiero arreglarlo.

—No puedes… —Me callo. El corazón me late tan fuerte que me duele—. No puedes decirme esas cosas.

—¿Por qué no? Son verdad.

—Porque estamos compitiendo. Porque uno de los dos va a ganar y el otro va a perder y entonces todo esto se va a acabar.

—Me gustas desde el principio, Grace. —Leo me corta, y hay algo desesperado en su voz—. Desde el primer día que te vi en la oficina. Llevas dos años volviéndome loco y no tenía ni idea de cómo acercarme a ti sin cagarla. Así que competía contigo porque al menos así estabas cerca. Al menos así me mirabas.

No puedo respirar. No me entra el aire. Porque Leo Carter acaba de confesar que le gusto. Que lleva dos años sintiendo algo por mí. Y eso no puede ser verdad. No puede. Porque Leo es perfecto. Es inteligente y divertido y está buenísimo y es amable y me entiende como nadie me ha entendido nunca. Y alguien así no puede fijarse en alguien como yo. En la graciosa. En la bocazas. En la que nunca se toma nada en serio.

A menos que sea mentira. A menos que esto sea justo lo que pensaba. Una estrategia. Una forma de confundirme para que baje la guardia y entonces él pueda ganar.

—No —susurro.

Leo parpadea.

—¿No qué?

—No me hagas esto. —Me levanto del sofá, alejándome de él—. No me digas esas cosas cuando sé que no pueden ser verdad.

—Grace.

—Eres demasiado perfecto, Leo. Demasiado bueno. Demasiado todo. Y yo soy… yo. La que siempre mete la pata. La que nadie se toma en serio. Así que si me estás diciendo esto para que piense que me quieres cuando en realidad solo quieres ganar…

—¿Me estás llamando mentiroso?

La pregunta sale tan baja, tan dolida, que me hace parar en seco.

—No. Yo… no sé. —Me revuelvo el pelo con las dos manos—. No sé qué pensar, Leo. Esto es demasiado. Demasiado rápido. Demasiado…

—Verdadero —termina él—. Eso es lo que es. Y eso es lo que te asusta.

Y puede que tenga razón. Pero no puedo admitirlo. No puedo dejar que me vea así de asustada, así de vulnerable. Así que hago lo que siempre hago. Me protejo.

—Necesito estar sola —digo.

Y me voy a mi habitación antes de que pueda ver la expresión en la cara de Leo. Antes de que pueda arrepentirme. Antes de que pueda hacer algo estúpido como creerle.

Me meto en la cama sin desvestirme. Me tapo con las sábanas hasta la cabeza. Y me quedo ahí, en la oscuridad, con el corazón latiéndome tan fuerte que lo oigo en los oídos, procesando lo que acaba de pasar.

Leo me ha dicho que le gusto desde el principio. Que lleva dos años sintiendo algo por mí. Me ha enviado su proyecto completo para demostrarme que no me está usando. Ha confesado todo eso con una honestidad que me ha atravesado entera.

Y yo lo he llamado mentiroso. He insinuado que me está manipulando. He rechazado cada palabra que ha salido de su boca porque soy incapaz de creer que alguien como él pueda querer a alguien como yo.

—Mierda —susurro en la oscuridad.

Porque acabo de darme cuenta de algo. Acabo de darme cuenta de que llevo todas las vacaciones enamorándome de Leo Carter. Y eso me aterra más que cualquier otra cosa que me haya pasado en la vida. Porque si me permito sentir esto, si me permito creerle, y

luego resulta que estaba equivocada… si resulta que todo esto ha sido una mentira después de todo…

No sobreviviré.

Así que tomo una decisión. Una decisión cobarde, una decisión de mierda, pero una decisión al fin y al cabo.

Mañana me voy.

Vuelvo a Nueva York. Pongo distancia entre nosotros. Termino mi proyecto. Gano la competición. Y me olvido de que todo esto ha pasado.

Es la única forma de protegerme. La única forma de no salir del todo destrozada.

Me duermo con esa decisión tomada. Y con el sabor amargo de la cobardía en la boca.

CAPÍTULO 14

GRACE

Me despierto con el sol apenas asomándose por el horizonte y la decisión ya tomada. No he dormido bien. He pasado la noche dando vueltas en la cama, procesando la conversación con Leo, sus palabras repitiéndose en mi cabeza como un disco rayado. «Me gustas desde el principio. Llevas dos años volviéndome loco.» Y cada vez que las recuerdo, se me aprieta el pecho de una forma que no puedo soportar.

Me levanto despacio, intentando no hacer ruido. La cabaña está en silencio. Leo debe de seguir durmiendo. Mejor. No podría mirarlo a la cara ahora mismo. No después de lo que le dije anoche. No después de haberlo llamado mentiroso cuando lo único que ha hecho es ser honesto conmigo.

Cojo mi maleta del armario. Empiezo a meter las cosas dentro sin ningún orden. Ropa, neceser, cargadores. Las manos me tiemblan un poco y tengo que parar un momento para respirar. Esto está bien. Esto es lo correcto. Quedarme solo haría que todo fuera más difícil. Más doloroso. Es mejor cortar por lo sano ahora, antes de que esto se convierta en algo de lo que no pueda recuperarme.

Termino de hacer la maleta en diez minutos. Cojo el móvil y busco vuelos de vuelta a Nueva York. Hay uno que sale dentro de tres horas. Es carísimo, una barbaridad por un billete de última hora, pero me da igual. Lo reservo sin pensarlo dos veces. El email de confirmación llega casi al instante y con él la realidad de lo que estoy haciendo. Me voy. Estoy huyendo. Otra vez.

Miro hacia la puerta de mi habitación. Al otro lado, a unos metros, está la habitación de Leo. Podría ir. Podría despertarlo. Podría explicarle… ¿qué? ¿Que tengo tanto miedo de lo que siento que

prefiero salir corriendo? ¿Que no puedo creer que alguien como él pueda sentir algo por alguien como yo? ¿Que cada palabra que me dijo anoche suena demasiado perfecta para ser verdad y que por eso tiene que ser mentira?

No. Es mejor así. Más rápido. Más limpio. Sin despedidas que solo harían esto más complicado.

Cojo mi maleta. Salgo de la habitación sin mirar atrás. Cruzo el salón de puntillas, como una ladrona en mitad de la noche aunque ya es de día. Veo el sofá donde nos hemos acostado más veces de las que puedo contar. La mesa donde hemos comido cada noche. La terraza donde hemos visto atardeceres que parecían sacados de una postal. Y me rompo un poco más con cada paso que doy hacia la puerta.

Salgo de la cabaña. El aire de la mañana es fresco, casi frío contra mi piel. El mar está en calma, el agua brillando bajo la luz dorada del amanecer. Es precioso. Es perfecto. Y lo odio. Odio que este lugar haya sido tan perfecto. Odio que estos días con Leo hayan sido los mejores de mi vida. Odio que ahora tenga que irme y fingir que esto no ha significado nada.

El transporte que he pedido ya me está esperando. Meto la maleta en el maletero. Me subo al asiento trasero. Y no miro atrás. No puedo. Si miro atrás, si veo la cabaña donde he dejado a Leo durmiendo, donde he dejado la única oportunidad de ser feliz que he tenido en años, no voy a poder hacerlo. Así que miro hacia delante. Y le digo al conductor que arranque.

El viaje al aeropuerto se me hace eterno y demasiado corto a la vez. Cada kilómetro que me aleja de Leo hace que se me cierre más el estómago. Intento convencerme de que estoy haciendo lo correcto. Que esto es lo mejor para los dos. Que volver a Nueva York, terminar mi proyecto, ganar la competición, es lo que importa. Es lo que siempre ha importado. Que Leo es una distracción. Un paréntesis. Algo que nunca debería haber pasado.

Pero no me lo creo. Ni una sola palabra.

Llego al aeropuerto. Hago el check-in. Paso el control de seguridad. Me siento en la puerta de embarque y miro el móvil. Ningún mensaje de Leo. Claro. Todavía debe de estar durmiendo.

Todavía no sabe que me he ido. Y cuando se despierte y descubra que no estoy… ¿qué va a pensar? ¿Que soy una cobarde? ¿Que tenía razón sobre mí desde el principio?

Las dos cosas, supongo.

Anuncian mi vuelo. Me levanto. Camino hacia la puerta de embarque con las piernas pesadas como si llevara piedras atadas a los tobillos. Subo al avión. Me siento en mi asiento junto a la ventanilla. Y cuando el avión despega, cuando veo las Maldivas haciéndose cada vez más pequeñas debajo de mí, cuando la cabaña donde he dejado a Leo se convierte en un punto invisible en el horizonte, es cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

He huido del único hombre que me ha hecho sentir que valgo la pena.

El vuelo dura demasiadas horas. Y yo no puedo dormir, no puedo comer, no puedo hacer otra cosa que darle vueltas a todo. A cada conversación que hemos tenido. A cada beso. A cada vez que Leo me ha mirado como si fuera lo más importante del mundo. A cómo anoche me dijo que le gusto desde el principio y yo le respondí acusándolo de mentiroso.

Soy idiota. Una idiota cobarde que no sabe hacer otra cosa que huir cuando algo se pone real.

Aterrizamos en Nueva York de madrugada. El contraste con las Maldivas es brutal. Aquí hace frío. El cielo está gris. La ciudad es ruidosa y caótica y todo lo contrario a la paz que he tenido estos días. Cojo un taxi a casa. El trayecto se me hace eterno. Cuando por fin llego a mi apartamento en Queens, cuando abro la puerta y entro en el silencio de un piso vacío porque mi hermana debe de estar con Jack, es cuando la realidad me golpea con fuerza.

Estoy sola. Sola del todo. Y es culpa mía.

Me dejo caer en el sofá sin quitarme los zapatos. Miro alrededor. Mi piso. Mi vida. Todo está tal y como lo dejé. Nada ha cambiado aquí. Pero yo sí he cambiado. He estado en el paraíso con un hombre que me ha hecho sentir cosas que no sabía que podía sentir. Y ahora estoy de vuelta en la realidad. En mi vida de siempre. Sola. Como siempre he estado.

Como estaré siempre, me temo.

Me tapo la cara con las manos. Y por primera vez en años, lloro. Lloro por Leo. Por lo que podríamos haber sido. Por lo que he tirado por la borda porque soy incapaz de creer que alguien pueda quererme de verdad. Lloro hasta que no me quedan lágrimas. Hasta que el agotamiento me vence. Y entonces me quedo dormida ahí mismo, en el sofá, con la ropa del viaje puesta y el corazón roto en mil pedazos.

LEO

Me despierto con el sol ya alto en el cielo. He dormido más de lo habitual. A lo mejor porque anoche no pegué ojo hasta pasadas las tres de la madrugada, dándole vueltas a la conversación con Grace, a cómo me miró cuando le dije que me gusta, a cómo huyó a su habitación como si acabara de confesarle que soy un asesino en serie.

Me levanto despacio. Me pongo unos pantalones de chándal. Salgo de mi habitación esperando encontrarla en la cocina, preparando café con ese desorden encantador que tiene para todo. Pero la cocina está vacía. El salón también. La terraza está desierta.

—¿Grace?

Silencio.

Voy hacia su habitación. Llamo a la puerta.

—¿Grace? ¿Estás despierta?

Nada. No hay respuesta.

Abro la puerta despacio, esperando encontrarla todavía dormida. Pero la cama está vacía. Hecha, como si nadie hubiera dormido en ella. Y entonces veo el armario. Abierto. Vacío.

Se me para el corazón.

No.

Entro en la habitación. Busco con la mirada. Su maleta no está. Su neceser tampoco. Ni su portátil. Ni su móvil cargándose en la mesita como cada mañana. Nada. No queda nada de Grace en esta habitación excepto el olor a su champú todavía flotando en el aire.

Se ha ido.

Grace se ha ido.

Salgo de su habitación. Camino por la cabaña como un autómata. Compruebo cada rincón esperando encontrar una nota. Algo. Lo que sea. Pero no hay nada. Solo el silencio. Solo la ausencia de Grace llenando cada espacio que hasta ayer ocupábamos juntos.

Me siento en el sofá. El mismo sofá donde anoche estábamos trabajando. Donde ella me acusó de estar con ella para sabotearla. Donde le confesé que me gusta desde que la conozco. Donde la cagué por no saber cómo hablarle sin que sonase a declaración de amor porque sé que la asustaría todavía más.

Me restriego la cara con las manos. Respiro hondo. Intento procesar lo que ha pasado. Grace ha huido. Se ha levantado esta mañana y ha decidido irse sin decirme nada. Sin despedirse. Sin darme la oportunidad de… ¿de qué? ¿De explicarme? ¿De convencerla de que no le estoy mintiendo?

Las palabras no han funcionado. Eso está claro. Le dije la verdad anoche y ella no me creyó. Pensó que la estaba manipulando. Que todo esto es una estrategia para ganar la competición. Y entonces huyó porque Grace huye cuando tiene miedo.

Y la entiendo. Porque yo también he tenido miedo durante dos años. Miedo de acercarme a ella. Miedo de que me conociera de verdad y decidiera que no le gustaba. Miedo de perderla antes de tenerla.

Y ahora la he perdido de todas formas.

Me levanto del sofá. Camino hacia la terraza. Miro el mar. El agua está en calma hoy. El sol brilla sobre la superficie como si nada hubiera cambiado. Como si mi mundo no acabara de desmoronarse.

Grace piensa que la estoy usando. Piensa que me acuesto con ella para sabotear su proyecto o para que tenga que elegir entre el ascenso y yo. Y nada de lo que le diga va a cambiar eso. Porque Grace no confía en las palabras. No confía en las promesas. Ha pasado toda su vida siendo la graciosa, la que nadie se toma en serio, y ahora no puede creer que alguien pueda tomarla en serio de verdad.

Necesita pruebas. No palabras. Datos. Hechos. Necesita que le demuestre que no estoy con ella por el trabajo.

Y solo hay una forma de hacerlo.

Tengo que retirarme de la competición.

Es la única opción. La única forma de demostrarle que lo que siento por ella no tiene nada que ver con el ascenso. Que prefiero perder el puesto antes que perderla a ella. Que ella vale más que cualquier trabajo del mundo.

Es lógico. Es simple. Es la solución correcta al problema.

Y me aterra. Porque ¿y si incluso eso no es suficiente? ¿Y si me retiro y ella sigue pensando que es una estrategia? ¿Y si he perdido mi única oportunidad con ella y ni siquiera me doy cuenta?

Pero tengo que intentarlo. Porque la alternativa es no hacer nada. Es dejar que Grace siga pensando que la he usado. Es perderla para siempre. Y eso no es una opción.

Vuelvo dentro de la cabaña. Cojo mi móvil. Busco vuelos de vuelta a Nueva York. Hay uno mañana. Lo reservo. Luego abro mi email. Empiezo a escribir. Un email a Robert, nuestro jefe. Directo. Claro. Sin rodeos.

Robert, necesito hablar contigo en cuanto vuelva a Nueva York. Es urgente. Es sobre la competición.

No le digo qué voy a hacer. No todavía. Eso se lo diré en persona. Pero necesito que sepa que voy en serio. Que esto no es una decisión impulsiva. Que he pensado en ello y sé exactamente lo que estoy haciendo.

Envío el email. Luego me siento en el sofá con el móvil en la mano. Miro la pantalla. Podría llamar a Grace. Podría escribirle. Podría intentar explicarme… pero no. Las palabras no han funcionado. Y una llamada o un mensaje solo la harían huir más. Tengo que demostrárselo con hechos. Y entonces, cuando vea que lo he hecho, cuando entienda que hablo en serio, quizás… quizás me dé una oportunidad.

Miro hacia la ventana. Hacia el mar. Hacia el cielo azul de las Maldivas que hasta hace un día compartía con Grace. Y susurro, tan bajo que apenas me oigo a mí mismo:

—Voy a luchar por ti, Grace.

Porque voy a hacerlo. Aunque tenga que perseguirla hasta Nueva York. Aunque tenga que retirarme de la competición. Aunque tenga que demostrárselo mil veces. No voy a parar.

Porque Grace Davis vale cada riesgo. Cada miedo. Cada paso que tenga que dar fuera de mi zona de confort.

Y voy a demostrárselo.

CAPÍTULO 15

LEO

El avión aterriza en Nueva York a las once de la mañana. No he dormido durante el vuelo. No he podido. Me he pasado todo el tiempo repasando lo que voy a decir, cómo voy a explicarle a Robert mi decisión. Cómo luego voy a recuperar a Grace.

Cojo un taxi directo a la oficina. Son las doce menos cuarto cuando llego. La oficina está llena, todo el mundo está trabajando.

Cruzo la oficina directo al despacho de Robert. Llamo a la puerta.

—Adelante.

Entro. Robert está sentado detrás de su escritorio, mirando la pantalla de su ordenador. Levanta la vista cuando me ve. Parpadea, sorprendido.

—Leo. No esperaba verte hasta… ¿no deberías estar de vacaciones todavía?

—Tengo que hablar contigo —digo—. Sobre la competición.

Robert se recuesta en su silla. Me mira con esos ojos que han visto demasiadas cosas en esta industria.

—Siéntate.

Me siento. Respiro hondo. Y lo suelto sin rodeos.

—Me retiro.

Silencio. Robert me mira unos segundos sin decir nada.

—¿Perdona?

—Me retiro de la competición. El puesto es para Grace. Ella es la mejor opción. Siempre lo ha sido.

—Leo. —Robert se inclina hacia delante—. ¿Estás seguro de esto? Ese puesto es el proyecto de tus sueños. Llevas años trabajando para algo así.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué te retiras?

—Porque hay cosas más importantes que un trabajo —digo. Y es la verdad. La verdad más simple que he dicho en mi vida—. Grace es más importante.

Robert me mira durante otro segundo largo. Y entonces asiente despacio.

—Vale. Si estás seguro.

—Lo estoy.

—Entonces acepto tu retirada. —Teclea algo en su ordenador—. Informaré a Grace de que el puesto es suyo.

Me levanto. Le tiendo la mano. Robert la estrecha.

—Gracias.

—Leo. —Me detiene antes de que pueda salir—. Espero que merezca la pena.

—Lo hace —digo sin dudarlo.

Y salgo del despacho.

GRACE

Estoy sentada en el sofá de mi apartamento, mirando la pantalla de mi portátil sin ver realmente nada, cuando suena mi móvil. Es el número de la oficina.

Miro la pantalla durante dos tonos antes de decidir contestar.

—¿Sí?

—Grace. Soy Robert. Tengo noticias sobre la competición.

Se me tensa todo el estómago de golpe. Porque todavía quedan varios días para entregar el proyecto. Todavía no debería llamarme.

—¿Qué noticias? —pregunto, y mi voz sale más aguda de lo que pretendo.

—Leo se ha retirado. Acaba de venir a mi despacho para decírmelo. El puesto es tuyo. Enhorabuena.

El mundo se detiene. Se detiene en seco. Como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa en el universo entero y yo me hubiera quedado suspendida en este momento imposible.

—¿Qué?

—Leo Carter se ha retirado de la competición. Ha dicho que el puesto debería ser tuyo. Que siempre has sido la mejor opción. Así

que oficialmente, Grace, eres la nueva lead developer de Eclipse.

—¿Cuándo? —interrumpo—. ¿Cuándo ha ido?

—Hace una hora. ¿Por qué?

Cuelgo.

Leo está en Nueva York.

No puedo procesar esto. Leo se ha retirado. Leo, el hombre más competitivo que conozco, el hombre que lleva años trabajando para esto, se ha retirado. Por mí. Para demostrarme que no está conmigo por el trabajo. Para demostrarme que dice la verdad. Estoy segura de que lo ha hecho por eso.

Y yo he huido de él. He pensado lo peor cuando lo único que ha hecho es ser honesto conmigo.

Me levanto del sofá. El corazón me late tan fuerte que me duele. Tengo que verlo. Tengo que hablar con él. Tengo que decirle que lo siento. Que estaba equivocada. Que soy una idiota. Que…

Que lo quiero.

Dios.

Lo quiero.

Estoy enamorada de Leo y acabo de darme cuenta en el momento más inoportuno posible.

Corro a mi habitación. Me pongo unos vaqueros. Una camiseta. Las zapatillas. Cojo el móvil. Y entonces me doy cuenta de un problema. No sé dónde vive Leo. Nunca he estado en su casa. Nunca me ha dado su dirección. No tengo ni idea de cómo encontrarlo.

Y desde luego no quiero hablar de algo tan importante por teléfono.

Vuelvo al salón. Abro mi portátil. Entro en el sistema de recursos humanos de la empresa. Es facilísimo. La seguridad es mediocre en el mejor de los casos. En dos minutos tengo su dirección. Un apartamento en el Upper West Side. No está lejos.

Cojo las llaves. Bajo las escaleras de dos en dos. Paro un taxi. Le doy la dirección al conductor. Y me paso todo el trayecto intentando respirar, intentando calmarme, intentando pensar qué voy a decirle cuando lo vea. Si es que está en casa.

«Lo siento» parece insuficiente. «Estaba equivocada» tampoco es suficiente. «Te quiero» es lo único que importa pero no sé cómo decirlo sin que suene a mentira después de cómo lo he tratado.

El taxi se detiene delante de un edificio de ladrillo rojo. Pago. Salgo. Miro hacia arriba. Quinto piso. Apartamento 5B según la base de datos.

Entro en el edificio. Subo en el ascensor. Cada piso que pasa hace que el corazón se me acelere más. Cuando llego al quinto, cuando salgo y camino por el pasillo hasta su puerta, estoy jadeando como si hubiera subido corriendo.

Me quedo ahí. Delante de su puerta. Con la mano levantada. Sin atreverme a llamar. Porque ¿y si no quiere verme? ¿Y si ya es demasiado tarde? ¿Y si me odia por haber decidido retirar su candidatura porque se ha sentido obligado?

Para.

Respira.

Llama a la puta puerta, Grace.

Llamo.

Tres golpes. Firmes. Decididos.

Silencio.

Y entonces escucho pasos. Acercándose. La puerta se abre.

Y ahí está Leo.

Con pantalones vaqueros y una camiseta gris. Descalzo. Con el pelo revuelto como si se hubiera pasado las manos por él mil veces. Sus ojos marrones se clavan en los míos con una intensidad que me atraviesa.

—Grace —dice. Y hay tantas cosas en esa palabra. Sorpresa. Esperanza. Miedo. Todo a la vez.

—¿Por qué lo has hecho? —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas—. ¿Por qué te has retirado?

Leo me mira durante un segundo. Luego da un paso atrás, dejándome espacio para entrar.

—Pasa.

Entro. El apartamento es… muy Leo. Ordenado pero vivido. Estanterías llenas de libros. Un escritorio enorme con tres pantallas.

Ventanales que dan a la ciudad. Y silencio. Tanto silencio que puedo oír mi propio corazón.

Leo cierra la puerta. Se gira hacia mí. Y dice, con esa honestidad brutal que me mata:

—Porque necesitabas pruebas para saber que lo que siento por ti es real, no palabras. Porque lo que te estaba haciendo dudar era la competición. Así que la he quitado de la ecuación.

—Ese puesto es nuestro sueño —digo, y la voz me tiembla—. Llevamos años trabajando para esto. Los dos. Tú también.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué…?

—Porque eres más importante que cualquier trabajo del mundo. —Leo da un paso hacia mí—. Porque prefiero perder el ascenso antes que perderte a ti. Porque te quiero, Grace. Estoy enamorado de ti. Llevo enamorado de ti desde el primer día que te vi en esa oficina hace dos años.

Se me olvida respirar. Se me olvida hasta cómo funciona el oxígeno. Porque Leo Carter acaba de decirme que me quiere. Que está enamorado de mí.

—¿Estás enamorado de mí? —consigo preguntar.

—Sí. —Leo sigue acercándose. Despacio. Como si tuviera miedo de asustarme—. Llevo dos años mirándote desde lejos y no sabiendo cómo decírtelo. Dos años compitiendo contigo porque al menos así estabas cerca. Dos años volviéndome loco porque no tenía ni idea de cómo conseguir que me vieras como algo más que tu rival.

—Leo…

—Y lo que más me pone de ti, lo que me vuelve loco perdido, es lo inteligente que eres. —Su voz sale más baja, más ronca—. Tu cerebro. Tu forma de pensar. Tu código. Cómo resuelves problemas. Cómo ves patrones donde nadie más los ve. Eso me enciende más que cualquier otra cosa. Eres brillante, Grace. Eres jodidamente brillante y eso me pone a mil.

No puedo procesar esto. Es demasiado. Es todo lo que he querido oír y al mismo tiempo me aterra porque significa que es real. Que lo que siento no es una locura. Que él también lo siente.

—Y tengo que confesarte algo más —dice Leo. Y hay algo vulnerable en su voz que hace que lo mire—. Algo que quizás debería darte miedo, pero espero que no.

—¿El qué?

Leo respira hondo.

—Hackeé el sistema del resort. Manipulé las reservas. Para que acabáramos en la misma cabaña.

Me quedo helada.

—¿Qué?

—No fue un error. No fue casualidad. Fui yo. —Leo me sostiene la mirada—. Te escuché decir que habías reservado esa cabaña. Y reservé la misma. Manipulé el código para que el sistema permitiera la doble reserva. Porque necesitaba estar cerca de ti. Porque necesitaba una oportunidad para demostrarte que no soy solo tu rival. Que podía ser más.

Nos quedamos en silencio. Un silencio tan completo que puedo oír el tráfico de la calle cinco pisos más abajo.

Y entonces me río.

No puedo evitarlo. La risa sale de mi garganta como una explosión. Fuerte. Genuina. Casi histérica.

Leo me mira como si acabara de perder la cabeza.

—¿Grace?

—Hackeaste el sistema —digo entre risas—. Hackeaste un sistema de reservas de un resort en las Maldivas para poder estar cerca de mí.

—Sí —dice Leo, todavía confundido por mi reacción.

—Eso es… —Me callo. Respiro. Intento controlar la risa—. Eso es lo más romántico y más friki que alguien ha hecho por mí en la vida.

Leo parpadea.

—¿Romántico?

—Sí, Leo. Romántico. —Doy un paso hacia él. Luego otro—. Porque alguien que hackea un sistema para pasar tiempo conmigo me está tomando muy en serio. Porque alguien que renuncia al trabajo de sus sueños para demostrarme que no me está usando me está diciendo que soy más importante que cualquier otra cosa.

Porque tú me ves. De verdad me ves. Y me tomas en serio. Y eso es lo único que he querido en toda mi vida.

—Grace. —Mi nombre sale de su boca como una súplica.

—Estoy enamorada de ti —digo. Y las palabras salen más fáciles de lo que esperaba. Como si llevaran años esperando salir—. Estoy enamorada de ti y me aterra. Me aterra porque nunca he sentido algo así. Porque eres perfecto para mí. No demasiado perfecto. Perfecto PARA MÍ. Como si alguien hubiera diseñado al hombre ideal para Grace Davis y te hubiera puesto en mi camino. Y he tenido tanto miedo de que fuera mentira que preferí huir antes de arriesgarme a que me rompieras el corazón.

Leo cierra la distancia entre nosotros en dos pasos. Sus manos suben a mi cara, grandes y calientes, temblando un poco.

—No voy a romperte el corazón —dice, y su voz sale rota—. Jamás. Te lo prometo. Voy a cuidarlo como si fuera lo más valioso que tengo. Porque lo es.

Y entonces me besa.

Me besa como si llevara años esperando este momento. Me besa como si yo fuera el aire y él se estuviera ahogando. Me besa como si esto fuera lo único que importa en el mundo. Y yo le devuelvo el beso con la misma intensidad, con la misma desesperación, con la misma certeza absoluta de que esto es real. Que lo que siento es real. Que él es real.

Nos separamos solo cuando necesitamos respirar. Jadeando. Con las frentes apoyadas. Los ojos cerrados. Las manos aferradas al otro como si soltarnos fuera una opción imposible.

—Te quiero —susurro contra sus labios.

—Te quiero —responde él. Y luego otra vez—. Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Como si las palabras llevaran dos años atascadas y ahora no pudiera dejar de decirlas.

—Soy un desastre —digo—. Soy bocazas y caótica y voy a sacarte de quicio más de una vez.

—Bien. —Leo me besa otra vez. Suave. Tierno—. Me gusta que me saques de quicio. Me gusta todo de ti. Incluso las cosas que no deberían gustarme. Especialmente esas.

—Voy a ganar todas las discusiones.

—Lo sé.

—Y voy a seguir corrigiéndote el código.

—Espero que lo hagas.

—Y voy a soltar más bromas terribles sobre hackear sistemas.

—No me sorprende.

Me río. Él sonríe. Y en este momento, en este apartamento en el Upper West Side con Leo sosteniéndome como si fuera algo precioso, me doy cuenta de algo. Me doy cuenta de que por primera vez en mi vida no tengo miedo. No tengo miedo de que no me tomen en serio. No tengo miedo de no ser suficiente. No tengo miedo de perder.

Porque ya he ganado. He ganado esto. He ganado a Leo. He ganado la oportunidad de ser feliz de verdad.

—¿Te quedas? —pregunta Leo. Y hay tanta esperanza en su voz que me parte el corazón.

—Me quedo —respondo sin dudar ni un segundo—. Me quedo ahora. Me quedo mañana. Me quedo todo el tiempo que me dejes.

—Entonces te quedas para siempre.

Y me besa otra vez. Y esta vez no paramos.

EPÍLOGO

LEO

Cuatro meses después

Me despierto con Grace enredada a mi alrededor como una enredadera particularmente posesiva. Tiene una pierna entre las mías, un brazo sobre mi pecho, y la cara enterrada en mi cuello. Su pelo me hace cosquillas en la barbilla. Su respiración es cálida contra mi piel. Y el peso de su cuerpo sobre el mío es perfecto.

Llevamos cuatro meses viviendo juntos. Grace apareció una semana después de nuestra confesión con dos maletas y una caja llena de figuras de videojuegos diciendo «mi hermana ha encontrado novio y necesitan privacidad». No mencionó que podría haberse quedado en su apartamento. Solo apareció con sus cosas y esa sonrisa nerviosa que significa que está haciendo algo importante disfrazándolo de broma.

Le ayudé a subir las maletas sin decir nada. Le hice sitio en el armario. Y cuando me preguntó «¿estás seguro de esto?» le respondí «del todo».

Ha sido la mejor decisión de mi vida.

Grace se mueve contra mí. Hace ese sonido entre un gruñido y un suspiro que hace cuando está despertándose. Sus dedos se flexionan contra mi pecho.

—Buenos días —murmura sin abrir los ojos.

—Buenos días.

—¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarto.

—Es demasiado temprano. —Se acurruca más—. Cinco minutos más.

Sonrío. «Cinco minutos más» en el vocabulario de Grace significa media hora mínimo.

—Tenemos reunión a las nueve y media.

—Mentira. Tú quieres revisar código. Yo quiero dormir.

—Ayer dijiste que querías revisar la integración.

—Ayer yo era idiota. Hoy soy sabia y sé que la cama es mejor que el código.

Me río. Grace levanta la cabeza para mirarme, con los ojos medio cerrados y el pelo todo revuelto.

—¿De qué te ríes?

—De ti.

—Grosero. —Me da un golpe suave en el pecho—. Por eso no te hago el desayuno.

—Tú nunca haces el desayuno.

—Exacto. Y ahora tienes confirmación de por qué.

La beso. Suave. Perezoso. Grace suspira contra mis labios. Sus dedos suben por mi cuello, se hunden en mi pelo. Y el beso se hace más profundo. Mis manos bajan por su espalda. Encuentran el borde de mi camiseta que lleva puesta. Porque Grace duerme con mi ropa y eso hace cosas a mi cerebro que no puedo explicar.

—Eh, tortolitos. —La voz de mi hermana atraviesa la puerta cerrada—. Hay café recién hecho. Y si vais a hacer ruidos raros, avisad para que me ponga los cascos.

Grace se separa de mí riendo.

—Tu hermana es lo peor.

—Lo sé.

—Pero también la quiero.

—Yo también. Aunque a veces me planteo echarla.

—Mentiroso. —Grace me besa otra vez. Rápido—. Anda. Vamos. Antes de que entre.

Nos levantamos. Nos vestimos. Salimos al salón donde mi hermana está en el sofá con su portátil, taza de café en mano, mirando algo en la pantalla con el ceño fruncido. Levanta la vista cuando entramos.

—Buenos días, parejita. Grace, tu pelo es un desastre.

—Buenos días a ti también —responde Grace yendo directa a la cocina a por café.

Mi hermana me mira con esa expresión que significa «cuándo vas a pedírselo». Le lanzo una mirada de «cállate». Ella sonríe. Porque sabe lo del anillo. Lo compré hace dos semanas. Está escondido en el cajón de mi mesita. Esperando el momento perfecto.

Grace vuelve con dos tazas de café. Me pasa una. Se sienta a mi lado en el sofá, con las piernas dobladas debajo de ella, robándome calor corporal como hace siempre.

—¿Qué tal el código? —le pregunto a mi hermana.

—Un desastre. Tengo un bug que no encuentro y me está volviendo loca.

—Enséñamelo —dice Grace inclinándose para ver la pantalla.

Y así es como pasamos la siguiente media hora. Los tres mirando el código de mi hermana, sugiriendo soluciones, debatiendo sobre la mejor forma de resolver el problema. Grace lo encuentra primero, como siempre. Señala una línea que todos habíamos pasado por alto. Mi hermana maldice. Grace sonríe victoriosa. Y yo solo puedo mirarla pensando en lo brillante que es, joder.

—Eres una diosa —le dice mi hermana—. Leo, cásate con ella antes de que se dé cuenta de que puede hacerlo mejor.

Grace se ríe. Yo me atraganto con el café.

—Ignórala —consigo decir—. Dice tonterías.

—Siempre dice tonterías —concuerda Grace. Pero me está mirando con una expresión que no sé leer.

Mi hermana nos mira a los dos con esa sonrisa de «lo sabía» y vuelve a su portátil. Grace y yo terminamos el café. Nos preparamos para ir a la oficina. Ella coge su mochila. Yo cojo mi portátil. Y salimos juntos, como hacemos cada día.

La oficina es caos controlado, como siempre. Grace es la lead developer de Eclipse. Yo soy su segundo al mando. Trabajamos como un equipo. Ella toma decisiones. Yo las apoyo. O las discuto cuando creo que está equivocada. Y entonces tenemos debates

técnicos que el resto del equipo observa como si fuéramos un espectáculo deportivo.

La reunión de la mañana termina. Grace y yo volvemos a nuestras mesas, que están una al lado de la otra. Abrimos los portátiles. Y durante las siguientes horas trabajamos en silencio, solo interrumpido cuando uno necesita la opinión del otro.

—¿Cómo resolverías esto? —pregunta Grace girando su pantalla hacia mí.

Miro el código. Proceso el problema. Sugiero una solución. Ella la considera. La mejora. La implementa. Funciona. Como siempre.

Porque Grace es brillante. Y trabajar con ella es el mayor privilegio de mi vida. Ver cómo piensa. Cómo resuelve problemas. Cómo convierte ideas en código elegante. Es como ver su cerebro trabajar. Y me enamoro de ella un poco más cada vez.

—¿Qué? —pregunta sin levantar la vista—. Puedo sentir que me miras.

—Estaba pensando en lo brillante que eres.

—Deja de ser raro.

—No es ser raro. Es un hecho.

—Es raro. —Pero está sonriendo—. Ahora cállate y ayúdame con esta integración.

Al final del día, cuando la oficina está casi vacía, Grace estira los brazos por encima de la cabeza.

—Estoy muerta.

—¿Vamos a casa?

—Sí. Y luego me vas a dar de comer y a hacerme cosas sucias.

—Puedo hacer eso.

—Lo sé. Por eso te quiero.

Sonrío. Recogemos nuestras cosas. Salimos juntos. Paramos un taxi. Grace se acurruca contra mi lado durante el trayecto, su cabeza en mi hombro, mi brazo alrededor de ella.

—¿En qué piensas? —pregunta.

—En que hace cuatro meses estaba convencido de que te había perdido.

—Técnicamente me habías perdido.

—Y ahora estás aquí.

—Técnicamente estoy en un taxi.

—Grace.

—Leo. —Me mira sonriendo—. Ya sé lo que vas a decir. Que soy lo mejor que te ha pasado. Que cada día es un regalo. ¿Me equivoco?

—No.

—Entonces déjame decirte algo yo. —Se incorpora para mirarme bien—. Tú también eres lo mejor que me ha pasado. Eres el primero que me ha tomado en serio. El primero que me ha visto de verdad. Y eso es todo, Leo.

Se me cierra la garganta. Porque Grace no hace confesiones emocionales en mitad de un taxi. Pero cuando lo hace, cuando baja esa armadura, es lo más valioso que tengo.

—Te quiero —digo.

—Lo sé. —Sonríe—. Yo también te quiero. Ahora vamos a casa.

Esa noche, después de cenar, después de que mi hermana se haya ido a dormir, Grace y yo estamos en el sofá. Ella con las piernas sobre mi regazo. Yo con una mano en su tobillo, dibujando círculos ausentes. La tele de fondo. Conversación ligera. Momento perfecto.

Y pienso en el anillo en mi mesita de noche. En cómo he estado esperando el momento perfecto. Pero miro a Grace ahora, con pasta todavía en la comisura de la boca, hablándome de un bug que no consigue resolver, y pienso que este es el momento perfecto. No porque sea especial. Sino porque es nosotros. Real. Cotidiano. Perfecto en su imperfección.

—Grace.

—¿Mmm?

—Tengo que preguntarte algo.

—Si es sobre el código de mañana, la respuesta es que sí, puedes revisarlo.

—No es sobre código.

Algo en mi voz hace que me mire. De verdad me mire. Con esos ojos verdes que me encantan.

—¿Qué pasa?

Me levanto. Voy a la habitación. Cojo el anillo del cajón. Vuelvo. Grace me está mirando con una expresión entre confusión y… ¿esperanza?

Me arrodillo delante del sofá. Abro la cajita. Y su cara. Joder. Su cara es todo.

—Leo… —Su voz sale rota.

—Grace. Eres lo más brillante que he visto en mi vida. Tu cerebro me vuelve loco. Tu forma de pensar me enciende. Tu código es poesía. Y tú eres la mujer más increíble del mundo. ¿Quieres casarte conmigo?

Grace me mira. Al anillo. A mí. De vuelta al anillo. Y entonces se ríe. Esa risa que significa que está abrumada pero feliz.

—Eres un friki —dice.

—Soy tu friki.

—Sí. —Se lanza del sofá a mis brazos. Casi nos caemos los dos—. Sí, demonios, sí. Sí quiero casarme contigo.

La beso. Profundo. Necesitado. Con todo lo que siento. Y cuando nos separamos, cuando le pongo el anillo en el dedo, cuando ella lo mira con esos ojos brillantes, sé que esto es todo lo que siempre quise y no sabía cómo pedir.

—Te quiero —susurro.

—Te quiero —responde. Y luego—. Pero si hackeaste el sistema de la joyería para conseguir este anillo, necesito saberlo.

Me río. Porque es tan Grace.

—No hackeé nada. Esta vez.

—Esta vez —repite—. Dios. Me voy a casar con un criminal informático.

—Solo hackeé un sistema una vez. Y fue por una buena causa.

—¿Yo soy una buena causa?

—La mejor causa del mundo.

Grace me besa otra vez. Y en algún sitio de la casa, escucho a mi hermana gritar «¡POR FIN!» y, casi seguro, llamar a alguien para cobrar una apuesta. Pero no me importa. Porque tengo a Grace. Tengo su sí. Tengo esto.

Y es todo lo que necesito.

EXTRA «CUPIDO, LA QUE HAS LIADO»

SYDNEY

He mentido para escaparme del trabajo.

Que conste que odio mentir y que encima se me da fatal, pero no me ha quedado más remedio. Estoy segura de que, Jasmine, mi compañera, se ha dado cuenta de que mi patética excusa de «tengo una revisión dental urgente» (que, por cierto, no existe. Es como decir que tienes una emergencia de pedicura) era una completa mentira. Y encima, si no vuelvo a tiempo para el entrenamiento de esta tarde, los jugadores van a estar hechos polvo para el partido del sábado.

Pero aquí estoy, en la consulta de la doctora Herrero, esperando a que me mire a ver si tengo quistes en los ovarios como mi hermana Sloane o algo peor. Porque tiene que ser eso, ¿no? Los dolores, la regla que no aparece, el cansancio que me tiene arrastrando los pies por el Knights Arena como un zombi. Todo apunta a que tengo problemas ginecológicos de manual.

No voy a negar que estoy nerviosa.

La consulta huele a ese desinfectante que usan en todos los sitios médicos, mezclado con un ambientador de lavanda que no engaña a nadie. Las paredes están pintadas de verde menta, un color que supuestamente tranquiliza a la gente, pero que a mí solo consigue ponerme más nerviosa, porque me recuerda al uniforme de las enfermeras de los hospitales de las películas de terror. Además, hay un póster de la anatomía femenina que me mira con reproche, como si supiera que llevo tres semanas ignorando que algo va mal en mi cuerpo.

—Perdona el retraso, Sydney. —La doctora Herrero entra con esa prisa controlada que tienen todos los médicos cuando van pillados de tiempo—. La consulta con el paciente anterior se ha alargado más de lo previsto.

—No pasa nada. —Me incorporo en la camilla, que cruje cada vez que me muevo—. Yo también llego tarde a todo últimamente.

Se acerca al lavabo y se lava las manos con esa precisión mecánica que da la costumbre. El sonido del agua cayendo llena el silencio incómodo.

—Cuéntame, ¿qué te trae por aquí?

—Pues llevo tres semanas sin que me baje la regla, y tengo dolores en la tripa que van y vienen. —Me señalo el bajo vientre—. Y estoy cansada todo el rato. Como si me hubiera atropellado un autobús y luego hubiera dado marcha atrás para asegurarse de que ha rematado la faena.

La doctora se ríe mientras se seca las manos.

—Qué gráfica eres. ¿Los dolores son muy intensos?

—No, son soportables. Pero son raros. Como... no sé, como si tuviera algo ahí que no debería estar. Mi hermana Sloane tuvo quistes hace unos años, y me contó que sentía algo parecido.

—Mmm. —Anota algo en su Tablet—. ¿Has perdido peso? ¿Has tenido fiebre?

—Qué va, más bien al contrario. He engordado un par de kilos, que es raro porque trabajo en un equipo de hockey y me paso el día de pie dando masajes. Debería estar quemando calorías como una loca.

—¿Has tenido náuseas?

—Sí, por las mañanas sobre todo. Es por el estrés. Es temporada alta, los playoffs están cerca, y los jugadores están más tensos de lo normal.

La doctora deja la Tablet en la mesilla metálica y se acerca a mí.

—Vamos a hacerte una ecografía para ver qué está pasando ahí dentro, ¿te parece?

—Perfecto. Cuanto antes sepamos qué es, mejor. Tengo que volver al trabajo y si llego tarde al entrenamiento de esta tarde me van a crucificar.

—¿Dónde trabajas?

—En los New York Knights. Soy fisioterapeuta del equipo.

—¡Ah, qué interesante! —Sus ojos se iluminan—. Mi marido es fan. ¿Conoces a Henry Brooks? Dice que es el mejor jugador que han tenido nunca.

Se me hace un nudo en el estómago al oír su nombre. Henry. Como si no tuviera suficiente con pensar en él cada minuto del día desde que tengo uso de razón.

—Sí, le conozco bastante bien —digo, intentando que no se me note en la voz lo que me afecta hablar de él—. Es el mejor amigo de mi hermano, Owen Ward. El capitán del equipo.

—¡No me digas! ¡Qué pequeño es el mundo! Entonces prácticamente sois familia.

Prácticamente, pienso con ironía. Si supiera que llevo enamorada de él desde los quince años, que cena en casa de mis padres todos los domingos, que conozco cómo toma el café y cómo se ríe cuando ve comedias malas en la tele... y que solo por una noche conseguí que me mirara como a una mujer en lugar de como a la hermana pequeña de su mejor amigo.

Una sola vez.

Que él no recuerda.

—Sí —consigo decir—. Algo así.

—Mi marido dice que además de talentoso es guapísimo. Tendrás que presentármelo algún día.

Me muerdo la lengua para no soltar una carcajada histérica. Presentarle a Henry. Claro.

—Seguro que le haría ilusión —miento.

La doctora se pone los guantes azules mientras yo me tumbo en la camilla. La bata de papel protesta bajo mi peso, haciendo ese ruido de papel de regalo arrugado que me pone los nervios de punta.

—Esto va a estar un poco frío —me advierte mientras destapa el bote de gel.

Y frío es quedarse corto. El gel está prácticamente helado, y cuando me lo echa en la barriga se me pone toda la carne de gallina. El transductor de la ecografía pesa más de lo que esperaba,

y la doctora lo mueve despacio, presionando suavemente contra mi piel.

—A ver qué tenemos aquí…

En la pantalla aparecen formas grises que no significan nada para mí. Parecen nubes de tormenta, o tal vez mi interior visto a través de un cristal empañado.

—¿Ve algo raro? —pregunto, intentando descifrar las manchas—. ¿Son quistes?

La doctora no responde inmediatamente, lo cual me pone nerviosa. Mueve el aparato a otra posición, presiona un poco más fuerte, y luego se inclina hacia la pantalla como si tratara de ver algo mejor.

—¿Doctora Herrero?

—Un momento, Sydney. Déjame... —Mueve el transductor de nuevo—. ¿Cuándo fue tu última regla?

—Pues... —Hago cálculos mentales—. Fue a finales de enero. Sobre el día veinticinco o veintiséis, creo.

—¿Y has mantenido relaciones sexuales desde entonces?

La pregunta me pilla desprevenida. No por la pregunta en sí, que es normal en una consulta ginecológica, sino por la manera en que la dice. Como si ya supiera algo que yo no sé.

—Sí. Una vez.

—¿Cuándo?

—El catorce de febrero.

En cuanto lo digo, me arden las mejillas. Porque recordar esa noche es como abrir una caja de Pandora llena de sensaciones que he estado intentando reprimir durante semanas. Henry susurrándome al oído. Sus manos recorriendo mi cuerpo como si fuera un mapa que hubiera estado esperando años a explorar. La manera en que me miró cuando...

—Sydney.

La voz de la doctora me saca de mis pensamientos. Está señalando algo en la pantalla con el dedo.

—¿Ves esta zona de aquí?

Sigo su dedo hasta una mancha ovalada más oscura que el resto.

—Sí.

—Y esto de aquí, ¿lo ves? Este pequeño punto que se mueve.

Entrecierro los ojos. Efectivamente, veo algo que brilla y se mueve.

—¿Qué es eso?

La doctora Herrero se gira hacia mí, se quita las gafas, las limpia con un paño de papel, y se las vuelve a poner. Cuando me mira, tiene una sonrisa que no sé cómo interpretar.

—Sydney, no tienes quistes.

—Ah, menos mal. Entonces, ¿qué es? ¿Endometriosis?

—Estás embarazada.

El mundo se para.

No es una manera de hablar. Literalmente siento como si alguien hubiera parado el universo. Los sonidos se vuelven lejanos, la luz de la consulta parece más tenue, y yo me quedo ahí, con la boca abierta como un pez fuera del agua, procesando esas dos palabras.

Estás embarazada.

No puede ser. No puede ser real. Porque eso significaría que la única noche que Henry Brooks me tocó como había soñado durante toda mi vida... la noche en la que finalmente me miró como si fuera una mujer... esa noche no solo cambió mi vida emocionalmente. Me cambió biológicamente.

—¿Perdón?

—Digo que estás embarazada —repite la doctora, señalando la pantalla—. De unas ocho semanas, por lo que veo. Y ese pequeño punto que parpadea es el latido del corazón de tu bebé.

Mi bebé.

Tengo un bebé.

Ahora mismo, mientras estoy aquí tumbada en esta camilla que cruje, con gel frío en la barriga y la boca seca como el desierto, hay una personita creciendo dentro de mí.

El bebé de Henry Brooks.

Que no recuerda haberse acostado conmigo.

Que desde entonces me trata exactamente igual que siempre: como si fuera su hermana pequeña.

Estoy muy jodida.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!
Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.

O pulsando AQUI

¿QUIERES CONOCER LA HISTORIA DE SYDNEY?



SPORT ROMACE + EMBARAZO SORPRESA + LA HERMANA PEQUEÑA DE MI MEJOR AMIGO

Hola, soy Sydney Ward y estoy en **serios problemas**.

No, espera. Decir serios problemas es quedarse corto. Esto es nivel «mi vida es una comedia romántica escrita por alguien que me odia».

Déjame ponerte en contexto:

Acabo de descubrir que estoy **embarazada** después de pasar UNA sola noche con el hombre de mis sueños. ¿El problema? Bueno, elige tu favorito:

A) Ese hombre es Henry Brooks, estrella de hockey de los New York Knights, el mejor amigo de mi hermano mayor y su compañero de equipo.

B) Henry es prácticamente parte de mi familia. Literal. Cena en nuestra casa todos los domingos.

C) Mi padre es su representante. Mi hermano es su capitán. Si esto explota, explota TODO.

D) ¡ÉL NI SIQUIERA RECUERDA QUE NOS ACOSTAMOS!

Sí, has leído bien. La mejor noche de mi vida (créeme, *la mejor*), y él actuó a la mañana siguiente como si solo me hubiera llevado a dormir la mona. Me dijo que no recordaba nada. NADA.

Ah, ¿y he mencionado que **llevo diez años enamorada de él en secreto**?

Así que ahora debo decirle a un hombre que no recuerda haberse acostado conmigo que va a ser padre.

¿Crees que ya no puede empeorar? Siéntate, amiga, porque te voy a contar exactamente cómo he acabado en esta situación. **Y créeme, involucra a una vidente llamada Cupido, demasiado champagne y la peor —o mejor— decisión de mi vida.**

SERIE Cupido es un liante #1

CONSÍGUELO AQUÍ



SOBRE LA AUTORA

¡Hola, soy Lucy Summers y escribo los romances que me encanta leer: cortos, intensos, y con finales felices garantizados!

¿Por qué cortos? Porque somos mujeres ocupadas y merecemos poder escaparnos una tarde con un libro que nos haga suspirar sin necesitar una semana para terminarlo.

Mis historias tienen humor, pasión, y personajes que te van a enamorar desde la página uno. Jugadores de hockey, CEOs arrogantes, cowboys con corazón de oro… todos están esperándote.

Prepara tu café (o tu copa de vino), ponte cómoda, y déjame contarte una historia de amor.

Bienvenida

Me encanta saber cosas sobre mis lectoras, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: Lucy Summers

Página web: https://www.lucysummersromance.com/